

Piedras Vivas: 1

UN SOL PARA MI PUEBLO

Josefina Llach, aci

UN SOL PARA MI PUEBLO

Vida popular de Santa Rafaela María,
Fundadora de las Esclavas del
Sagrado Corazón de Jesús

Prólogo del P. Lucio Gera

Ilustraciones de Miguel Angel Ahumada

EDITORIAL CLARETIANA
ESCLAVAS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS
Buenos Aires
1979

PRÓLOGO

La vida de los santos constituye un comentario viviente al Evangelio. El Evangelio, la Buena Nueva de Dios, es Jesucristo. Cada vida de santo vuelve a ser para nosotros una proclamación de Jesucristo, un llamado a seguirlo y a imitarlo.

Ellos nos ayudan a comprender más a Jesús. No lo hacen, necesariamente, predicando o escribiendo. Lo propio de los santos está en que nos explican el Evangelio viviéndolo. Son como un cirio encendido. Silenciosamente, sin hacer ruido, dan luz. Una luz que brota de su vida misma, la cual se ha ido convirtiendo lentamente en luz, como el cuerpo de cera de una vela, silenciosamente, se va convirtiendo en llama.

Los santos nos proclaman a Jesucristo, simplemente siendo luz y viviendo de la luz. Pequeños cirios, como los que sostenemos con nuestras manos la noche de resurrección, que han encendido su propia llama en la del Gran Cirio Pascual, que simboliza a Cristo y cuya luz ellos difunden a lo ancho del mundo y a lo largo de la historia.

Los santos imitan y reproducen en su propia vida lo que aconteció en Jesús. En Jesús aconteció la cercanía de Dios de un modo incomparable. Los santos vivieron también la cercanía de Dios. Esto es en realidad la santidad: la presencia íntima y familiar de Dios en el hombre. Los santos se sienten habitados por Dios, poseídos e inundados por él y expresan su experiencia en términos de “convivencia”, de estar juntos con Dios. Éste se les ha domiciliado dentro, en la casita de su corazón; les ha ocupado el centro y, por lo mismo, todo el espacio de su existencia. Así lo expresó también Rafaela María:

“Cuando voy a Dios me acoge siempre con unión tan íntima que me saca de mí, porque me parece me transforma en Sí; y vive y entra y sale de mi alma como en casa propia.”

Entra y sale como Dueño por su casa. Le ha ocupado el alma a Rafaela y se ha adueñado de ella. El Señor es realmente Señor, allí. Rafaela lo ha dejado a Dios ser realmente Dios, en sí misma. Lo ha dejado estar en el centro de su existencia y así su existencia se ha convertido en adoración de Dios, el único Señor.

Santa Rafaela María expresaba su interna adoración con la actitud de estar ante el Santísimo Sacramento expuesto, mirándolo. Porque “adorar” es algo así como mirar a Alguien y no poder sacarle los ojos de encima. Es admirar a Alguien que no es ninguno de nosotros, pero que se nos viene y se nos mete dentro en el corazón. Por eso “adorar” es también a veces cerrar los ojos y mirar hacia dentro, hacia aquel que se nos ha metido dentro.

Rafaela María sabía que todo el acontecer de la historia, movido por una nostalgia tantas veces ignorada, se dirige hacia este acontecimiento: que “Dios sea todo en

todos” (1 Corintios 15, 28); que el Infinito inunde la creación entera y este pequeño mundo creado de nuestro corazón y que allí sea reconocido y adorado. La inmensa dicha del hombre será poseer en sí mismo al Infinito de Dios, aceptado en el gozo de la adoración. Por eso a la santa se le ocurrió que su tarea -y la de la familia religiosa que fundaba- había de consistir en “poner a Cristo a la adoración de los pueblos”.

Rafaela María intuyó la urgencia de exponer y proponer a Dios a la aceptación de los hombres, en una época en la que se escuchaban voces que invitaban a ocultarlo y a despedirlo de este mundo.

Los santos suelen decir que Dios es atraído y jaqueado por el humilde. “Jaqueado” es una expresión de santa Teresa. En una ocasión ella compara nuestra vida espiritual a un juego de ajedrez que le jugamos a Dios. Hemos de saber concertar las piezas -dice ella- de modo que sepamos llegar a dar jaque-mate “a este Rey divino, que no se nos podrá ir de las manos, ni querrá”. Pero “la dama” (la Reina) es la que más guerra le puede hacer en este juego... Y no hay dama que así le haga rendir como la humildad...; con ella le traeremos nosotras de un cabello a nuestras almas” (Camino de perfección, XVI, 1-2). ;Femenina conquistadora esta santa Teresa, que ve en la humildad el arma preferida para que el “Rey divino” no se le vaya de las manos! Algo semejante expresó santa Rafaela María, con palabras que transcribiremos más adelante.

Dios se allega al humilde y en el humilde pone su morada. Es humilde quien, sin resentimiento y sin perder el amor, puede vivir oculto, fuera del centro de las miradas ajenas y de su propia mirada interior; sobre todo,

quien es capaz de vivir arrinconado sin llegar a odiar al mundo que lo arrincona. Quien sabe ceder el centro y no se inquieta por pasar al último puesto. Esta es una gran sabiduría, que Cristo nos enseñó con sus palabras y nos mostró con su vida oculta y humillada hasta la cruz.

Rafaela María la llegó a poseer y a practicar. Es uno de los rasgos de su vida que más nos sacuden. Su aceptación serena, no resentida, al quedar ocultada, excluida, sospechada, tocada por la desconfianza, la difamación y la desestima. El lector se sentirá impresionado por esta aceptación serena y llena de cariño, que le permite dejar que otros sean “grandes” siendo ella “pequeña”; en el fondo, se trata de dejar que sólo Dios sea grande.

Desde su éxito de Fundadora y de Superiora General durante dieciséis años, Rafaela María se fue “al rinconcito de la humilde simplicidad” y allí se quedó hasta morir, poniendo en práctica lo que había enseñado a sus religiosas, que hay que ser “humildes con sencillez y sencillas con humildad”. Porque la astucia de nuestra soberbia o vanidad nos puede hacer jugar el fingido papel de ser humildes con solemnidad y de revestir nuestro orgullo con sencillez. Rafaela María se fue a un rinconcito de la vida; se fue al rinconcito de su humildad; y allí se quedó. Para esto se requiere una “extraordinaria profundidad espiritual” (Pablo VI, Homilía en la canonización de la Santa). Sólo una cosa pudo mantenerla con paz y alegría allí, en el rinconcito: la persuasión de que “a Dios le roba el corazón el humilde y el sencillo”, según decía ella misma. ¡Femenina ladrona esta Rafaela María que ve en la humildad el modo de robarle a Dios el corazón!

Deseo agradecer a la hermana Josefina que me haya pedido el prólogo para esta vida de su Fundadora. De esta

suerte, me ha brindado la ocasión para conocer una figura espiritual de la envergadura de Rafaela María. Uno la llama así, Rafaela, como si fuera una hermana más.

De la autora y su obra solamente diré dos cosas. La primera que, aun cuando escribe vidas de santos, no puede ocultar su profesión de catequista. Lo verá el lector; la hermana Josefina tiene la inclinación a convertir todos los episodios que relata en enseñanza de fe. Pertenece al carisma de su Congregación. No puede dejar de ser educadora y uno presume que escribió el relato de esta vida teniendo presente, en su imaginación, a sus alumnas.

Segunda observación. Al desempeñarse como biógrafa, tarea que pertenece al oficio del historiador, la hermana Josefina tampoco pudo ocultar su profesión de religiosa. Le sale por todos lados. Esta vida de santa Rafaela María no es una simple narración biográfica; es una meditación sobre su Fundadora y sobre su familia religiosa de las Esclavas. Se le nota por el simple hecho de que todo lo que narra está rodeado de cariño y nacido, al parecer, de la oración.

Claro, nadie podría escribir como mero y simple historiador la vida de su propia madre.

P. Lucio Gera

Octubre de 1979

I. El tiempo de aprender

Capítulo I

NACIMIENTO Y FAMILIA

Los santos también fueron niños, alguna vez. Los santos son gente que ante cada golpe que les dio la vida, supieron siempre renacer, recobrar la esperanza. Los santos son amigos íntimos de la vida, porque son amigos íntimos de Dios.

Nacer en una familia grande, amiga de la Vida, ayudó a Rafaela. Cada hijo de Ildefonso Porrás Gaytán y Rafaela Ayllón y Castillo, que así se llamaban sus padres, resultó un canto a la vida y al amor, una respuesta a Dios, una forma concreta de vivir y testimoniar su fe.

Rafaela nació el 1º de marzo de 1850, y era la hija número diez. Para entonces ya habían muerto tres bebitos: María Josefina, Rafael y Rafaela Josefina. Y la mortandad infantil, que era entonces mucho peor que ahora, se llevó también a los tres chicos que nacieron después

de Rafaela: ella siguió siendo la hija y hermana menor. El día de su alumbramiento, además de su padre y su madre, la acompañaban seis hermanos: Francisco (16), Juan Celestino (14), Antonio (12), Ramón (6), Dolores (4) y Enrique, que ese día cumplía dos años.

Todo esto ocurría en un pueblo de España, llamado Pedro Abad, que queda en la región de Andalucía. Un pueblo ni muy chico ni muy grande, a 36 Km de la capital de la provincia, Córdoba. Rafaela nacía en una de las casas más lindas del lugar; su familia era importante en la región. El padre había sido varias veces alcalde (intendente) del pueblo, pero no era importante sólo por esto, como vamos a verlo. No eran gente de la aristocracia, aunque estaban emparentados con ella. Tenían buena posición económica y un gran ascendiente sobre los pobladores, que los querían mucho. Poseían campos, que trabajaban para mantenerse y que daban trabajo también a mucha gente.

El padre de Rafaela, don Ildelfonso, como le decían en el pueblo, era un hombre muy capaz y muy bueno. Además, tenía carácter, o sea, esa fuerza que, acumulada en nuestro interior, nos sirve para conducir nuestra vida, en vez de consentir que las cosas nos vengzan. A él le toco conducir también las vidas de otras personas, y entonces fue bueno: puso esa fuerza, ese carácter, al servicio de los demás.

Doña Rafaela, que se había casado jovencita, a los 18, y que a los 35 ya tenía diez hijos, secundaba al marido en todas sus iniciativas, aunque estaba dedicada muy especialmente a criar tantos chicos. El corazón de esta madre, que supo dar a luz una santa, tuvo que ser, también, muy grande, muy fértil, muy bueno.

Tanto uno como otro eran muy católicos y sentían a Dios muy cerca. Llevaban el Evangelio en la sangre y se dejaban orientar por él en la vida concreta. Para ellos, los chicos no habían nacido del todo hasta que no los bautizaban y así al día siguiente de su nacimiento, el dos de marzo, llevaron a Rafaela a la Parroquia, para que, con el agua, recibiera la Vida de Dios. Verdadera agua-semilla, que se va a hacer arroyito, río, mar... para poder dar esa vida de Dios al mundo. Pero todavía faltan muchos años.

Mientras tanto, Rafaela empezó a crecer en esa casa grande, tan llena de amor y de fe y de chicos. Sus padres tenían también otra casa instalada en Córdoba, a la que iban algunos meses durante el año. Pero preferían vivir en el campo. Se ve que les gustaba la vida sencilla y, también, el aire y el sol brillante del campo de Andalucía. Necesitaban cuidar sus tierras más de cerca y seguir a su gente, que se apoyaba mucho en ellos.

Este es el ambiente humano que recibe a la niña. Podemos imaginarnos la alegría que entra a una casa con un nuevo hijo. Ciertamente, es la décima; pero es cierto también que para los padres cada hijo es único, intransferible, imprescindible...: como para Dios, que tiene tantos. Los padres, ante sus chicos, cuando dejan que su amor no se enturbie con impurezas, son un poco como Dios. Por eso reciben a Rafaela con mucha alegría y mucha seriedad. Es algo enorme esta cosa chiquita que se les ha puesto en las manos. Es una persona. Lo más importante del mundo, una persona. Por eso, conscientes de su responsabilidad, piensan ya en educarla, en darle lo mejor de sí, lo mejor para ella.

Además, estos padres saben de ausencias, de desprendimientos. Ya han experimentado la muerte en la partida de tres hijos: esta nena les parece todavía más importante y única.

El dolor, junto con el amor y la alegría, empieza desde temprano a pavimentar el camino de Rafaela. Pero ella tiene desde ahora una familia, una fe y la gracia de Dios, que desde siempre van a orientar sus pasos, cargada como va con pocas cosas, pero cosas esenciales.

Capítulo 2

SU TIEMPO Y SU ESPACIO

Vamos a ubicarnos un poco en el tiempo y en el espacio para poder comprender mejor el alma y la obra de Rafaela.

El siglo diecinueve recibió el impacto de muchos cambios, materiales y espirituales. Rafaela nació en su mitad, exactamente; y vivió así, más que el bienestar promovido por esas novedades, el ambiente de revolución, de choque, de inestabilidad, que el momento produjo. Ella llegó al mundo, es verdad, en un lugar aparentemente tranquilo, en una familia a la que nada le faltaba económicamente. Andalucía está en el sur de España, “cerca del mar y del sol”; Córdoba queda en la baja Andalucía y ocupa una zona bañada por el río Guadalquivir. Tiene veranos muy calurosos, y los inviernos no demasiado fríos. Es una región agrícola:



Empezó a crecer en una familia grande, llena de amor, de fe y de chicos... (página 15).

los productos más cultivados en sus campos son las aceitunas y el trigo; muy probablemente sucediera lo mismo en los campos de Don Ildefonso.

Sin embargo, este apacible cuadro campestre también estuvo sacudido por las luchas del tiempo. España recibía los movimientos producidos por la revolución industrial y la revolución francesa, ocurrida un poco más de cincuenta años antes. Producía a su vez sus propios movimientos políticos y sociales. Desde mitad de siglo, el liberalismo es un concepto sagrado, alrededor del cual se dividen los hombres y los grupos. Se trata de un movimiento anticlerical, que lleva a los hombres a avergonzarse de ser católicos e incluso de creer en Dios. Era muy difícil ser cristiano entonces. El hombre rechazaba todo lo que no pudiera ser medido por la razón. La fe sonaba a cuento de hadas: había que liberarse de ella, de la Iglesia, del Evangelio. Córdoba no era una ciudad industrial. El ambiente de Rafaela era todavía agrícola-ganadero. Disfrutaba, sí, de los primeros adelantos que produjo su siglo: los trenes, el telégrafo.

Estos cambios y encuentros de ideas se daban todavía muy especialmente en las clases “ilustradas”, que no quiere decir la gente más sabia, sino la que tiene más años de estudio y más dinero. No eran luchas populares las que producían estos encuentros de ideas, aunque el socialismo despuntaba, por abajo y por detrás. La gran mayoría de los españoles vivía un poco ajena a las fuentes de esas luchas, sufriendo, sí, la pobreza que acarrearba la inestabilidad de los gobiernos.

Otra consecuencia de tanta lucha fue el abandono de la educación. La inmensa mayoría era analfabeta. Los

liberales defendieron la “Institución Libre de Enseñanza”, que prácticamente no llegó al pueblo y era atea. Mientras tanto, el pueblo seguía rezando, aunque gobernado por quienes despreciaban ese gesto infinitamente humano.

La gente seguía rezando y también conservando en el corazón los sentimientos tan especiales que conforman al pueblo andaluz. Un pueblo que tiene algo de estoico, porque ha sabido seguir adelante en el sufrimiento y en la opresión. Un pueblo que soportó muchas invasiones, adaptándose lo suficiente al invasor para no morir, pero sin dejar de ser él mismo. Un pueblo que, en las penas, canta y ríe y hace reír, no porque le falte garra, sino porque le sobra; no porque eluda la realidad, sino porque cree que la vida y el sol y Dios son más fuertes, más duraderos, más inmortales que las desgracias cotidianas. Un pueblo sensible e imaginativo, exagerado, profundo y soñador, que engendró a algunos de los mejores poetas españoles: fueron andaluces Bécquer y Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado y Federico García Lorca.

Rafaela pudo pasear por su pueblo, por Cádiz (a orillas del mar), por Córdoba, tratar con la gente y así ir haciéndose muy andaluza. Pasó la niñez y la adolescencia entre esas casas blancas, con muchas ventanas florecidas, entre las callecitas estrechas que favorecen los comentarios de los vecinos de balcón a balcón. Y entre tanto blanco, tanto sol y tantas flores, pudo llegar a la mezquita cordobesa, y allí dejarse alcanzar por la luz que va saltando por los mil arcos rayados, por los colores tamizados... ¿Qué habrá soñado, qué habrá rezado...?

La familia de Rafaela participaba de los movimientos espirituales y materiales de la época. Ellos eran la clase ilustrada, conductora. Ya veremos cómo a ella no le fue nada fácil hacerse religiosa. Entre tanto liberalismo, para una chica de su cultura y su posición socio-económica, era una vergüenza que quisiera hacerse monja, consagrarse a Dios. Para esa gente que sólo admitía lo que podía ser medido por la razón, la entrega total al Señor resultaba prácticamente irracional.

Sin embargo, en una gran mayoría esas ideas liberales no habían echado raíces ni impregnado su cultura. El “pueblo fiel”, a pesar de todos los pesares, seguía siendo profundamente católico, apoyado en su fe, su devoción a María y a los santos, sus valores cristianos de caridad, su sentido del pecado, su bautismo y sus misas, su adhesión al Papa, su constancia en la oración. Rafaela creció sobre la piedad de sus padres y cobijada por esta religión del pueblo que sin duda alguna se hincó en su corazón. Tierra bienhechora para una vocación que, en cambio, no podía ser comprendida por la gente ilustrada y liberal.

Otra cosa más tenemos que decir acerca de este pueblo en el que nació Rafaela. Su familia, vimos antes, era la familia más destacada del lugar. Entre los pobladores y los Porras, con todo, no había antagonismo. Existía un trato sencillo, natural. Tanto Don Ildefonso como anteriormente su padre, además de dar trabajo a muchos de ellos, se extralimitaron, fueron generosos y proporcionaron a los suyos adelantos económicos y culturales. Esto ayudó mucho, porque en todas las épocas los pobres han guardado rencor hacia los ricos inhumanos. Pero, además, no podemos juzgar las relaciones sociales de esa época con los criterios

de nuestro tiempo. Todo esto ayudó a Rafaela: por un lado, a comprender las dificultades de los pobres y a buscar el remedio de sus necesidades. Por otro, esta falta de odio en las relaciones le ayudó a amar a los más necesitados y pequeños. A no enfrentarse, a no buscar las soluciones por la vía violenta. No podemos creer que Rafaela haya experimentado la “cuestión social” como la podemos sentir nosotros, porque la gente pobre no había tomado aún conciencia de muchos de sus deberes y derechos. Pero la forma tan cercana y vital en que Rafaela conoció a su gente la llevó sin duda a interesarse muy de verdad por los sentimientos de los más pobres y por sus necesidades. Se comprende así que los pobres fueran siempre tan amados por Rafaela.

Capítulo 3

LA FAMILIA

El amor de Ildelfonso y Rafaela, dando a la vida trece hijos, había creado una familia que vivía apoyada en dos sólidos pilares: la piedad y la caridad. Ambas fueron la base de la educación de Rafaela.

Doña Rafaela vivía profundamente su relación de hija de Dios y se preocupaba por transmitir a sus hijos lo que vivía. Ella fue la primera catequista de una santa: le supo contar cuánto nos quiere Dios, como Jesús se hizo uno de nosotros y nos amó hasta la muerte para liberarnos, y que la Virgen es la Madre que nos introdu-

ce en el Reino de Dios. Todos juntos, cada día, rezaban en familia. Allí aprendía Rafaela que no estaban apoyados en ellos mismos, ni en las cosas materiales, ni en su seguridad económica: el fundamento era Dios.

Rafaela advertía también que sus padres vivían lo que enseñaban a los chicos. La caridad de Don Ildefonso no dejaba de lado la justicia, sino que la incluía y la sobrepasaba. Aquel hombre no buscaba ganancias exageradas por el arriendo de sus tierras, ni pagos adelantados, ni intereses injustos por la plata que prestaba. Más aún, muchas veces no pedía ningún interés. Pero no paraba allí la cosa. Además de ser justo, era generoso. Ya antes su padre, el abuelo de Rafaela, había dado esa tónica a sus relaciones con los pobladores. Se había preocupado así de remediar el analfabetismo en una época en que poca gente pensaba en ello. La pobreza fue dura en años marcados por tantas revoluciones y desórdenes. Don Ildefonso siguió entonces los pasos del padre, y los profundizó. Para ayudar a remediar tanta desgracia, sabía estar en todas. Cuando al hijo le tocó la conscripción, sacó en el sorteo un número bajo que lo liberaba del servicio. Pero el padre supo de otro muchacho del pueblo que, teniendo que ayudar a mantener a su familia, debía marchar al ejército. Aquella pobre familia pensaba vender su campito para poder comprar la liberación del servicio, lo que estaba permitido entonces. En ese momento, Don Ildefonso no dudó un momento en cambiar el número bajo de su hijo por el del otro futuro soldado, para que aquella gente no se empobreciera aún más.

También buscó beneficiar al pueblo abriendo un almacén barato. Deseaba él que la gente no tuviera que ir hasta Córdoba a hacer las compras. Cuando moría al-

guien que le debía plata, rompía los documentos, diciendo las palabras del Padrenuestro: “Yo le perdono lo que me debe, para que el Señor no me pida cuentas.”

¡Qué alcalde Don Ildefonso! No tenía miedo ni de amar a sus enemigos. Una vez, un resentido quiso matarlo pegándole un tiro por la espalda. Falló y pudo escapar. Poco después el padre de Rafaela fue a cuidar a la mujer del asesino, que estaba enferma, dándole de comer él mismo. Con unos padres así...

Pero esta vida había de acabar pronto. En 1854 hubo una epidemia de cólera, enfermedad de la que casi nadie se salva. Ildefonso se quedó firme en su puesto. Todos los que podían se iban. Él prefirió afrontar el mal, sufrir con su pueblo..., morir si era preciso. Se dedicó a cuidar personalmente a los enfermos y dijo al farmacéutico que la gente podía obtener los remedios...: él pagaba. Fue un mártir de la caridad y falleció, contagiado de la enfermedad, el 11 de setiembre de ese año.

Con tanta piedad y caridad verdaderas, Rafaela crecía y se apegaba a Dios. Mientras ella jugaba, su niñez quedaba sólidamente respaldada por la fe de sus padres. Ya tenía dónde apoyarse. Podía dedicarse a aprender.

Advirtamos de paso que en estas dos características de sus padres ya se prefigura la orientación de la vida posterior de Rafaela. Por un lado, la dedicación al servicio de los más necesitados que desde jovencita será su característica, cuando con su hermana Dolores se constituyan en el apoyo de la gente del pueblo, como antes lo habían sido sus padres. Más tarde, durante toda la vida, mantendrá este entusiasmo por acercarse a todos para ayudarlos. Por otro lado, este irse ape-

gando a Dios, que después va a ocupar toda su vida y que va a ser el manantial de su servicio a los hermanos. Vendrán las luchas, las dificultades..., el momento de optar personalmente por un estilo de ser y de vivir. Pero su opción va a tener donde apoyarse. Las virtudes de sus padres no le van a solucionar sus propios problemas. Pero van a proporcionarle la mejor pista para su despegue, porque fueron suyas las mejores raíces.

Capítulo 4

CÓMO ERA RAFAELA NIÑA Y CÓMO SIGUIÓ VIVIENDO

¡Qué difícil para una mujer quedarse viuda con ocho hijos y otro, el noveno, en camino! Aunque tenga plata. Doña Rafaela tomó las riendas de la casa, dejó que Francisco y Antonio, los dos mayores, manejaran los negocios, ayudados por su sobrino Sebastián Pérez Ayllón, que vivía con ellos; mandó a Córdoba a Ramón y Enrique para que siguieran sus estudios y se quedó con las dos mujeres, Dolores y Rafaela.

El dolor no había de parar allí. Si 1854 aportó su cuota de ausencia, 1856 fue casi peor, porque se llevó otros tres hijos: el recién nacido Alfonso, Juan Celestino de 20 y Luisa María de 3 años. Después la vida comenzó a volver lenta, pero firmemente a sus cauces. Y doña Rafaela fue ordenando su familia, para que todos pudieran superar el dolor por medio de la fe y el cariño.

Como era común en ese tiempo, la madre prefirió que las chicas tuvieran un maestro en casa. Recurrió a Manuel Jurado, que era el maestro del pueblo. Este iba todos los días a casa de los Porras, a dar sus lecciones a Dolores y Rafaela, que aunque cuatro años menos que aquélla, era desde chiquita muy inteligente y no se quedaba atrás en el aprendizaje. Don Manuel fue muy buen maestro. Con él aprendieron las muchachitas a escribir, a contar, a expresarse bien oralmente y por escrito, a leer con sentido, a pensar y a conocer el mundo. Los escritos de las dos hermanas muestran una cultura superior a la común en su tiempo, aun en chicas de clase social alta. Don Manuel, además de educar la inteligencia, se dedicó a educar el carácter, porque le importaba la persona de sus alumnas. Les dio las bases de una autodisciplina que les serviría para fortalecer la voluntad. Era un maestro suave y firme, y supo ganarse el cariño de sus alumnas, que es el mejor medio para enseñar. No paró allí, y les dio también valores profundos a través de los cuales contemplar la vida. No usó la violencia física ni moral, pero como buen español era hombre de encarar las cosas de frente. Rafaela recordará más tarde que Don Manuel le hizo ver que la vanidad es una cosa tonta, que no lleva a ningún lado: no da ni la felicidad ni alcanza la eternidad. Tuvo que recordarlo porque ella era muy linda; ya desde chiquita la habían encontrado frente al espejo descubriendo esa belleza. ¿No podía quedarse acaso con eso solo? El maestro las ayudaba a cultivar más las hermosuras del corazón que las del cuerpo.

Mientras tanto, el 1º. de marzo de 1857 hizo Rafaela su primera comunión. No sabemos nada más concreto de este día, pero nos consta que fue una semilla que

nunca dejó de florecer en su vida posterior. Rafaela tenía solamente siete años; en esa época los chicos comulgaban por primera vez no antes de los diez u once años. Podemos deducir que desde chica nuestra santa se sintió especialmente atraída por Jesús en la Eucaristía y pudo prepararse bien a pesar de su corta edad. Un año después, el 21 de junio de 1858, recibió el sacramento de la Confirmación, en Córdoba. El Espíritu Santo iba preparando ya a esta alma que tan bien sabrá siempre cobijar sus confidencias, y hacerlas vida, hacerlas historia, dejándose guiar por Él. Podemos pensar también en su vida sencilla, pueblerina, de niña rica, pero no exquisita ni demasiado separada del pueblo. Compartía sus juegos con su hermana Dolores y con amigas que tenían en el lugar. Bien nos la podemos imaginar jugando y riendo con las diversiones de los chicos de todos los tiempos. A ella le gustaban más bien los juegos tranquilos; era muy viva e inteligente, pero nunca disfrutó con la violencia. Era más bien tímida y sus hermanos solían ponerla en ridículo por esta característica. Prefería “matarlos callando”, no porque no se le ocurriera qué contestar (era demasiado aguda para ello), sino porque aquel era su modo natural de reaccionar; y quizás porque se empezaba a dar cuenta de que peleando no se llega a ningún lado. Pero no era amorfa. Estaba llena de vida y su corazón era corazón sensible, incluso ardiente; y tenía carácter: parece que desde entonces aprendió a dominarse.

En todo este tiempo se perfilaba a su lado el carácter más fuerte o menos dominado de Dolores. Ella era la que comúnmente decidía los juegos que habrían de jugar: persona dominante, parece que desde chica hizo sufrir a su madre, hasta hacerla llorar.

Muchos años después, cuando la santa tenía 71 años, en una carta a sus sobrinos, que tenían hijos pequeños, Rafaela refleja probablemente su propia educación, al hablar de la de sus sobrinos-nietos:

“Mucho pido por ti, sobre todo que no seas débil con tus hijos, que no seas como los padres de ahora, que parece se han cambiado los papeles, que los padres temen y se sujetan a los hijos y los hijos son para todo y en todo amos de casa... Tirana con ellos no, y en todo lo justo condescender, que seas por ellos más amada que temida, pero sin debilidad.”¹

Aunque tamizada por tantos desgarrones, la niñez de Rafaela es feliz. Tiene cariño, educación, amigas; puede rezar y creer con su familia. A su debido tiempo y antes que muchos otros, puede cobijar en su corazón a Jesús recibido en la Eucaristía y al Espíritu Santo.

Sintió vanidad, orgullo, se enojó, fue quizás demasiado tímida, pero tiene a su lado quien le enseña a encauzar todos estos sentimientos incipientes. Y pronto aprenderá a vencerse, a poner su fuerza interior al servicio del amor: tiene quien le enseña a ser patrona de sí misma. ¡Qué buen regalo!

Una de sus mejores amigas se llama Mariana Vacas. Por ella sabemos muchas cosas de Rafaela, porque más tarde escribió una Crónica de todo lo que vivieron juntas. Al profesar como monja, tomó el nombre de María de la Preciosa Sangre de Jesús. Más tarde Mariana escribirá de ella: “La conocí y la traté íntimamente desde los siete años: tenía un carácter bueno, amable, conciliador, no era propensa a pelear.”² Muy inteligente y vivaz, empieza Rafaela a elegir la vía pacífica, no por debilidad, sino porque sabe lo que quiere: en su estilo contenido em-

¹Cartas, n. 282, junio de 1921.

²Cuaderno I, pág. 20, cit. por CASTANO, pág. 18.

pieza a optar por ser buena, aunque a veces esto la haga pasar por tonta. Para ella lo importante será amar. Más importante que todo. Y cuanto más se apega a Dios, más parece que encaja este estilo humilde de amar. Ella no es aun claramente consciente; es muy chica. Pero su amor germina y se abre paso en tierra fecunda.

Capítulo 5

SU VIDA SOCIAL DE ADOLESCENTE

Entre juego, clases, oración y vida que llenaban una casa muy poblada y muy alegre, se fue pasando la niñez de Rafaela. Sus tíos, hermanos y primos, varios de ellos ya casados, empezaron a fijarse en las dos jóvenes de la familia y convencieron a Doña Rafaela de que ya era hora de presentarlas en sociedad. Así, cuando nuestra santa tenía catorce años y Dolores dieciocho, empezaron ambas a tomar parte activa en la vida social de la capital. Las jovencitas tenían a su alcance todo lo que puede desear una chica de esa edad: belleza física, inteligencia y cualidades morales, una más que acomodada posición económica, buena ropa y cuanto puede hacer más atractiva la belleza natural de una adolescente, amigos y amigas, lugares y ocasiones donde relacionarse y divertirse.

Empezaron desde entonces a pasar en Córdoba largas temporadas. Allí participaban de numerosas fies-



*Empezaron a tomar parte activa
en la vida social... (página 28)*

tas y bailes, y concurrían al teatro, que entonces era, además de un espectáculo, un lugar de reunión de la sociedad. También realizaron varios viajes, ya que los numerosos parientes se prestaban contentos a acompañarlas; así conocieron Madrid, adonde fueron unas cuantas veces. Y todos los veranos iban a Cádiz, cuya playa ayudaba a la salud ya un poco resentida de Doña Rafaela.

Sabemos que las dos hermanas eran recibidas en todos lados “con deferencia y estima”³. Igual que cuando jugaban en Pedro Abad, Dolores solía llevar la iniciativa al decidir las distintas diversiones. Aunque no eran íntimas amigas, ella y Rafaela eran buenas hermanas y la primera llegó a decir más tarde que había arrastrado a su hermana a sus “lujos, entretenimientos y paseos”⁴; no debemos atribuir esto solamente a los distintos caracteres, sino también a la edad; cuatro años de diferencia son bastante tiempo en el paso de la adolescencia a la juventud. Como sea, Rafaela era realmente simpática, como lo seguirá siendo toda su vida, y elegante, y tenía gracia, esa gracia andaluza que es mezcla de sentido del humor y pasión, e incluso cierto modo de encarar la vida con elegancia.

Poco a poco se les fue hablando de matrimonio. Rafaela sonreía, pero aclaraba que ninguno de los candidatos la dejaba contenta. Los muchachos se fijan en ella, pero la cosa no pasaba de ahí: algún paseo en común, la compañía sana en las diversiones propias de la edad.

Todo esto ocurre desde 1864 a 1869: de los catorce a los diecinueve años. Rafaela participa de esta vida con toda su persona, con su simpatía, su belleza, su inteligencia, su bondad. Pero participa, diríamos, pasiva-

³Cuaderno I, pág. 13; cit. por CASTANO, pág. 22.

⁴Ibid.

mente. No de mala gana, sino como tomando distancia, como quien no encuentra en esta vida brillante la razón de su vida. Se divierte, se viste muy bien, charla, ríe, hace reír..., pero se nota que no está entregada. Se tiene la impresión de que levanta en ella un espacio interior donde realmente ha de apoyarse en adelante.

Como toda mujer, Rafaela desea agradar, pero no le gusta que la lisonjeen; le caen mal las alabanzas: no quiere verse atrapada como una muñeca en una campana de cristal, no quiere que su atractivo se base en la belleza física. Rafaela tiene un fondo de rectitud que naturalmente rechaza lo que no es verdadero: los falsos brillos; es lo que suele llamarse una chica auténtica.

En su trato con los varones, y con todos, ese espacio interior que ella parece guardar se llama pudor. Recuerda los consejos de Don Manuel cuando era chiquita; y también los de ahora; el maestro, viéndolas con tanto lujo en los vestidos, les dice: “Chicas, no provoquen”.⁵ El pudor es la pureza vista por afuera. También lo llaman modestia. Es el amor bien cuidado para entregarlo a su tiempo a quien nos llame; es la capacidad de medirse en el amor para poder amar sin medida. Es la demostración de que no se está dispuesto a ensuciar el amor ni a quitarle fuerza al derrocharlo, mal usándolo.

En una de esas salidas, en el teatro, un amigo de su primo Roberto, que estaba con él en un palco, quiso encontrar a Dolores y Rafaela, y le preguntó cuáles eran. Ellas estaban en otro palco. Sin esperar su respuesta, el muchacho le dijo: “Allí están, son ésas”, expresando a la vez su admiración e interés. Roberto

⁵Cuaderno I, pág. 33; cit. por CASTANO, pág. 23.

le preguntó entonces: “¿Cómo te diste cuenta?” Y él contestó: “Por su modestia.” En vez de “modestia”, hoy diríamos sencillez, pudor, pureza. Sentimientos que a la vez le hacen alejarse de los espectáculos que no le ayudarán a amar, pues confunden el placer con el cariño o el pecado con la felicidad. Rafaela se ubica. Detrás de su aspecto contenido, lo observa todo y participa, pero no se desborda. Sabe alegrarse con todas las cosas buenas que Dios le da. Naturalmente sintoniza con todo lo bello y lo bueno, pero “sin emborracharse”.⁶

También es cierto que va profundizando sus experiencias, que no pasa por encima de ellas. Rafaela no es una chica frívola. Todo este tiempo parece que se contiene y se reserva. No es que albergue ya en su corazón algún proyecto concreto para el futuro: almacena experiencia.

Es el tiempo de recibir y lo aprovecha todo para formarse. Tiene el alma abierta para entrar a la vida percibiendo los distintos modos de vivir. Observa y comparte. Como si estuviera a la expectativa. Viéndola tan disponible, uno sospecha que sabe mirar muy bien porque empieza a esperar a alguien. Como si se pusiera desde ahora a escudriñar estrellas. A ver cuál es la que le va a enseñar el camino. Abierta a todo, pero con recato. Si la contemplamos en silencio, empezamos a advertirlo: algún secreto guarda su mirada tan abierta y pura. Y sospechamos que Rafaela encara con cierta sabiduría este inicio de su vida. Aunque tan joven, no parece insegura. Alguna semilla debe guardar este surco tan prometedor.

⁶ROIG, pág. 27.

Capítulo 6

EL SECRETO DE RAFAELA

En este mismo día, el año 1865, en Córdoba, en la iglesia de San Juan de los Caballeros, que hoy es del Instituto, hice voto de perpetua virginidad.⁷

Esto lo reveló Rafaela más de cuarenta años después. Para ese entonces, su secreto ya se había realizado plenamente. Pero mientras ella participaba en fiestas y espectáculos, diversiones y paseos, éste era el secreto que guardaba la firme dulzura de su mirada y sus gestos contenidos. Rafaela se había entregado. Había descubierto ya un gran amor, su amor único.

No sabemos quién pudo iniciarla en el misterio de esa entrega o quien haya orientado su promesa, ni quién le sugirió la forma de hacerla. Quizás la haya ayudado el Padre Martínez, con el que se confesaba cuando iba a Cádiz, y que sin duda le inspiró ideales cristianos. O quizás el Espíritu de Jesús le haya hablado en lo más escondido de su alma. Lo cierto es que ella supo escuchar al corazón que la llamaba a dar este paso. Fue una invitación de Dios que ella supo acoger. Y se prometió a Él. Le dijo que era toda suya. Que quería hacer por él un gesto grande, total, porque él valía la pena. Que quería entregarse toda y que su forma de expresar este regalo era consagrarse entera, cuerpo y corazón. No por egoísmo: para amar más, más a todos porque lo amaba más a Él.

Tenemos que recordar que Rafaela no tenía todavía proyectos concretos. No sabía todavía lo suficiente

⁷Cuaderno II, pág. 10; cit. por CASTANO, pág. 79.

de la vida para trazar planes. No conocía los detalles. Había empezado aprendiendo lo importante, lo esencial. Para ella, lo esencial era esta sola cosa: entregarse del todo a Dios. Ya vendría el tiempo de escucharlo más en concreto, de escuchar a otras personas que la aconsejaran y ver con qué equipaje contaba, qué tenía que hacer con sus capacidades materiales y espirituales, y trazar planes, y decidir metas a corto y a mediano plazo. Pero ella empezaba tomando su opción de base, decidiendo el objetivo final. Las estrategias y las tácticas quedaban para después. Por eso aparecía Rafaela a la vez abierta y recatada, generosa y unificada, alegre y seria, receptiva, pero no entregada. Su mirada tiene algo de mujer enamorada. Por eso tampoco opone resistencia al ritmo de una vida social sugerida por sus hermanos y primos, ritmo que quizás ella por sí misma apagaría un poco. Ella lo acepta porque aquello no le quita su grande y gozoso secreto. Es fiel; y eso por ahora le basta. Esta vida, con su modo profundizador de encarar las cosas, le sirve de aprendizaje. Ahí conoce por experiencia que la entrega a la que ella se ha dado es la que puede dar mayor felicidad.

Sin duda en todo esto la ayudó también su vida de piedad, que con Dolores nunca abandonaron. Comulgaban con frecuencia, leían lo que podía ayudarlas espiritualmente. Encontraban fuerza para vivir bien, en la devoción a la Virgen María. Ella era como una guía y una madre. Y en la oración, que hacían todos los días. Así nunca perdieron la capacidad de escuchar a Dios. Y fueron arraigándose en valores verdaderos.

La pureza nunca les pareció una cosa fácil. Tampoco algo inalcanzable. Eran sanas de cuerpo y de espíritu. Ellas pedían fuerza, y se cuidaban.

El voto es una promesa hecha a Dios. Es algo muy importante. Puede preguntarse cómo una chica de 15 años podía entregarse para siempre a Dios. Nos lo preguntamos porque la actitud del compromiso nos inspira mucho respeto. La respuesta está allí, en la vida que Rafaela supo entregar a Dios después. Es evidente, además, que esta chica tuvo una madurez superior a su edad. No decimos que una muchacha de aquellos años no puede entregarse con seriedad. En Rafaela no fue así. En ella fue de verdad para siempre. Palabra de honor fue la suya.

Dos “casualidades”, dos gestos de ternura de Dios hacia Rafaela, coincidieron ese 25 de marzo. El primero: ese día es la fiesta de la Anunciación del ángel a la Virgen, cuando Jesús empieza a vivir en su vientre porque Dios nos ama y porque ella le responde: “Aquí tienes a la Esclava del Señor.” Rafaela no sabía nada entonces, pero Dios ya sabía que quince años después de aquella entrega le iba a regalar ese nombre para su Congregación: Esclavas del Corazón de Jesús. Un nombre que ella no eligió: Dios lo eligió para ella por medio de la Iglesia.

El otro regalo que le hizo Dios fue el templo, la iglesia donde Rafaela se le consagró. Hacia la misma época en que Roma “bautiza” la congregación –ya lo veremos–, el Obispo de Córdoba, que era la mano dadivosa de Dios, cederá a la Congregación de Esclavas aquella iglesia de San Juan de los Caballeros. Una iglesia con Jesús visible en la Hostia, y un nombre, Esclavas, símbolos de toda una forma de vivir y de amar. En ninguno de los dos acontecimientos tuvo Rafaela una intervención directa. Realmente regalos de Dios que, bien lo sabía ella, era quien conducía su historia.

II. El tiempo de escuchar

Capítulo 1

LA MUERTE DE LA MADRE

Hubo en mi vida algunos hechos en los que vi patente la misericordia y providencia de mi Dios... La muerte de mi madre, a quien yo le cerré los ojos por hallarme sola con ella en aquella hora, abrió los ojos de mi alma con un desengaño tal, que la vida me parecía un destierro. Tomada de su mano, le prometí al Señor no poner nunca mi afecto en criatura alguna terrena. Y nuestro Señor al parecer acogió mi oferta, porque aquel día me tuvo toda ocupada en pensamientos sublimísimos de la vaciedad que son todas las cosas de la tierra, y de lo único necesario... La Providencia divina que ya iba formando sobre mí sus designios me ponía casi continuamente objetos a la vista que me fuesen, cada vez más, desengañando del mundo.¹

La salud de Doña Rafaela se había resentido, aunque era todavía bastante joven. No estaba enferma,

¹Apuntes, n. 1; cit. por CASTANO, pág. 30.

sino más bien debilitada, a pesar de que en estos años había gozado viendo a sus hijos que crecían y se ubicaban bien en la vida. El mayor, Francisco, se había casado, en agosto de 1868, con María del Rosario Molina y Pulido.

Pocos meses más tarde, en la medianoche del 10 de febrero de 1869, la madre de la santa sufrió un infarto. Mientras los otros hermanos presentes iban a buscar al médico y al párroco, Doña Rafaela murió, a solas con Rafaela. Muchos años después, Rafaela dejó escrito lo que había vivido en ese momento. El dolor era muy grande, pero en él se prendió una luz, que iba a iluminar no sólo ese momento triste, sino toda la vida.

En ese entonces, el luto riguroso mantenía a la familia, sobre todo a las mujeres, alejadas de salidas y diversiones. Dolores y Rafaela se quedaron, pues, en el pueblo. Este tiempo de distanciamiento y el mismo hecho de la muerte de la madre fueron formando en las dos hermanas otros gustos, otras aspiraciones. Pero de pronto, empezaron a organizar su vida -desenfocada ya de los bailes y diversiones- de otra manera: reforzaron su vida espiritual, las lecturas que las ayudaban a ser mejores y a acercarse a Dios, y se dedicaron más a ayudar a los pobladores. Se acercaron más a la parroquia para cooperar en la catequesis de los niños y en la costura de los ornamentos. Y también, como una constante en su vida y la de su familia, se acercaron más a los pobres. Pasaban tardes enteras reunidas con sus amigas, mientras leían algún libro valioso y cosían ropa para los necesitados, a los que en otros momentos también visitaban.

Pero un nuevo dolor vino a interrumpir esta nueva

vida, que iba apaciguando la ausencia de Doña Rafaela. Enrique, el hermano dos años mayor que Rafaela, tuvo una mala caída del caballo; unos meses después se le declaraba una tuberculosis. No es difícil imaginar la rebeldía de este muchacho de 22 años ante el pensamiento de la muerte. Dolores y Rafaela se dedicaron entonces a él, tratando de paliar con su bondad, compañerismo y cuidados esos dolorosos sentimientos del hermano. Tenían también la preocupación de acercarlo a Dios, porque veían la importancia de que fuera feliz eternamente. Pero Enrique, disgustado con Dios y con la vida, no quería oír hablar del tema.

En mayo del año siguiente, 1871, llegó a Pedro Abad el nuevo párroco, José María Ibarra. Las dos hermanas, después de casi dos años de angustia y soledad -sus otros hermanos no las comprendían del todo-, buscaron un apoyo espiritual. Sin embargo, en quien pensaron primero fue en Enrique. El nuevo párroco era hombre joven -tenía entonces 30 años y era inteligente, de buen trato y excelente sacerdote- y ambas hermanas confiaron en que pudiera llegar al corazón del hermano para acercarlo a Dios. Lo invitaron entonces a visitar al enfermo; las visitas se repitieron con frecuencia.

El Padre José María se fue ganando a Enrique. Primero lo ganó como amigo, para terminar ganándolo para Dios. Y así el muchacho recobró la paz y la alegría, que son los bienes más preciados, aun a pesar del sufrimiento físico. La enfermedad siguió su avance y la muerte lo sorprendió cercano a Dios, el 4 de marzo de 1872

Esta etapa, desde 1869 hasta 1872, humanamente tan dolorosa, es en la vida de Rafaela una apertura del ho-

rizonte hacia una luz nueva y más concreta; ella empezará pronto a dar forma a su vida. Se aclara el cielo y el sufrimiento juega su papel: borrar sombras, para que Rafaela vaya descubriendo el sol, la luz verdadera.

Muere su madre y, más que deshacerse en llanto, Rafaela parece construirse una vida nueva. No porque no sienta el despojo. Éste tuvo que ser muy grande para que haya podido tener repercusiones tan importantes. Pero Rafaela había empezado ya a buscar la luz, la felicidad verdadera; ahora se da cuenta: ninguna persona humana puede llenar del todo su corazón. Ella quiere beber del manantial. Se siente alumbrada por el sol mismo. Esto es lo que ella llama desengaño: sentir tan pura esa agua, tan verdadera esa luz, que todo lo demás quede chico; en cambio, todo lo demás se agranda en la medida en que participa de ese frescor y ese fuego. Se da cuenta de que la vida que lleva la induce a apoyarse en postes débiles como si fueran fundamento de granito. Esta realidad la deja insatisfecha. Ella quiere amar y ser amada totalmente. Rafaela es sensible, percibe los matices. Pero sólo los admira desde la luz del sol.

Cuando habla de “mundo” piensa a veces en todo lo que en nosotros hay de pecado o en lo que nos arrastra a él. En otros momentos, como en el que nos ocupa, ella por “mundo” entiende darse a las cosas y a las personas como si fueran Dios. Al emprender ahora una vida más seria y más alegre, no le escapa a la vida, sino que la encara, para vivir más y mejor. No cambia para huir; cambia para afrontar. Para poder abrazar el amor, para poder beber de la fuente. Para cuidar el gran secreto que había apuntado en sus 15 años. Dios, su todo. Por eso va a ser tan cariñosa durante toda su

vida y a volcar su ternura en los más pequeños, sobre todo en los niños, en los enfermos, en los pobres, en los ancianos, en los que sufren, en los pecadores: en todos los que están deseando la vida. Su corazón será desposado por aquel que es dueño de la vida. En ella empiezan a germinar sentimientos de madre.

Capítulo 2

UNA VIDA NUEVA

En estos años coinciden dos hechos que están muy relacionados. Por un lado, los desgarrones de las muertes del hermano y de la madre, que acercaron a Dolores y Rafaela hacia una vida más entregada y verdadera. Por otro, el encuentro con el P. José María, que va a orientarlas en su nuevo camino; él marcará su formación.

Después de ver la relación que el joven sacerdote entablaba con Enrique, ambas jóvenes le pidieron que las ayudara espiritualmente. En todo este tiempo, conociendo ya el objetivo que perseguían, servir a Dios de un modo más pleno, se sentían a veces desorientadas en su vida interior. Todavía seguirán sin concretar en ningún proyecto el estilo de vida al que Dios las llama, pero, en cambio, tendrán un excelente maestro de espíritus. Es la primera guía espiritual importante que encontraron en sus vidas. Esperando y entreviendo todo esto, se le confiaron.

Sus hermanos, mientras tanto, no las comprendían. Se habían casado todos: en 1871, Antonio, con María Aguado y Fernández de Mesa; en 1872 Ramón, y también Sebastián, el primo que vivía con ellos. Todos, también Francisco, se casaron con hijas de familias de la aristocracia. Ahora eran parientes de gente de la nobleza. Pero no por ello llegaron a comprender mejor a sus hermanas, al contrario. Iban subiendo en la sociedad y se comprometían más y más con gente que despreciaba una vida dedicada a Dios. Así, querían casar a estas hermanas con pretendientes que llevaban una vida similar a la de ellos. Los pretendientes no faltaban, pero ellas, bajo la dirección del P. José María, radicalizaron sus opciones.

Se entregaron entonces a una vida más sacrificada y austera. En este momento es cuando realmente empezaron a vestirse con ropa mucho más sencilla. Abrieron sus roperos, se quedaron con lo que más necesitaban y el resto lo usaron para hacer ornamentos de iglesia o ropa para los pobres. Esta austeridad la extendieron también a la comida. Y al trabajo. Como todas las familias ricas de la época, tenían muchos sirvientes. Poco a poco empezaron a prescindir de ellos, quedándose con unos pocos, con los que compartían diversos momentos del día.

Otro polo de sus vidas en este tiempo fue acentuar la relación con Dios. Empezaron a leer la Biblia cotidianamente, cosa poco común en los católicos de entonces. Hacían oración silenciosa y meditada. Iban a misa todos los días, y muchos de ellos comulgaban. Empezaron también a estudiar más los contenidos de la fe: la palabra de Dios, la liturgia, las verdades de la religión. Así fueron alimentando su piedad, que nunca fue

mezquina. Su fe se fue volviendo más fundamentada y personal: conociendo más al Señor, pudieron entregarse más plena y humanamente a Él. Sabían por dónde iban.

También extendieron su apostolado. Prácticamente dedicaron todo su tiempo, a partir de ahora, a los pobres. Cosían para ellos; iban a las casas donde la gente, recibéndolas con muchísimo cariño, les manifestaban sus necesidades, tanto materiales como espirituales. Cuidaban a los enfermos, acompañaban a los más graves. A algunos de éstos los sirvieron con tanta convicción y bondad que lograron que se convirtieran, que aceptaran a su Padre Dios, que pidieran perdón y perdonarán a sus enemigos.

También la propia casa se convirtió en un centro de catequesis. Allí todos los días daban a los pobres comida y les hablaban del Evangelio. Hacían catequesis de adultos y de niños. Como se les habían unido algunas de sus amigas, todo esto lo hacían en comunidad.

Ellas decían: *“Hemos sido servidas lo suficiente; es justo que ahora sirvamos al prójimo por Dios.”*¹ Es lo que habían comprendido: cuando Dios da la felicidad de ser queridos por Él, espontáneamente todo ese amor recibido tiende a derramarse en las personas, como servicio. Pero sus hermanos siguieron presionando para que dejaran el retiro de Pedro Abad, y volvieran a la vida de sociedad en Córdoba. Ellos estaban lejos de sus ideales y no podían comprenderlas. Hablaron con las hermanas. Al principio, tuvieron ellas el pretexto del luto por Enrique, pero, a medida que pasaban los meses, esa excusa dejó de tener vigencia. Volvieron a hablar, a rogar, a insistir. Poco a poco la tensión

¹Cuadernos I. págs. 27-28; cit. por CASTANO, pág. 40.

fue en aumento. Ellas no querían dividir a la familia, ni enojarse con sus hermanos; trataron de hacer las cosas suavemente, de modo femenino, sin enfrentarse. Tenemos que tener en cuenta que en su tiempo la mujer estaba casi siempre sometida a los hombres de la familia. Pero la fuente que albergaban en su corazón, el amor de Dios, no las había hecho apocadas. Sabían lo que querían. Así siguieron adelante con su ideal de vida. Sin embargo, las cosas no se suavizaron.

Dice una testigo contemporánea que “les hicieron la guerra.”² Lo peor fue que cuando agotaron los medios pacíficos, hablar, rogar, apelaron a espiarlas (los hermanos vivían normalmente en Córdoba) y usaron así otros expedientes menos honrados. Hicieron así correr chismes sobre el P. José María y su conducta. Dolores y Rafaela trataron de seguir suavizando las tensiones y dejaron de ir juntas a las casas de los pobres y a misa; salían a hacer sus buenas obras una a la mañana temprano y otra al atardecer. Pero nada de esto sirvió realmente.

Como sus hermanos no las comprendían, quisieron forzarlas. Y como ellas parecían invulnerables, hicieron víctima al Padre José María. Hablaron con el Obispo, que no lo creyó todo; pero el mismo sacerdote comprendió que tenía que irse de Pedro Abad, donde le estaban atando las manos para hacer el bien. Fue destinado entonces a una parroquia de Córdoba y una mañana temprano, en abril de 1873, partió de su querido pueblo. Dolores y Rafaela debían despegarse otra vez de una estrella orientadora.

Nos preguntamos cómo una persona tan buena, simpática e inteligente ha podido saborear tantas veces

²Cuadernos I. págs. 15; cit. por CASTANO, pág. 44.

en su vida la incomprensión. Esto le pasó a Rafaela. Muchos quisieron torcer su camino, que ella sólidamente recorría, a paso corto y seguro, y con aletazos de águila.

Mientras tanto, conocía más a Jesús. Se iba formando en ese conocimiento y las incomprensiones le valían para que aquel fuera un aprendizaje práctico, un ir emparejándose con la cruz. En esta época apunta en ella la sabiduría del dolor.

Dios le va apartando los apoyos humanos. Ella, que está tan abierta a escuchar, a aprender de otros, empieza a acostumbrarse a no perder el rumbo cuando se esconden las estrellas. En cada época de su vida va a establecer relaciones humanas de confianza con sacerdotes que la van a guiar muy bien hacia Dios. Pero uno por uno tendrán su tiempo para darle luz y su tiempo de ser retirados. Una vez pasada la primera sorpresa, Rafaela no se desconcierta, se acostumbra a no tropezar y sobre todo a aferrarse a Dios, a enraizarse en el único invicto. Lo aprende por una razón muy simple: Rafaela tiene fe. Cada arrancón es una nueva oscuridad; pero los ojos de su corazón se entrenan para descubrir pistas. Y en esto ella va siendo profeta, mística, verdaderamente experta. Empieza entonces, se podría decir; pero esta capacidad de adivinar a Dios en todo y más allá de todo lo que pasa, es una característica espiritual suya.

También apunta ya su manera humilde de encarar las cosas. Deja siempre su espacio a los otros. No pelea. Pide sólo que le dejen seguir su camino, buscando en los demás el reflejo de la luz que Dios le manda.

Capítulo 3

FORMACIÓN ESPIRITUAL POR CORRESPONDENCIA

En los meses que van desde abril de 1873 a febrero de 1874, Dolores y Rafaela siguieron sintiendo el disgusto de sus hermanos. Hicieron lo posible por unirse a ellos, pero las relaciones se mantenían tensas y, aunque trataban a sus hermanos con cariño, no lograron apagar su enojo.

Mientras tanto, el P. José María siguió ayudándolas por carta. A través de esta correspondencia, que se conserva, conocemos los consejos que les daba. Las chicas se dedicaron a seguir adelante con su vida nueva y entregada, tratando de crecer espiritualmente, buscando la santidad: estar lo más cerca posible de Dios y contagiarse de Él.

Esa pobreza y sacrificio que ellas ya habían aprendido a hacer suyos, el P. José María los fue encauzando. A veces les parecía que era muy importante hacer penitencia exterior. Él les escribía: “La mortificación es una virtud, y como tal no admite excesos...; hay que evitar las exageraciones... Aumente en cambio cuanto pueda la mortificación interna, contrariando la voluntad y los deseos, y aceptando con alegría cuanto a Dios Nuestro Señor le parezca bien enviarle.”³

Rafaela se interesaba más aún por la oración y las lecturas que podían acercarla a Dios. El sacerdote le decía: “Le advierto que las prácticas de devoción no son obligatorias: ni la lectura, ni las oraciones vocales o mentales; y que no necesita ejercicios especiales

³Cuadernos I. págs. 42; cit. por CASTANO, pág. 57.

cuando está ocupada en cosas necesarias. Conviene, sin duda, atenerse cotidianamente a ellos; pero con tranquilidad, y sin creer que está en falta si no puede cumplir con todo.” Y le seguía aconsejando que, más que hacer cosas demasiado especiales que puedan chocar a otros, buscara “el aumento del fervor y de la caridad, que es la esencia de todo.”⁴

En este ir apegándose a Dios no faltaban tentaciones. Ella fue comprendiendo que nunca se empieza por completo una vida nueva. Todos los días se empieza. El “hombre viejo”, el pecado, anida siempre en el corazón. Tuvo deseos de hacerse admirar, la ensombrecieron a ratos los recuerdos de su brillante vida de sociedad, deseó contestar mal a Dolores cuando la impacientaba y también sintió envidia. El P. José María la fue ayudando a no tener escrúpulos, a distinguir el sentir la tentación, del consentir en ella admitiendo conscientemente el mal en sí misma, plegándose a él.

La respuesta de aquel sacerdote para las tentaciones fue la humildad: “Le recomiendo no confiar en sus fuerzas, no complacerse en sí misma, no creerse muy adelantada en el camino de la santidad.”⁵ Le decía que no mirara hacia atrás, ni al bien ni al mal hechos, sino más bien al camino que le quedaba por recorrer, confiando en Dios con esperanza: “Debo recordarle que sea muy humilde y que profundice en el conocimiento de sí misma, para dar gracias a Dios de los muchos beneficios que Él le da.”⁶ Una humildad luminosa, radiante. Tan alegre es el camino que Dios la invita a recorrer, que en otro momento en que Rafaela le hablaba de sus tentaciones de vanidad, el consejero le respondía:

“No tardará mucho el día en el que verá cumplidos sus

⁴Cuaderno I, pág. 46; cit. por CASTANO, pág. 58.

⁵Ibid., pág. 43; CASTANO, pág. 59.

⁶Cuaderno II, pág. 45; cit. por CASTANO, pág. 59.

deseos. Brillará más que el sol, si mientras tanto se mantiene en la oscuridad, si se aleja del falso esplendor que engendra vanidad y soberbia, y si se queda, hasta que Dios quiera, en el rinconcito de la humilde simplicidad.”⁷

Palabras realmente proféticas.

Después que el P. José María abandonó Pedro Abad, hacia la mitad de 1873, Rafaela y Dolores pensaron hacerse religiosas. No sabemos cómo formularon la idea por primera vez. Sabemos, sí, que la expresaron después de la ida del sacerdote. En los meses que siguieron, el disgusto de los hermanos les pareció providencial: ellas supieron ver allí la mano de Dios, que las llamaba a partir, a desprenderse. El sacerdote no se lo sugirió, e incluso les dijo que también hacían mucho bien en el pueblo, ayudando a los pobres y enfermos, dando catequesis y con el testimonio de su vida entregada. Como ellas insistieron -y teniendo en cuenta que, dada la oposición de los hermanos y su influencia, la concreción de aquella idea no se veía fácil-, el P. José María les sugirió que se dejaran ayudar por los sacerdotes que colaboraban con el Obispo en el gobierno de la diócesis: Manuel Jerez, canónigo de la catedral, y Ricardo Míguez, secretario del Obispo. A ellos les escribieron, pidiéndoles que las aceptaran como carmelitas. Sabemos que a Rafaela le costó decidirse y que tuvo que luchar mucho, también interiormente, para no dejarse llevar por un camino que, difícilísimo en sí, para ella era -paradójicamente- más fácil.

Los consejos del P. Ibarra para definir su vocación fueron cuatro: orar más, dejarse orientar por personas autorizadas, seguir su inclinación y estar en el fondo muy **disponibles** a lo que Dios quisiera de ellas.

⁷Cuaderno I, págs. 56-58; cit. por CASTANO, pág. 67.

Por algún lado tenía que florecer tanta vitalidad espiritual concentrada. Estos meses son realmente de germinación vigorosa. El apartamiento, la entrega a los demás, la caridad y la pobreza, la oración, preludian el invierno de la semilla que en lo escondido de la tierra germina vida.

Rafaela va a mantener siempre este impulso grande a la santidad. No de los mediocres, aunque sí de los humildes. Así sigue rastreando la huella de Dios, que ya le va pidiendo una respuesta concreta. Lo ha escuchado, pendiente de su corazón de Padre que la conduce; se acerca ahora el tiempo de las decisiones. Dios le muestra el camino descubriéndole que Él es quien mejor puede llenar su corazón, en una vida dedicada a su servicio.

Capítulo 4

DISCERNIMIENTO DE LA VOCACIÓN

Diferir por tiempo indeterminado la realización de nuestros proyectos nos disgusta bastante, como Ud. puede comprender. Sin embargo, como nuestro propósito no es efecto de una fantasía, ni de pasadas penas, ni menos aún de aversión al mundo que nos ofrece sus bienes, sino que proviene sólo del deseo de la Gloria de Dios y de la mayor seguridad por nuestra salvación, aceptamos por ahora la dilación, queriendo ser dóciles a las disposiciones y consejos de personas prudentes... Hemos dicho “por ahora”⁸.

⁸Cuaderno I, págs. 56-58; cit. por CASTANO, pág. 66.

Demoras en la realización de los proyectos de vida religiosa hubo muchas. En este escrito de Dolores que abre el capítulo, es muy, muy importante el listado de motivaciones que ellas tenían en cuenta al hacer un discernimiento de su vocación.

Tanto tiempo queriéndolo, y a través de tantas dificultades, daba garantías de que sus inclinaciones no eran fantasía. Tampoco se van por haber sufrido. Uno no elige algo tan grande por huir del sufrimiento. El dolor las maduró, pero sin amargarlas. Miraban hacia adelante, donde ven la llamada de Dios, pero con confianza, con alegría. Y esto es más claro todavía si pensamos en todo lo que la sociedad les ofrecía: cultura, dinero, diversiones, amigos, una familia que las quiere, aunque no las comprende, y tentadores partidos para casarse. Ellas, que se habían sentido tan queridas por su madre, podían gozar pensando en una familia propia. Pero... no; se movían guiadas por el deseo de Dios y el de estar más cerca del Cielo, ya que a este estilo de vida Él las llamaba.

Habían sido muchos los meses de pensar, rezar, carterarse con el P. José María; meses de auscultar sus inclinaciones, donde él les decía que también escuchaban la voz de Dios.

Los sacerdotes del obispado, después de enterarse bien del asunto, decidieron que, dada la situación familiar tirante y la lejanía de la ciudad, podían estar más tranquilas para pensarlo retiradas en un convento de clausura, sin estar en él como aspirantes, sino como pensionistas. Esto también les permitiría a ellos conocerlas mejor y aconsejarlas.

Aun cuando aquella no fuera la entrada a un noviciado,

al empezar a preparar el viaje, Dolores y Rafaela advirtieron que se trataba de la partida del hogar. No les fue fácil. Pero igualmente dispusieron todas las cosas, regalaron muchas, proveyeron quién cuidaría a algunos ancianos que prácticamente dependían de ellas. Y partieron el 13 de febrero de 1874. Habían pedido a su primo Sebastián que las acompañara a Córdoba, con su mujer. Ese mismo día, llegadas a la ciudad, hablaron con el Obispo y por la tarde fueron al convento de la Santa Cruz, de monjas clarisas, acompañadas por su prima, como para hacer una visita. Cuando llegaron, después de breves saludos a las monjas, se abrió la puerta de la clausura y ellas entraron. Sólo después, desde adentro, explicaron a la prima lo que pasaba. Nos podemos imaginar el susto de esta señora, que tenía que avisar a sus hermanos que Dolores y Rafaela habían volado.

Tuvieron que aceptarlo, aunque no quisieran. Y las dos hermanas empezaron una nueva vida, destinada a conocer mejor la voz de Dios, y a que los sacerdotes encargados de orientarlas las conocieran.

La vida en el convento de Santa Cruz fue muy ordenada; siguiendo un horario, se dedicaron a trabajos domésticos, en los que también ayudaron a las Hermanas: limpiar, acarrear agua; a la lectura y a la oración. Estaban en un departamento pequeño separado de la comunidad, que daba sobre el jardín, y allí convivían con dos Hermanas, con las que charlaban animadamente.

En todo ese tiempo, las relaciones entre Dolores y Rafaela fueron muy buenas. Aunque siempre surgían las diferencias temperamentales, gozaron del tiempo

pasado tan juntas. Nuestra santa había dejado que su hermana mayor se encargara de todos los negocios. Quizás esto, que en realidad ocurría siempre, fomentó la tendencia de Dolores a dominar, y podemos pensar que se fueron afirmando sus sentimientos de superioridad.

Rafaela, en Santa Cruz como antes en Pedro Abad, era muy alegre y graciosa. Esto lo recordaron las Hermanas mucho tiempo después. Tenía gracia para decir las cosas y ayudaba a crear un clima agradable.

Después de unos meses, los Padres Jerez y Míguez (este último había entrado a gobernar la diócesis como Vicario, porque en marzo había muerto el Obispo Albuquerque) les propusieron un proyecto concreto. Convencidos de que el liberalismo ateizaba la sociedad y seguros de la influencia que podía tener la educación para cristianizar la cultura, pensaban en la fundación de un colegio religioso. Para ello proponían a Dolores y Rafaela que hicieran el noviciado en la Orden de la Visitación, en Valladolid, y luego volvieran a Córdoba con una comunidad de esas Hermanas, para fundar el colegio a sus expensas.

Dice Dolores en sus Crónicas que ellas vieron en esto la mano de Dios y se mostraron dispuestas a seguirla. La Superiora de Valladolid aceptó también el proyecto, y les aclaraba: “La que entra en la Visitación como fundadora, tiene que venir dispuesta a ser la última, y convencida que lo será.”⁹

Poco le costaba esto a Rafaela, convencida como estaba de que la humildad es el camino para acercarse a Dios y a los demás. Las hermanas Porras acogieron con entusiasmo este proyecto; ya tenían ganas de co-

⁹Cuaderno I, pág. 19; cit. por CASTANO, pág. 78.

menzar su camino definitivo.

Pero Dios, Padre providente, dispuso también esta vez otra cosa. En esos días se enfermó el P. Jerez y el proyecto entró en un compás de espera.

En octubre, llegó a Córdoba el P. Antonio Ortiz Urruela, que iba a jugar un papel importante en la vida de Rafaela. Como Monseñor Míguez lo conocía y estimaba mucho, le propuso que examinara el caso.

El P. Antonio era latinoamericano; había nacido, estudiado y trabajado como abogado y en cargos públicos en Guatemala. Cuando ya era grande había viajado a Europa y, en Roma, en charla con el Papa Pío IX, se había decidido a ser sacerdote. Después había participado en el Concilio Vaticano I. Ahora Dios se lo traía a Rafaela como una nueva luz que iba a iluminar su camino.

Este sacerdote había conocido una Congregación Francesa, llamada Sociedad de María Reparadora, y se había entusiasmado con la importancia que estas Hermanas daban a la oración delante de Jesús en la Hostia: exponían el Santísimo Sacramento en sus capillas, después de la misa, y se turnaban para adorarlo, cada media hora. El P. Antonio estaba convencido de que el liberalismo, como otros ateísmos, podía ser descalificado no sólo por los colegios, sino de un modo especial por esta oración, que tenía un doble valor: el de toda oración, que alcanza la Gracia de Dios para nuestro mundo, y el del testimonio, el valor de signo, porque se contemplaba a Jesús en la Hostia y se veía una comunidad que lo adoraba porque creía en Él; un verdadero Centro de fe y de evangelización.

Dolores y Rafaela quedaron encantadas con este sa-

cerdote, en el que les pareció encontrar la voz de Dios. Podemos pensar que se les exigía mucha paciencia, con tantas marchas y contramarchas. Pero ellas no parecían desear otra cosa que seguir a Jesús por donde Él las llevara. Quedó entonces decidido que harían una fundación en Córdoba con la Congregación de Reparadoras, entrando ellas como novicias de la misma.

Rafaela y Dolores siguen escudriñando estas pisadas de su Dios. La cuota de paciencia es la necesaria para superar los obstáculos de ese camino. Mientras tanto, el alma de Rafaela se afina en esta sabiduría de rastrear las huellas de Dios. Por eso será después tan buena guía espiritual de sus hermanas-hijas... : por eso será santa. Porque pondrá su corazón avizor en función de lo que Dios le quiera decir.

Se ponen a disposición de la Iglesia. Buscan en sus representantes el camino de Dios. Tanto Rafaela como Dolores creen que Dios no les va a hablar en una aparición, sino por medio de sus hermanos, por medio de la Iglesia. Escuchan a Dios a través de las personas que lo representan. Siempre van a tener un hondo sentido de Iglesia. Esto también entra en el estilo humilde de Rafaela: sentirse y saberse necesitada de otros; creer que hay otros que la van a conducir de parte de Dios.

Rafaela quiere obedecer a Dios. Como está enamorada, atiende a los gustos de Dios, aunque Él no se lo mande. Su femenina tendencia de agradar a los demás, de caerles bien, la ha puesto al servicio de su gran amor. Por eso le quiere obedecer.

Pero no es la suya una obediencia en el aire; es obediencia concreta, a veces con cáscara dura, a seres humanos que no siempre serán de su gusto. En medio de

todo esto, Rafaela está contenta porque puede seguir a su Señor, amar a sus hermanos, estar en paz.

Ha sabido partir. Desatar amarras. ¡Qué libre es Rafaela, y qué libre se sigue haciendo! Ha dejado su hogar, donde fue criada, amada, educada, donde recibió el mejor cariño de sus padres, hermanos, vecinos y amigos. Con esta partida, a Rafaela se le ensanchan las huellas de Dios, se le ensancha el mundo, se le ensancha el propio corazón, cada vez más libre.

Capítulo 5

CON LAS REPARADORAS

Entre mil contradicciones y penas, estar sumisas como niños fue nuestro mayor consuelo y reposo. Y lo mismo le pasaba a mi hermana, ya que nunca seguimos nuestra voluntad, sino que hasta la contrariamos por el Señor y su Gloria.¹⁰

Los tratos con la Congregación de María Reparadora todavía duraron unos meses. Al final se arreglaron las cosas. Vendrían las religiosas y pondrían un colegio para las chicas de Córdoba.

Dolores y Rafaela se comprometían a entrar en la Sociedad, donando su casa de la calle San Roque, además de pagar los gastos del culto y de poner sus dotes, si llegaban a pertenecer a la Congregación; se entiende

¹⁰Crónicas de Dolores; Cuaderno II, pág. 10; cit. por CASTANO, pág. 79.

que las novicias todavía no pertenecen a un Instituto, ya que el compromiso empieza al hacer los votos.

Estas tratativas las condujo el P. Antonio. Las hermanas estaban totalmente disponibles para lo que la Iglesia decidiera, ya que sentían que en ella les hablaba el Señor. Aceptaron con alegría este nuevo paso, que parecía que iba a ser ya definitivo. Deseaban ubicarse de una vez. No se sentían nacidas para andar vagando, ambulantes, sino para formar espiritualmente parte de una comunidad, de un hogar.

Los primeros días de 1875 se trasladaron a dicha casa, para arreglarla. Allí trabajaron mucho y con ilusión, preparando la venida de las Hermanas Reparadoras. Mientras tanto, se habían ubicado en el altillo, bastante incómodas, para no molestar los arreglos.

El 1º. de marzo, cumpleaños de Rafaela, llegaron las Reparadoras. Ese mismo día Dolores y Rafaela empezaron su postulanteo. Era una primera etapa, de adaptación y conocimiento. La llegada de las Hermanas no cayó muy bien a la gente de Córdoba. Parece que vinieron sin hábito y con vestidos muy elegantes..., casi ricos. Además, eran francesas, lo cual a un español nunca cae del todo bien, sobre todo en un siglo en el que se había tratado de instalar a un rey francés en trono español. Este afrancesamiento se notaba incluso en la liturgia. Pero pronto se inauguró la iglesia, con el culto a la Eucaristía expuesta, y eso sí que gustó a la gente, que empezó a acudir con frecuencia y en buen número. Y los prejuicios se fueron borrando. O, quizás, sólo durmiendo.

Ese mismo mes llegaron otras chicas, de la misma Córdoba, que querían entrar al noviciado. Las vocaciones

se fueron presentando, jóvenes y entusiastas, en la calle San Roque: en un mes fueron seis, dos de ellas sus antiguas amigas, Mariana Vacas y Adriana Ibarra; y en un año llegaron a reunirse veintiuna.

La Maestra de novicias parece que captó bien el alma y el valor de Rafaela. Como necesitaba alguien que la ayudara, la puso de responsable. Y como si algo tenía claro Rafaela era que mandar es servir, su cargo le sirvió de excusa para dedicarse doblemente a la caridad. Todos la vieron limpiar, cuidar a las enfermas, contar a las postulantes cómo es el camino espiritual para acercarse a Dios, dar catequesis a niñas pobres, acompañar a las Madres francesas para hacerles de intérprete.

Mientras tanto, el 4 de junio tomaron el hábito. Como era costumbre entonces, se cambiaron los nombres. Dolores se llamó desde entonces María del Pilar, y Rafaela, María del Sagrado Corazón de Jesús. Tenemos la descripción de cómo la veían desde afuera:

“La recuerdo muy bien de cuando en 1875 me preparó a la primera comunión. Era de mediana estatura, un poco inclinada hacia adelante, de aspecto elegante, sin ser gorda; la cara blanca y sonrosada, la boca bien formada, y adornada por una sonrisa amable; de carácter sencillo y humilde; al hablar de Dios se apasionaba a veces, y parecía que se le encendía el rostro.”¹¹

En cuanto a la administración de sus bienes y demás negocios, seguían dejando las cosas a Pilar.

Ella parecía más bien inclinada al silencio, a desentenderse de todo lo que no fuera ser pobre, obediente y entregada a Dios.

¹¹Alia nova positio super Virtut, “Responsio ad Animad”, págs. 4-5: cit. por CASTANO, pág. 96.

En esta época, Rafaela y sus amigas conocieron y asimilaron lo que luego sería la razón de sus vidas: la oración ante Jesús expuesto en la Hostia, en la Eucaristía. No es que estuvieran todo el día de rodillas; pero los momentos de adoración eran como la fuente de todo el bien que pudieran hacer.

Sin embargo, ya a mitad de año empezaron los problemas. Mientras Rafaela soñaba con escalar cumbres y realizaba los humildes servicios, la gozosa convivencia, la mansa sumisión y la oración radiante que esa escalada le pedía, las cosas se ponían turbias por debajo. Los prejuicios despertaron. Por un lado, las Reparadoras hablaban de irse a Sevilla; por otro, el P. Antonio insistía en la fundación que tenía que servir a la gente de Córdoba; y lo mismo opinaban los sacerdotes del Obispado.

Además, el nuevo Obispo, Mons. Ceferino González, era muy español y no compartía el afrancesamiento. Este abatimiento lo compartían cada vez más cordobeses y algunos sacerdotes. Dolores, que administraba los bienes de las hermanas Porras, era realmente generosa con todo lo que se refiriera a plata. Pero veía que a veces se hacían gastos innecesarios. Que en los arreglos se llegaba incluso a la ostentación. Hasta tuvo problemas de conciencia, que sólo después de un tiempo consultó con el P. Antonio. Los católicos españoles eran amigos de la austeridad. Y las Porras, amigas de la pobreza, habían renunciado a vivir como señoras elegantes.

También es cierto que el P. Antonio no logró entenderse con la Superiora Provincial; aunque la Maestra de novicias hizo lo posible por la conciliación, fue trasla-

dada poco después. El Padre tenía un carácter fuerte, era sincero y no muy diplomático; tenía su idea formada de la fundación y quería que se llevara adelante quizás no sólo la idea, sino también la forma concreta de realización. Y las fundadoras le tenían muchísima confianza. Hubo otro motivo de desacuerdo con las Reparadoras, que frente al pueblo apareció como el más importante: las Reparadoras se habían comprometido a abrir un colegio y no lo habían hecho todavía.

Dolorosamente, llegó un momento en que no se veía más salida que la partida de las religiosas, a pesar de haber pasado más de un año, desde setiembre de 1875 hasta octubre de 1876. El P. Antonio prefirió irse a Sevilla para no influir demasiado en las decisiones que iban a tener que tomar las novicias.

Porque ahora se planteaba la alternativa: ¿Irse a Sevilla con las Reparadoras? ¿Quedarse? ¿Quedarse cómo? ¿Siendo Hermanas, o yéndose cada una a su casa?

El 10 de octubre las novicias supieron que las Reparadoras se iban; el 12, la Superiora se los dijo oficialmente. Como es lógico, muchas de ellas se desconcertaron; además, al principio les dieron a entender que, sino partían a Sevilla, tenían que irse cada una a su casa. Pero ese mismo día, en el tiempo de descanso, Pilar les dijo:

*“Deseo que sepan que las religiosas se van, pero de nosotras las que quieran quedarse estarán bajo la protección del Obispo y la dirección del P. Antonio. No perderán ni el tiempo del Noviciado, ni la vocación.”*¹²

A pesar de esta orientación que les daba Pilar, no se sabía claramente qué iban a hacer ella y Rafaela. Dice

¹²Cuaderno II, pág. 21; cit. por CASTANO, pág. 124.

una de las novicias:

“En esta ocasión se vio más que nunca la virtud y la esmerada educación de las dos fundadoras. Se veía que por delicadeza evitaban entrometerse en la marcha de la casa, y se abstendían de hablar aún a las novicias. En esos días estaban como escondidas. Las encontrábamos de rodillas delante del Santísimo Sacramento.”¹³

Parece que ya en este tiempo las fundadoras tenían sobre las demás cierto liderazgo, porque al verlas tan silenciosas, su interés era preguntar por la conducta que ellas seguirían. En concreto una de las novicias cuenta: “¿Qué hacen las hermanas Porras? Y como le contestaran que ella decidiera en la presencia de Dios, dijo: No, yo seguiré su ejemplo: él me trajo a la Religión y éste quiero seguir ahora también.”¹⁴

Cuando el P. Ortiz volvió, las novicias pidieron también poder hablar con él. El 14 de octubre partieron las Reparadoras, con cuatro novicias. Se quedaban dieciséis. El Obispo las había acogido para que pudieran seguir unidas con su ideal.

Tenemos que estar muy atentos al alma de Rafaela en estos meses. Mientras los sacerdotes y Hermanas que la dirigen dialogan, discuten, tratan asuntos y negocios, Rafaela escucha. Vive su vida escondida de novicia, reza, sirve, ayuda, limpia, da catequesis...; pero por dentro escucha. Es lo que hizo todo este tiempo, todos estos años, desde que apuntó en ella el llamado de seguir a Jesús. Hasta ahora el Señor la conducía en silencio. Rafaela conocía lo más importante: entregarse, estar del todo disponible. Ella no tiene apuro. Nunca lo tuvo. Tiene mucha vitalidad interior, y a veces le gustaría que Dios le aclarara las cosas. Pero cuenta más escuchar, seguir su paso, vaya como vaya.

¹³María de los Dolores, Relación, págs. 6-7; cit. por YAÑEZ, pág. 107.

¹⁴María del Pilar, Relación, pág. 14, párr. 28; cit. por YAÑEZ, pág. 109.

En estos meses parece que el silencio del Señor se ha ido preñando de respuestas. Concretas a su modo. Y Rafaela empieza a localizar esta voz. Es lo único que le importa en esta vida. Sabe que sólo de allí van a brotar todo el bien, toda la paz, para ella y para otros. De esa Voz. De esas sugerencias de Jesús que ella cuida en su corazón. Es libre, se hace libre frente a todo, porque ya optó por Dios. Y ahora Dios se le franquea; y ella, libre para Él descubre lo que su Corazón guardaba para ella, para ellas; y lo acepta en su corazón humano, lo hace suyo.

Primera corazonada de Dios: este adorar a Jesús en la Hostia hace falta para reparar. Porque hay mucho pecado en todos los hombres, hay que hacer una cantidad de reparaciones. Hay que reparar a los hombres que están rotos por el pecado y la relación de los hombres con Dios y de los hombres entre sí, que se hacen daño por el pecado; hay que reparar nuestro cariño a Dios, porque a Él le gusta saberse querido.

Segunda corazonada de Dios: Rafaela lo va a encontrar sobre todo en la Eucaristía. Vale la pena dedicar el tiempo y el alma a adorar a Jesús en la Hostia. La gente lo necesita, para poder creer y amar. “La misa es la fuente y la cumbre de toda la vida cristiana.”¹⁵

Tercera corazonada que Dios sugiere a Rafaela: las Reglas de San Ignacio, que ellas han tenido como suyas hasta ahora, las seguirán ayudando a compaginar la acción con la contemplación, a buscar la gloria de Dios sobre todo, y a centrarse en Cristo.

Así va naciendo el carisma que Dios le fue contando a Rafaela, que ella supo hacer suyo y que con sus hermanas-compañeras van a madurar para entregarlo al futuro.

En todo este tiempo también es importante la guía espi-

¹⁵Cfr. el Concilio Vaticano II. LG 11 y SC 10. En los escritos de santa Rafaela y en los primitivos de la Congregación, se encuentra esta idea muy repetida, y expresada en forma parecida al concilio. Cfr. YAÑEZ, págs. 101 y 225.

ritual del Padre Antonio. Él les supo decir que “del Santísimo Sacramento sale todo” y que “por su reparación se convertirá el mundo”¹⁶, de esta guía nos parece importante destacar lo que explica de la sabiduría de la cruz. Este amar a Jesús y todo lo que Jesús amó, hasta la cruz; el sufrimiento por amor:

“Me alegro que empieces a amar la cruz, las contradicciones y dificultades exteriores de la vida. Es poco hacer la reflexión verdadera, pero vulgar: en este mundo no se puede vivir sin cruz, por lo tanto es mejor someterse para que pese menos... Basta que Jesús la haya elegido, amado, para que hagamos lo mismo con la ayuda de su Gracia. Yo espero que el Señor, tan bueno, te dé esa gracia abundantemente”.¹⁷

Rafaela, porque ama al Señor, empieza a comprender el misterioso poder del dolor.

Capítulo 6

LAS PRIMERAS ESCLAVAS

*¿Quién me ha metido en este lío? Me hice religiosa para enterrarme en el silencio; en cambio me toca caminar a tientas... Yo no tengo pretensiones de fundadora.*¹⁸

¹⁶Carta del 12-4-1884; cit. por ROIG, pág. 81.

¹⁷Archivo Esclavas: cit. por CASTANO, pág. 98.

¹⁸Cuaderno III, pág. 18; cit. por CASTANO, pág. 120.

Aunque ellas no daban importancia al nombre, sino a lo que querían vivir, y no se llamaban aún Esclavas, estas dieciséis chicas fueron el núcleo de la Congregación que Dios hacía nacer.

Sin duda les fue difícil cortar la relación con las hermanas Reparadoras, a las que querían mucho. Pilar dijo en un momento: “No sé cómo esto no me costó la vida, porque naturalmente amaba a las religiosas con las que había vivido, y me afligía verlas sufrir”.¹⁹

Pero la vocación se les había vuelto fuerte, ahora tenía raíces profundas, plantadas por Dios, que los motivos humanos no lograban cortar.

Se habían quedado dieciséis -hermanas, amigas- que intuían que Pilar y Rafaela encarnaban ese ideal, más sentido que expresado, más vivido que pensado. Eran, además de ellas, Luisa y Concepción Gracia y Malagón; Carmen, Expectación y Pilar Rodríguez Carretero; Concepción Gracia y Parejo, Elisa Cobos, Elisa Cruz y Morillo, Adriana Ibarra (que era hermana del P. José María, que las había ayudado tanto), Mariana Vacas (la amiga de Rafaela), Isabel Requena, Teresa Vilaplana; finalmente, otra joven, que se fue al poco tiempo, y una postulante: Encarnación Hot.

El Obispo encomendó al P. Antonio que diera a la comunidad un germen de organización. Y quedó Rafaela como Superiora. Todas, por unanimidad, acogieron con entusiasmo este nombramiento.

Pocos días después las visitó el Obispo. Quiso hablar con ellas, y en medio de la charla les preguntó:

-Y Uds., ¿qué quieren hacer?

¹⁹Cuaderno II, pág. 18; cit. por CASTANO, pág. 120.

-Continuar juntas el estilo de vida que ya practicamos, bajo la protección de Su Excelencia.²⁰

En estas pocas palabras se descubre que el horizonte ya había clareado para ellas; sabían lo que querían. Las novicias, guiadas y comprendidas por Rafaela, emprendieron el camino que ese horizonte les abría y prosiguieron su vida sencilla y alegre. Habían quedado muy pobres, pero no se preocuparon por ello, aunque el patrimonio de las Porras había quedado casi exprimido, por lo menos en cuanto al dinero contante. Desde el principio amaron la pobreza, como otro camino para estar más cerca de Jesús. Afirman los testigos que Rafaela era la primera que tomaba para sí la ropa más usada, la comida menos atrayente. A ella le parecía que se merecía ese honor como Superiora.

Mientras tanto, los sacerdotes de la catedral las ayudaron a escribir un Primer Proyecto de vida para la comunidad. Expresan en él lo siguiente:

“Si la indiferencia en Religión ha de ser combatida, se requiere como fundamento la **enseñanza práctica de la teologal virtud de la fe**; y nada más conducente al objeto que el culto perenne y público al augusto Sacramento de nuestros altares, autor y consumidor de nuestra fe... Asentada esta única y solidísima base, es indispensable además, para evitar la perturbación y conseguir la regeneración social, que las inteligencias, los corazones y las voluntades de sus miembros se informen, desarrollen y rijan en conformidad con los preceptos y máximas evangélicas, todo lo que constituye la educación cristiana, cuya misión a nadie es dado desempeñar con más... acierto que a los institutos religiosos... Es evidente que la divina Providencia

²⁰Cuaderno III, pág. 2; cit. por CASTANO, pág. 133.

nos ofrece en este Instituto un medio poderoso, para procurar no sólo el bien espiritual de la Iglesia, sino también la salvación y regeneración social en nuestra diócesis.”²¹

Las Hermanas creían en una misión que une la acción con la contemplación, cuyo objeto es restablecer la gloria de Dios y el bien de los hombres, que una cultura liberal y atea intentaba apagar. Ellas lo expresaban diciendo que se querían dedicar “a la enseñanza práctica de la teologal virtud de la fe”. Esto, antes y después de hacerlo con la predicación y las obras, lo tenían que hacer con la oración, ya que en la Eucaristía Jesús se ofrece continuamente para la reparación. Y allí además “nos enseña” a reunirnos e influye en la “regeneración social”. Tal es la pedagogía que procuran las Hermanas en sus escuelas, sus grupos y catequesis; junto a estas actividades, la pedagogía de Jesús en la Hostia, que nos enseña a congregarnos, a cambiar.

Este carisma, este espíritu, sentían que podía ser encuadrado por las Reglas de San Ignacio. Tenían a este santo como guía para su disciplina interior y se las ingeniaron así para quedarse con un resumen del libro de las Reglas, aunque las Reparadoras hubieran deseado llevarse todos. Una Hermana tuvo la “brillante” idea de guardarlo en la lata de los porotos...

Después de presentado este proyecto, el Obispo dio la aprobación oficial -que llamamos “canónica”- a la nascente Congregación, el 30 de diciembre de ese 1876. Como ya hacía dos años que estaban en el noviciado, él mismo las autorizó para que el 2 de febrero de 1877 formularan sus votos las seis más antiguas. Nos podemos imaginar con qué entusiasmo acogieron esta

²¹Archivo, Docs. Epist. carta 37, Dec. 13; cit. por YAÑEZ, págs. 10-11.

idea, ¡tanto habían tenido que luchar por su vocación! Les parecía que al fin podían llegar a la meta.

Pero aún no iba a ser así. Habían empezado a hacer el retiro para prepararse cuando llegó a visitarlas el P. Camilo Palau, que era administrador de la diócesis y las quería mucho. Y ante el estupor de Rafaela y Pilar, les dijo que el Obispo había introducido cambios en las reglas bajo las cuales iban a formular su promesa. Ellas lo comunicaron a las otras cuatro que iban a hacer los votos y éstas instantáneamente respondieron:

-Madre, haremos todo lo que Ud. quiera, pero no haremos los votos.

A lo que Rafaela añadió:

-Pues prepararse para todo lo que Dios pida de nosotras.

Y ellas repitieron:

-Madre, nosotras no queremos esas reglas, queremos quedar como estamos.²²

Esos días de incertidumbres y certezas, los pasaron mal; rezaron... Llegó el 2 de febrero y no hicieron sus votos; el día que iba a ser de fiesta se cambió en angustia y expectativa...

El 5 de febrero los sacerdotes autorizados por el Obispo, el Vicario Juan Comes y el P. Palau, les leyeron las reglas tal como habían quedado cambiadas. Las novicias sintieron que les cambiaban su estilo de vida; rompían con mucho de lo importante que en la escucha del Señor había florecido en ellas: se les quería imponer otro modo de rezar y de vivir; se aumentaba la clausura que las separaba de la gente, se les quita-

²²Crónicas, pág. 35; cit. por YAÑEZ, págs. 113-114.

ba la exposición de Jesús en la Hostia, y las Reglas de san Ignacio. Era pedirles lo contrario de lo que durante meses habían entendido que Dios les regalaba. El P. Antonio dijo entonces: “La pena que tienen las novicias es justa y yo no puedo sugerir que desistan de su proyecto”.²³

Tenemos que pensar que en el siglo pasado una Congregación como la que ellas querían fundar era considerada “nueva”; el Obispo pensaba otra cosa de lo que tenían que ser las monjas, y las concebía más retiradas del mundo. Tampoco comprendía el especial significado evangelizador y apostólico que tenía la oración ante la Eucaristía expuesta al pueblo. Aquel prelado era dominico, miembro de una orden antigua, con otras tradiciones.

No es difícil comprender todo lo que tuvieron que padecer en esos momentos. Ellas querían a su Obispo; como todo católico bien formado, deseaban obedecerle; pero, por otro lado, sabían que por encima de la obediencia a los hombres está la obediencia a Dios. Les habían dado veinticuatro horas para decidirse: o formar la comunidad, tal como la veía el Obispo, o disolverse.

Ese mismo día, 5 de febrero, cuando se fueron los sacerdotes, Pilar y Rafaela se quedaron hablando con el P. Antonio, mientras las novicias se habían reunido arriba. En un momento la santa se abandonó en una silla, llorando:

*-Yo no puedo más -decía-. No tengo más fuerza para seguir adelante esta vida de lucha y contradicciones.*²⁴

Después rezaron juntos los tres y se pusieron a pen-

²³Cuaderno III, pág. 4; cit. por CASTANO, pág. 144

²⁴Cuaderno III, pág. 7; cit. por CASTANO, pág. 142.

sar qué podían hacer. En un momento a Pilar se le ocurrió proponer irse de Córdoba a otra diócesis, donde pudieran seguir la vida a la que se sentían llamadas. A pesar de lo arriesgado de aquel plan, no rechazaron esta posibilidad; Rafaela fue a la capilla a rezar. Cuando volvía, vio que una novicia había bajado y le decía a Pilar:

-¿Qué vamos a hacer? ¿Por qué no nos vamos? Se nos ha ocurrido a las novicias que es el medio mejor para que no nos manden a casa, y estamos dispuestas a todo con tal de salvar nuestra vocación, nuestro espíritu, nuestras reglas. De arriba me encargan que se los diga a Uds.²⁵

Esta “casualidad” expresaba algo importante; sintieron que la unanimidad de pareceres significaba que Dios les daba la idea. Y lo aceptaron.

Decidieron partir hacia Andújar, ciudad que quedaba en el camino a Madrid; tenían la esperanza de poder llegar a la capital, donde el P. Antonio era muy estimado por el Cardenal Moreno, compatriota suyo (es decir, también latinoamericano), que gobernaba la diócesis de Madrid.

Partirían de noche, para no levantar la perdiz antes de tiempo. Era realmente fuera de lo común para la época y probablemente lo sería también en la nuestra: esta ida en grupo, lejos del Obispo y de sus familias, para defender su libertad en el servicio del Señor. Decían al P. Antonio:

-Padre, queremos irnos en seguida, no vaya a ser que vengan nuestras mamás a buscarnos. En cualquier parte encontraremos a Dios. Lo que importa es con-

²⁵ROIG, pág. 90; y Cuaderno III, pág. 8; CASTANO, pág. 142.

*servar la regla, el estilo de vida abrazado, y su protección.*²⁷

Se fueron esa misma noche. Pilar se quedaba en Córdoba, con dos novicias y una postulante, para dar las explicaciones necesarias... y aguantar la tormenta. A eso de las 10 de la noche fueron saliendo, en grupos chicos para no llamar tanto la atención. La solemnidad del momento tenía su lado cómico. Y estas muchachas, jóvenes y andaluzas, llenas de sentido del humor, lo sabían captar bien.

Habían tenido que quitarse el hábito, y para vestirse de particular no habían encontrado ropas demasiado elegantes... más bien lo contrario. Con todo sabían gozar y reír.

Rafaela no reía tanto. Ella se sentía responsable y estaba pálida y callada.

En la estación no pudieron pasar inadvertidas, con esa facha. Pero estos corazones en paz, libres y amigos de Dios, sólo se fijaban en el lado cómico del ridículo. Probablemente, el Señor también sonreía.

No, realmente, Rafaela no tiene pretensiones de fundadora. Su pretensión es “tan sólo practicar la justicia, amar la piedad y caminar humildemente con su Dios” (Miqueas 6,8). Pero el camino que su Dios le indica no es el soñado por ella. Y esto es en realidad lo que importa. No estacionarse sino caminar por donde Dios la conduzca. Aunque no sea lo que ella ha soñado, es el sueño de Dios.

Y seguramente ella se tiene que forzar para salir así de su tierra. Primero, porque es su hogar: la paz, la tran-

²⁷Cuaderno III, pág. 9; cit. por CASTANO, pág. 144.



Se fueron esa misma noche... La solemnidad del momento tenía un lado cómico... (páginas 68)

quilidad, el abrigo, la querencia. Segundo, porque no es su estilo. Ella no es naturalmente rebelde, aunque sabe bien lo que quiere. Su ideal es estar sometida a todos, porque en todos ve las palabras, el corazón y el rostro de Dios. Tercero, porque tiene que disgustar al Obispo, y ella lo respeta, es profundamente hija de la Iglesia; aunque no crea que su Obispo es toda la Iglesia, le duele separarse así.

Pero Rafaela va aprendiendo durante todos estos años a escuchar al Señor y a distinguir su voz de otras voces, incluso de la suya propia. Y ahora adivina la voluntad, el llamado de Dios, en la idea que sus Hermanas unánimemente le proponen. Esta libertad aprendida conquistada, se volvió más grande que todos sus otros deseos e ideales. Seguir a Dios, estar disponible a Él. Todo lo otro viene después. Por eso es tan humilde. Se descentra, se somete a Dios y a todos los que le hablan de parte de Él. Por eso es tan libre.

Volvemos a ver cómo el corazón de esta Madre convoca a sus Hermanas y las reúne. Rafaela es el núcleo que ayuda a que todos los demás, siguiéndola, se sientan ellos mismos, en su lugar. Nuclea. También con Pilar pasa esto, pero más con Rafaela. Por algo la han hecho Superiora. Estar juntas es la forma de vivir la mística que estas chicas han descubierto. Y Rafaela es el corazón de esta comunidad nueva.

III. El tiempo de florecer

Capítulo 1

EN ANDÚJAR

Mi querida hermana (Pilar): Ya sabrás nuestro camino, que fue bueno; aquí estamos muy bien, muy obsequiadas por las hermanas, que no sé con qué vamos a pagárselo. Ayer le di 125 pesetas a la Superiora para lo que haga falta comprar para la comida; de ésta le di una idea de lo que acostumbramos comer, porque no quieren que nosotras cocinemos; servimos la mesa nuestra y arreglamos el cuarto de dormir y estar. Estamos dentro de la clausura; gran favor que a nadie se lo dispensan. El Padre llegó y nos dio algunos pormenores de lo ocurrido; hoy a las tres y media ha salido para la capital de este distrito; veremos qué ha resuelto. Anoche vino un agente de policía preguntando por 14 jóvenes que se habían fugado y que traían contrabando y, dio orden expresa, que la traía del Sr. Gobernador de ésta, que no nos dejaran salir sin orden suya. Ánimo; ya me figuro que Ud. estará arrestada; no importa. Dios sobre todo, y escriba. Todas bien y animosas me dan sus recuerdos y tú un abrazo para todas.¹

¹Cartas, n. 2. Está fechada en Andújar, el 7 de febrero de 1877.

Llegaron a Andújar, a la mañana temprano. En el hospital, que atendían las Hermanas de la Caridad, las recibieron realmente como a hermanas, con caridad muy grande. Allí se instalaron, tratando de calmar la impaciencia por saber qué había pasado en Córdoba.

Como vemos, hasta la policía se había movilizado. Esa misma mañana, en la calle de San Roque habían tenido misa. En cuanto ésta acabó, Pilar mandó un mensaje al P. Juan Comes, Vicario de la Diócesis, a la que gobernaba porque el Obispo no estaba en la ciudad en esos días. Dicho sacerdote llegó pronto a la casa de las Hermanas y sometió a Pilar a un interrogatorio bajo juramento, que se hizo bastante desagradable. Intentaba saber dónde habían ido las novicias; y también, convencido de que el P. Antonio había promovido este éxodo, quería que Pilar le diera datos que confirmaran su prejuicio. Pero no pudo averiguar nada. De lo primero, porque ella consideraba que no tenía por qué decirlo. De lo segundo, porque no era verdad. El P. Comes se dirigió entonces al Gobernador, quien por medio de la policía averiguó que en la estación habían vendido catorce pasajes a Andújar. Dio la orden de arresto.

Además, el Vicario de la diócesis, que en ese momento vio el viaje como una rebeldía grave, causada por el P. Antonio, dio un decreto por el que le prohibía decir misa y predicar en la diócesis. Pero el sacerdote no se enteró, porque también temprano había salido para Andújar, camino de Jaén, donde vivía el Obispo de esa diócesis; se llamaba éste Mons. Monescillo, y lo quería y conocía.

En Andújar por el momento fue todo más tranquilo, como cuenta Rafaela. Al día siguiente vuelve a escribir

a Pilar y le dice:

*“Mi querida hermana: Gracias a Nuestro Señor que ya hemos tenido noticias de Uds. Dos noches he pasado sin dormir acordándome de lo que ocurriría en ésa... Veo que aquí van tomando interés en que nos quedemos; ya veremos. Ayer estuve a visitar al Alcalde, que con motivo de la orden de arresto pareció prudente deber presentarme; estuvo finísimo y me dio amplias facultades para que fuera donde quisiera e hiciera lo mismo; por la tarde a las 2 vino él y algunos del Ayuntamiento con pretexto de ver la casa, por vernos, y estuvieron haciéndonos muchos ofrecimientos y el Marqués de Aracena, que es pariente del dueño del convento, mostró un interés tal que no se puede expresar. Yo estoy confundida de las muestras de aprecio que nos dan todos los que nos ven. No puedo más, mañana escribiré, memorias muchas”.*²

Uno de los motivos de angustia ya había pasado, porque los padres de las novicias, enterados de la decisión de sus hijas, la aprobaron, unánimemente. Por lo tanto, el gobernador, que también las apreciaba mucho, tuvo que retirar la orden de arresto.

La comunidad recomenzó su vida normal... dentro de lo posible, pero con paz y alegría. Dice otra de las Hermanas que vivieron esos tiempos:

*“Nuestra vida en esta época era la más completa que puede haber en esta vida; nuestra hermandad era tal como la leemos de los primeros cristianos, de verdadera fe y amor.”*³

En ese clima alegre a pesar de todo, el pueblo de Andújar muy pronto empezó a amar a las nuevas y jóvenes vecinas. Rafaela se destacaba por ese algo suyo

²Cartas, n. 3. Fechada el 8 de febrero de 1877.

³M. de los Dolores, Relación, pág. 20; cit. por YAÑEZ, pág. 115.

que transmitía la paz de Dios. Ella misma decía estar “*confundida de las muestras de aprecio que nos dan todos los que nos ven*”⁴. Y el P. Antono escribiéndole a Pilar, le contaba:

*“Casi, casi, quieren arrancar cosas de ella para hacer reliquias... La gracia de tu hermana encanta y entusiasmo a cuantos la ven y tratan con ella. Ayer el Síndico me decía: ¿De dónde han sacado una superiora como ésta?”*⁵

Pero, en cambio, en Córdoba habían vuelto a tomar fuerza los que querían a toda costa que las jóvenes volvieran. Tanto hicieron, que llegaron a perseguirlas con los medios que tenían a su alcance.

Primero influyeron en la Superiora provincial de las Hermanas de la Caridad que las alojaban en Andújar; y éstas tuvieron que pedirles que desalojaran la casa. Aunque ellas mismas las ayudaron, cooperando para que consiguieran otra que quedaba en frente. De hecho, aunque acataron el deseo de su Provincial, siguieron queriéndolas y tratándolas.

Los de Córdoba se dirigieron también al Obispo de Jaén, del que dependía Andújar, y éste quitó al P. Antonio el permiso para decir misa, los sacramentos y la predicación, como había pasado anteriormente. Inhabilitado, el sacerdote salió el 20 de febrero para Madrid, donde esperaba encontrar apoyo en el Cardenal Moreno. En su corazón se sentía profundamente sacerdote y quería poner todos los medios para seguir adelante en su vocación y con las tareas que el Señor le encomendara. En carta a Pilar, que todavía estaba en Córdoba, le decía:

“La obra que tenemos entre manos viene sellada con las

⁴Cartas, n. 3.

⁵Archivo Esclavas, carta del 16-2-1877; cit. por CASTANO, pág. 152.

tribulaciones, que son el signo del Señor. Tenemos que dar gracias al buen Jesús que nos hace participantes de su cáliz. Yo estoy tranquilo y contento... Positivamente estoy contento y alegre. No he merecido que Dios me trate con tanta predilección como me trata.”⁶

Pilar volvió entonces de Córdoba con su hermano Ramón, que en estos trances las ayudaba mucho. Y decidieron ir con Rafaela a ver al Obispo de Jaén. Éste, aunque al principio los recibió con cierta frialdad, quedó pronto convencido con sus explicaciones y mandó en seguida al P. Antonio un telegrama, pidiéndole que volviera.

Pero ya era tarde. Todo volvía a oscurecerse. Llegado a Madrid, el P. Antonio tuvo tiempo de hablar con el Obispo de Ciudad Real, que también lo estimaba, y con el Cardenal Moreno, que lo tranquilizó y se mostró dispuesto a protegerlos. Después, muy poco después, se enfermó.

Rafaela y Pilar fueron entonces a Madrid. Nuestra santa se quedó allí hasta el 5 de marzo y luego volvió, desgarrada por la pena y por el deseo y la necesidad de estar con las novicias. Pilar se quedaba cuidando al sacerdote con una señora amiga. Fueron estas algunas de las horas más duras, de más incertidumbre. La enfermedad del P. Antonio aumentó la inseguridad de todos; y lo peor: este dolor fue usado por sus mismos amigos para presionarlas, a fin de que volvieran a Córdoba. El P. Ibarra, el P. Ricardo Míguez, Juan Vacas, hermano de Mariana, insistían en lo mismo: debían volver.

Rafaela se va entrenando en el sufrimiento. Todavía le queda tanto... Pero su corazón, poco a poco -quizás

⁶Archivo Esclavas, carta del 19-2-1877; cit. por CASTANO, pág. 154.

no tan lentamente- aprende a afirmar sus pasos en el camino indestructible de Dios, más allá de los desastres humanos y reales que le ocurren.

Esta es una técnica, una disciplina, que le inculcaron desde niña: controlarse, seguir adelante, no dejarse llevar sólo de lo que tiene ganas, no dejarse aplastar por las cosas difíciles... Doña Rafaela su madre, el maestro Manuel Jurado, el Padre Ibarra la han ayudado mucho.

Pero en estos años de su juventud el aprendizaje quedó fecundado por un tierno y real amor a Jesucristo. A Jesús, que se dejó matar por amor. Esto es lo que el P. Antonio llama la “locura de la cruz”, y san Pablo, la “sabiduría de la cruz”. Este amor de Jesús hasta la muerte, porque Él eligió ese camino, va entrando en Rafaela, va echando raíces en ellas.

No, todavía no llega a la meta. Le falta mucho. Pero desde ahora prepara su corazón. Mejor dicho, deja que Dios le prepare el corazón para llegar a amarlo del todo. Vale la pena que leamos algo más de lo que escribe entonces:

“Qué dicha la de poder sufrir algo por nuestro buen Jesús. Yo me confundo al ver la honra que el Señor nos hace en sufrir algo por Él; todas estamos muy contentas y nos creemos muy dichosas; ya no estamos en el Hospital, vivimos en una casa capaz y muy alegre, y seguimos en parte nuestras reglas, y sobre todo reina un espíritu de unión que admira... Ánimo, querida mía, sirvamos perfectamente a Nuestro Señor, y que rabie el infierno, ¿qué nos importa?”⁷

Este grupo, unido a pesar de las contradicciones, per-

⁷Cartas, n. 4.

manece unido en ellas. Porque no están unidas por un vago sentimentalismo, sino por la inquietud común de servir humildemente al Señor. Una de ellas alude a la comunidad de los primeros cristianos. Por eso, también, estas chicas, que se conocen hace menos de dos años, no se descompaginan. En su vida ambulante siguen viviendo el ideal de vida. Las estructuras que las cobijaron muy al principio, las Hermanas Reparadoras, ya no las tienen; les falta un lugar ordenado donde vivir, la adoración al Señor en la Eucaristía, el apostolado que desean... Pero les sobra espíritu, y no espíritu anárquico, sino un espíritu común, compartido. Y de él sacan, y con él sostienen las estructuras que sienten necesarias para servir a Dios, permaneciendo unidas en un mismo espíritu. Rafaela, femenina, intuitivamente, reúne a sus hermanas, les comunica el deseo de “guardar su regla” que no tienen escrita casi en ningún lado.

Ella, con su palabra y su vida, las convoca para tener en cuenta esa regla que es la concreción del espíritu que las reúne. Sólo Dios pudo escribirles en el corazón este ideal completo, en tan poco tiempo. Rafaela les ayuda a asimilarlo.

Mientras tanto, ella persiste en el deseo de servir a Dios, en vez de intentar poner al Señor al servicio de sus propios planes. A pesar de que Él la lleva por tantos senderos y lomas antes de llegar al camino claro. A pesar del panorama neblinoso y de que a veces parece que ya no se puede más, Rafaela aprende a aferrarse a Dios, por encima de todo.

Capítulo 2

“DEJARSE DE COSAS NUEVAS”

Mi querida hermana: Hoy 17 me escribe D. Ricardo (Míguez), como verá en la adjunta carta, quejoso porque no le ha contestado Ud. a las suyas... En nuestros asuntos veo por desgracia o fortuna que van de mal en peor. Qué se ha de hacer; paciencia. Ya nos quedan pocos recursos; acabándose éstos, tomaremos la decisión más prudente y más conveniente para nuestras almas. Ya es preciso determinar lo que se ha de hacer porque por más tiempo, no se puede continuar en este estado. El Padre, veo yo que no es posible ni ahora ni en mucho tiempo se pueda ocupar en nada, porque aunque Ud. no me dice su estado, yo bien sé cómo se encuentra. Fuerzas y su gracia necesitamos, yo particularmente que soy tan débil, para no sucumbir en el estado tan difícil que me hallo, particularmente algunos ratos. No se disguste Ud., el Señor nos ayuda, pero yo no puedo más; conozco que esta palabra demuestra cobardía, pero ¡qué le he de hacer!, no tengo fuerzas para más; el Señor me perdone, que no quisiera que esto me sucediera, ni dejar la empresa si es obra suya; yo ruego de día y de noche, porque si es el enemigo no gane el partido. La carta de Ud. de hoy me convence una vez más que el Padre se encuentra en un estado muy dudoso y oscuro. ¡Cuánto estará Ud. sufriendo! Por Dios no se ponga mal. Dios es nuestro Padre y aunque digo antes esto, no dejo de estar conforme. Dígame Ud. el médico qué resuelve. Hábleme por Dios con franqueza, que en este estado no se puede vivir. Hoy he ido a ver el convento de San Juan de Dios porque éste es el

más conveniente para nosotras... Que Dios N. S. nos ayude en esta grande prueba pido para todas y para Ud. particularmente su hermana Rafaela María.⁸

Este desahogo con su hermana es otra señal de que estuvieron en este tiempo las dos muy unidas. Se escribían mucho, y compartían sus inseguridades, sufrimientos y esperanza. Fue una bendición en esta noche.

El P. Antonio siguió empeorando y, a pesar de tanto como lo cuidaban, falleció el 19 de marzo, día de san José.

Todo se bamboleaba. Pilar le escribió al hermano de Mariana Vacas para que diera la noticia a Rafaela. Éste viajó expresamente a Andújar; y antes de decirle lo que había pasado, volvió a insistir en la vuelta a Córdoba: aquello significaba presionarla en vez de consolarla. Ella intuyó la tremenda noticia y se adelantó, adivinándola. Lo primero que hizo fue ir a la capilla; su corazón se sometía al corazón de Dios Padre y lo alababa porque estaba segura de que Él, Dios, conduce y conduce bien, aunque ella no lo viera. Rafaela nos cuenta lo vivido:

“Mi querida hermana Pilar: Ya sabrá por Ramón que vino D. Juan Vacas con la misión que él mismo le habrá dicho. Aquí se han figurado que no nos vamos a quedar y están muy disgustados... Tienen mucha prevención con D. Juan porque dicen que ha venido a persuadirme que me vaya... Efectivamente, D. Juan me ha dado algunos ataques sobre la conveniencia de irnos a Córdoba, bien fuertes por cierto..., pero yo le he contestado que no

⁸Cartas, n. 11. Está fechada en Andújar el 17 de marzo de 1877.

puedo decirle nada hasta que no hablemos... La tarea de D. Juan es que nos dejemos de cosas nuevas... Ya estoy sintiendo los efectos de la intercesión del Padre inolvidable, desde que murió siento mi espíritu tan tranquilo... He tenido, tengo y quiero tener la pena tan justa que su falta me causa, pero es suave; yo creo y me alegra que así sentía el santo y bienaventurado mártir. Las novicias hice lo posible por prepararlas una a una. Pero no lo pude conseguir; oyeron a algunas en el desconsuelo natural, entraron todas y a Dolores le dio un desmayo que creíamos iba a ser cosa grave, pero quiso Dios que con unas hojas de naranjo agrio volvió en sí... Ayer se le hicieron honras solemnes con música y dijeron muchas misas y anteayer también. Después subieron varios sacerdotes y señores a darnos el pésame y continúan hoy. No sé cómo vamos a pagar a estas hermanas... Dios quiera que pronto estemos en nuestra casa, donde sea su voluntad. Las novicias muy bien y sumisas a mí.”⁹

La unión entre ellas y la fe en el Señor les seguían dando fuerzas y sentido, a pesar de todo.

Quedaba incierto el futuro. Una crónica de la época expresa los sentimientos de las novicias; éstas decían a las hermanas que “donde Uds. vayan, vamos nosotras. Ninguna queremos separarnos, sino vivir con Uds., abrazando la vida que vayan a seguir”¹⁰.

Acerca del lugar concreto, a pesar de toda la presión sufrida, Rafaela temía volver a Córdoba. Aún antes que muriera el P. Antonio, para regresar ella exigía garantías: que se respetara su modo de vida y que devolvieran al buen sacerdote sus licencias sacerdotales; y aun así sabía que era demasiado pronto para lograrlo. Con más razón después de su muerte...

⁹Cartas. n. 12. Fechada también en Andújar, 23 de marzo del mismo año.

¹⁰Relación anónima. Datos de la fundación casa de Madrid, cit. por YAÑEZ, pág. 116.

La otra posibilidad era quedarse en Andújar. Aunque la gente allí las quería mucho, Rafaela temía que no pudieran tener todo el apoyo espiritual que necesitaban, ya que era un pueblo grande, sin muchos sacerdotes que las pudieran orientar.

La tercera opción era Madrid; difícil, porque era más caro, pero a la vez con la ventaja de la orientación espiritual que requerían. Rafaela se daba cuenta de que llevaban ya dos años duros e inestables. Eran muy jóvenes (tenían todas entre 20 y 31 años) y habían sabido responder con madurez a las circunstancias difíciles, pero había que apuntalar estos cimientos. Ahora tenía que venir un tiempo de profundizar tantas experiencias vividas, para que el espíritu calara hondo en sus corazones y pudiera fecundarlos. Escribía Pilar:

“Me alegro que no deje Ud. de dar pasos en ésa (Madrid) sobre nuestro asunto; ahí veo yo, como hablamos cuando estuve allí, nos era conveniente establecernos por los recursos espirituales que allí se encuentran, y más ahora al principio.”¹¹

Aunque las dos habían tenido una formación tan buena, superior para su tiempo, siempre sintieron que se tenían que dejar orientar por quienes les trasmitían la palabra de Jesús. Antes de su muerte, el P. Antonio le había presentado a Pilar al P. Joaquín Cotanilla; era su confesor, amigo también del Nuncio y del Cardenal Moreno, al que había conocido en América, donde había estado veinte años. Era entonces superior de la comunidad de los jesuitas de Madrid y supo inspirar mucha confianza a Pilar, quien le abrió su corazón. Él le dijo que debían seguir adelante con la fundación y les aconsejó hablar con Mons. Sancha, Obispo de Madrid.

¹¹Cartas, n. 10.

Después de la desaparición del P. Antonio, Pilar quiso volver en seguida a Andújar, pero el P. Cotanilla volvió a animarla para que charlara con el Obispo. Éste la recibió con muchísimo cariño, pidiéndole que expusiera sus deseos de establecerse en Madrid al Cardenal Moreno, que también los aprobó.

Voló entonces Pilar a Andújar, con su hermano Ramón, que la acompañaba. Por fin podían reunirse todas, separadas desde el 5 de febrero. Otra vez quiso el Señor expresar su voluntad en el total acuerdo de estos corazones jóvenes: todas quisieron ir a Madrid. Por unanimidad se va construyendo esta Congregación. Rafaela, en la armonía de pareceres, acaricia la presencia del Señor. Ella sólo quiere seguirlo. Y lo sigue a Madrid.

Ha tenido que sufrir mucho. Va adquiriendo la sabiduría frente al dolor. Ella no busca el dolor, pero una vez que éste viene, lo asume y lo valora en vez de rechazarlo. Le adivina la vida abrazándolo, en su estilo femenino de luchar. Se enamora en serio de Jesús. Rafaela se agranda en la tragedia. Vimos cómo en un momento le parece que no puede más. Y lo dice. La incertidumbre y la esperanza en la curación del P. Antonio, que se vuelven largas, la desgastan humanamente. Su fe no vacila, pero tampoco logra mantenerse firme en esa circunstancia. En cambio, una vez llegado el desamparo, se planta de cuerpo entero, crece. Es entonces el paño de lágrimas, la garantía de todas sus compañeras que, aunque más o menos de su misma edad, son un poco sus hijas.

Y le pasa lo de siempre: cuanto más desprendida, más apoyada. Cuando más negra la noche, más pronto empieza a clarear. Ella descubre el secreto del dolor porque mira a Jesucristo. Y, a fuerza de contemplar, adivina que en el fondo de la cruz aletea la vida.

Capítulo 3

TODAS DEMASIADO JÓVENES

Mi muy amada en Jesús: Aunque con el tiempo escasísimo, le quiero poner algunos renglones aprovechando un momento que tengo. Nunca, faltando nuestro S. Padre, pensé quedarme en Andújar, y así providencialmente estamos todas en Madrid y gracias a Nuestro Señor, el Sr. Cardenal y el Sr. Obispo de aquí nos protejen y nos quieren mucho, y otras personas. Mañana o pasado, si Dios quiere, volveremos a vestir nuestro santo y amado hábito y tendremos misa en nuestra linda capilla provisional. Ahora habitamos un piso y en él está la capilla hasta que Dios N. Señor nos proporcione un local a propósito... La protección del Padre desde el cielo la sentimos visible, y muchas veces encontrándonos un poco agobiadas sentimos que él por sus ruegos remedia nuestras necesidades... No olvide Ud. los santos consejos que le he dado...: que debemos ser santas cueste lo que cueste. Ya tenemos nombrado director muy bueno; es jesuita, con grande interés por nosotras, pero no llega ni con mucho al santo que hemos perdido: era el hombre del siglo XIX.¹²

Habían viajado otra vez, con su aspecto alegre y deslucido, y con el agravante de que llovió mucho y en el camino a la estación de Andújar había mucho barro. Ellas, siempre andaluzas y siempre en paz, también camino a Madrid, encarándolo todo con sentido del humor. Los corazones pacificados por Dios, cada vez más alegres, hicieron un viaje incomodísimo y divertido.

¹²Cartas, n. 14. Fechada en Madrid, el 14-4-1877, está dirigida a Ana M. de Baeza.

Se instalaron en un departamento, muy apretadas. Además, no tenían nada: ni mesas, ni sillas, ni tazas. Compartían en las cosas la pobreza que iba adueñándose de sus corazones. Y eran felices. Aunque comían por turno, para no comer en la mano, y dormían en el suelo, o casi.

Viajaron el 3 de abril de 1877; el 13 del mismo mes, Rafaela presentó una solicitud formal al Cardenal Moreno para que autorizara la nueva Congregación: la presentaban con el nombre de “Reparadoras del Sagrado Corazón de Jesús”. Al día siguiente, el Cardenal contestó afirmativamente. Ahora sí que podían sentirse abrazadas por la Iglesia y recreadas por esa aprobación. Por eso las hermanas Esclavas festejan el 14 de abril su cumpleaños: es el día en que la Iglesia las dio a luz.

Así retomaron su vida. Tanto Mons. Sancha como el P. Cotanilla las ayudaron constantemente. Cuentan que el Obispo estaba encantado de su entusiasmo y alegría. Un día les dijo:

-Todo va muy bien, pero encuentro un defecto.

-Diga, diga, Excelencia –le respondió Rafaela.

-Que todas son demasiado jóvenes –repuso el Obispo.

-Este defecto lo remediará el tiempo –le dijo la santa.¹³

Empezaron entonces a buscar una casa más grande, que las dejara respirar un poco más y abrirse a la gente pobre. Pero aunque joven y fuerte, Rafaela había cargado con demasiadas preocupaciones. Y su cuerpo flaqueó, vencido por tantos desvelos. Había adelgazado y empalidecido hasta el punto de que “no se la re-

¹³Proc. Rog. Mil. test. 3º. int. 10; cit. por ROIG, pág. 114.

conocía más”. Enfermó gravísimamente, pero, de un mes de lucha y oraciones, le ganó a la muerte. Fue otro amanecer.

El 20 de mayo tomaron el hábito las postulantes, que entonces pasaron a ser novicias. En esos días Mons. Sancha les pidió que escribieran al Obispo de Córdoba, excusándose de los desacuerdos que habían pasado. Aunque Rafaela no podía admitir compromisos con la verdad, dar la razón en lo que no la había, obedeció. Y en su carta brilla la humildad de quien da el primer paso para la reconciliación, a la vez que salva la memoria del P. Antonio Ortiz Urruela y el aprecio por las reglas que expresaban su vocación.

Por fin encontraron la casa deseada, no ideal, pero mejor que el departamento. Quedaba en un barrio pobre y apartado, llamado “Cuatro Caminos”. Se mudaron el 26 de mayo. Era una casa amplia y tenían un poco de terreno.

El 8 de junio se celebraba la fiesta del Sagrado Corazón: ese fue el día elegido para los votos de las siete novicias más antiguas, empezando por Rafaela y Pilar. Hicieron antes los Ejercicios espirituales de san Ignacio; era el tipo de retiro que -en su sentir- las acercaba más a Dios. La misma Rafaela nos cuenta lo que vivió ese día:

“Mi querida Ana María: No puedo decirle la felicidad que hay en mi corazón desde que, aunque indignísima, soy Esposa de aquel buen Jesús que me ha unido tan estrechamente a Él con los dulces vínculos del amor más tierno. Pusieron las novicias el día de los votos la capilla preciosa; el altar particularmente, lindísimo.”¹⁴

¹⁴Cartas. n. 16.

En el altar tenían la alegría de ver la misma imagen de la Virgen Inmaculada que estaba en su casa de Pedro Abad y que habían escuchado sus confidencias de niñas y adolescentes.

En los meses siguientes se preocuparon de escribir los estatutos, volcando en ellos el espíritu que el Señor les había comunicado a través de tantos acontecimientos y tanta oración. Les ayudó el P. Cotanilla. El 31 de agosto pudieron presentarlos al Cardenal, que los aprobó algunas semanas más tarde. Los estatutos hablan de la misión de la Congregación: las Hermanas quieren reparar y por ese motivo adoran a Jesús expuesto en la Hostia, y se dedican a la catequesis de los chicos pobres, a escuelas, colegios; también desean abrir sus casas para recibir a quienes quieran tener tiempos fuertes de oración. Eran bases firmes que miraban al futuro, garantizadas por la bendición que les daba Dios.

En estos primeros tiempos de Madrid, el P. Cotanilla les habla a menudo. Estas charlas afianzan la vocación de la comunidad. Algunas quedan copiadas por Hermanas que tomaban apuntes. En una de ellas, el director les explica qué es reparar. Nos viene bien escucharla, porque es una palabra que no usamos corrientemente en sentido espiritual:

“¿Cuál es el fin de su Instituto? La reparación. Grande, muy grande es la misión de Ustedes... Este es hermanas mías el fin para el cual las ha llamado el Señor y al cual deben corresponder. No es para vivir y trabajar para Uds. mismas y procurar su propia salvación solamente, sino también la de sus hermanos. Que sus obras estén unidas a las de Jesús y conformes con las suyas,

y que su vida esté unida a la suya. El cual, desde que nació hasta que murió en la cruz, no hizo otra cosa que reparar la gloria de su Eterno Padre...”¹⁵

Una de las fuentes de alegría y de energía para Rafaela, aún en sus años más oscuros, será ésta: saber que puede reparar. Ya en el primer escrito de la naciente Congregación, habían pensado que la Eucaristía y el apostolado que emprendieran apoyadas en ella, cooperaban a la “regeneración social”. Siempre tuvieron esta sensibilidad para la destrucción que provoca el pecado. Pero Rafaela siente el pecado unida a Jesucristo, que es el gran Reparador nuestro. Se une a Él, se le entrega; y entonces actúa, reza, adora, ayuda a otras, funda comunidades y obras..., sabiendo que estas cosas van a lo mismo: reparar el pecado y la destrucción, personal y social, que provoca el pecado. Cuando ella dice: “Hagámonos santas”, no está pensando en convertirse en algo exquisito sino en unirse a Jesús y volcar hacia afuera tanta vitalidad espiritual: para reparar con Él a los hombres dañados por el pecado, y así reparar la Gloria de Dios.

La Gloria de Dios es como el resplandor de su Ser, de su amor, que nos cubre a todos como con una manta de calor y luces. Rafaela, apasionada por Dios, siente que su Gloria es lo más importante del mundo; se siente abrigada por ella, por esa Gloria de Dios que conduce todas las cosas por buen camino. Su vocación saneadora consiste en unirse al Corazón de Cristo y hermanarse con Él, con su misión.

“Nos sentíamos imperfectas, llenas de defectos a la mirada del Señor; y el pensamiento de que no nos había abandonado cuando luchábamos con el desprecio y la incom-

¹⁵Plática del 18-2-1878; cit. por YAÑEZ, pág. 123.

prensión de las personas buenas nos hacía tan alegres y unidas que cada hecho daba alas a nuestro amor por el Sagrado Corazón.”¹⁶

Capítulo 4

“EL PRINCIPAL OBJETO DE NUESTRA REUNIÓN”

Encarecidamente le rogamos y suplicamos se digne concedernos la gracia inestimable de tener reservado en nuestras capillas, para nuestro mayor consuelo espiritual y principal objeto de nuestra reunión, a Jesucristo Sacramentado..., con todo el respeto que le es debido... Esperamos esta gracia... para sus hijas, que no aspiran a otra cosa en este mundo que a adorar a Jesús Sacramentado, consagrarse para siempre a su amor, enseñar la doctrina cristiana a los chicos pobres, hospedar señoras y señoritas que quieran hacer algunos días de ejercicios espirituales.¹⁷

Las primeras Esclavas -que por ahora se llamaban “Reparadoras”- sentían que no estaban instaladas en un lugar hasta que no tenían a Jesús en su capilla. Siempre consideraban que el día de inauguración era aquel en que se celebraba la misa en ella. Si no sucedía así, les parecía que no eran todavía una nueva comunidad, que no estaban establecidas, constituidas. Lo que creaba la comunidad era la Eucaristía.

¹⁶Posit, super Causae Introd. Summ., pág. 256, párr. 716; cit. por CASTANO, pág. 204

¹⁷Archivo. Carta 30. Res. n. 2/0. Solic. al Papa, 26-9-1877; cit. por CASTANO, pág. 203

En esos primeros días en Cuatro Caminos, Jesús les dio signos de que era Él quien lo quería así. El día de los votos de Rafaela y Pilar, cuando la sacristana fue a ordenar el altar en el que se había celebrado la misa, vio que en el corporal -el mantelito sobre el cual el sacerdote consagra el pan- habían quedado pedacitos bastante grandes de hostias consagradas. Llamó en seguida a Rafaela, que confirmó el descubrimiento. Era para ellas una hermosa noticia. Iluminaron y adornaron el altar, y se dedicaron toda esa noche y el día siguiente hasta la misa, a adorar por turnos a Jesús en el Sacramento. El sacerdote que celebraba la misa se maravilló de su descuido, porque era muy meticuloso en limpiar el mantel.

Pero aquello no paró allí: lo mismo volvió a repetirse cada vez que había fiesta de votos de alguna novicia. Y después más a menudo, hasta dos o tres veces por semana. El padre ya no sabía qué hacer; decía: “No entiendo lo que pasa, cuanto más me fijo, más se queda Él.”¹⁸ Las crónicas de las Hermanas dicen que se quedaba “sin permiso.”¹⁹ El sacerdote lo pasó bastante mal, pues creía faltar el respeto al ser descuidado con el Sacramento. Y las Hermanas en cambio... lo pasaban bastante bien.

Jesús les seguía hablando.

Al fin, en octubre, les dieron permiso para tener el Señor guardado en el Sagrario -el armario donde se custodian las hostias consagradas que quedan después de la misa para llevarlas a los enfermos- y para adorar a Jesús presente en ellas. Podían dejarlo expuesto en la custodia los domingos, los jueves y las fiestas. Ellas sentían que, cuando lo ven expuesto en la custodia -un

¹⁸Archivo, cit. por CASTANO, pág. 188.

¹⁹Ibid.

armazón de metal donde se coloca la Hostia consagrada para exponerla ante todos-, el pueblo siente que Jesús está más cerca y aprende intuitivamente el amor del Hombre Dios hecho pan por nosotros, pequeño ser de harina y beso, agotado y dispuesto. Y la gente se apega así más a Él.

Porque entendían todo eso, se dedicaron también al apostolado, sobre todo con los más pobres. Desde el principio dieron clases de catequesis. Ya instaladas en Cuatro Caminos, pusieron también una escuela. La influencia de esta comunidad en el barrio fue grande. La parroquia quedaba lejos, y ellas eran el centro donde se evangelizaba. Todos las querían muchísimo.

El tiempo fue pasando y vieron que tenían que mudarse. Una de las dificultades era el agua: cuando alquilaron la casa, había un burro que la sacaba del pozo dando vueltas a la noria. Pero era tan viejo y enfermo que murió pronto. Entonces las Hermanas tuvieron que ocupar el lugar del burro, por turnos. Rafaela comprendía que aquella situación no podía prolongarse. Ella quería que las Hermanas fueran voluntariosas, pero cuidando la salud. Al final encontraron una casa más cerca del centro, en la calle Obelisco, y pudieron comprarla vendiendo un campo que tenían de la familia, en Córdoba. Se mudaron el 2 de julio de 1879. Y la casa se inauguró al día siguiente, con la misa. El 31 abrieron la capilla para el pueblo.

También aquí empezaron en seguida la escuela para chicas pobres y la catequesis para la gente del barrio. Pronto también recibieron a señoras y jóvenes para hacer días de oración. Les era difícil tener mucha gente con ellas, porque no había lugar, pero supieron apre-



_Cuánto más me fijo, más se queda... (página 89)

tarse, aunque estuvieran más incómodas, para poder evangelizar más y mejor.

En ese tiempo, Manuel, un hombre que había trabajado con la familia Porras en Pedro Abad y que seguía ayudando a Pilar y Rafaela, puso su granito de arena en el apostolado. Les contó que una vecina, Paca, estaba entusiasmada con la capilla y la adoración a Jesús expuesto, y se dedicaba a buscar a otras mujeres que se turnaran con ella para estar con el Señor. Esta semilla se transformó pronto en un grupo de oración, apoyado por las Hermanas. Se llamaron “Adoradoras del Santísimo”.

En este tiempo, a la vez que Rafaela se dedica a consolidar la obra, empiezan a apuntar los primeros brotes: por ahora se manifiestan en vocaciones de nuevas chicas que entran a formar parte de la Comunidad. Dentro de poco se desarrollarán en la fundación de nuevas comunidades.

Van avizorando un horizonte nuevo. Tanto ella como Pilar miran hacia su tierra, a Córdoba. Pilar tiene que ir pronto varias veces para tratar de vender el campo; estos viajes sirven poco para el comercio, pero son maravillosos para las reconciliaciones. En el fondo todos desean que las hermanas vuelvan, y ellas desean volver. Sólo necesitan, todos, tiempo para sedimentar las basuritas que todavía paralizan el encuentro total.

Rafaela tiene una profunda vocación de paz. Siempre buscará apaciguar, reconciliar, aunque tenga que salir perdiendo. Recobrar el amor es siempre para ella un éxito, a pesar de que haya alguna aparente marcha atrás. Ella mira más lejos y es mujer de aguante; no la deslumbra el dolor, ve siempre lo que hay detrás. Ya vamos a verlo. Por ahora la encontramos reparando con Pilar la

desunión con la gente de Córdoba. No tiene miedo de tomar la iniciativa.

Esta Comunidad echa raíces sólidas. Raíces bien cuidadas y ahondadas por Rafaela. Ella está tranquila, porque, aunque la quieren tanto, no se han reunido alrededor de ella, sino de Jesús en la Eucaristía, seducidas por Él. Rafaela no hace más que ayudarlas a apegarse a Cristo así. Por eso la sienten Madre, y por eso hacen todo con tal de ayudar a otros a acercarse a Cristo. Se unen para partir. Jesús les abre las puertas, les libera el corazón. Rafaela ayuda a Jesús.

Capítulo 5

RAFAELA FUNDADORA

Muy estimado en Cristo: Desde la vuelta de las nuestras que fueron a Andalucía estoy deseando dar conocimiento a Su Emcia. de los sucesos de este viaje. Visto que el definitivo arreglo de los bienes materiales de esta Congregación se hace necesario...; que la estadía de M. del Pilar en Córdoba con algunas Hermanas se haría indispensable por ser huérfanas estas Hermanas y tener su patrimonio en distintas administraciones rurales, comprendieron que lo más oportuno era que fuera casa filial allí de nuestra congregación... Como tanto lo desean en general hace tiempo en aquella población... Les aconsejaron entonces que expusieran su

*pensamiento al P. Juan Comes, que gobierna ahora la diócesis en ausencia del Obispo y que es el mismo que, hizo tres años y medio ayer, intervino en nuestra ruidosa salida. Fueron las dos a verlo y me dicen que jamás han pedido menos y obtenido más; tanto que M. del Pilar tuvo que contenerlo... Él siguió muy deferente con nuestras Hermanas, fue a visitarlas a casa de mi hermano... y a despedirlas a la estación con otro sacerdote. Le suplicamos a Ud. que le diga al Sr. Obispo... que ahora como siempre declaramos no sólo obedecerle como Superior, sino que viva en nuestros corazones la gratitud que sólo Dios conoce, por lo muchísimo que le debemos...*²⁰

Después de los viajes de Pilar a Andalucía, las Esclavas-Reparadoras se introducían en la ciudad de Córdoba tal como Rafaela lo relata en la carta que preside este Capítulo. Estos eran los sentimientos de Rafaela: su deseo de extender la Congregación y volver a la tierra tan querida; la conveniencia de instalarse donde vivían las familias de las Hermanas; su fidelidad a la obediencia al Obispo y su humildad frente a él, una vez que ya habían dado pruebas de que ponían por encima de todo la fidelidad a Dios.

El pueblo las recibió con cariño e ilusión cuando llegaron el 15 de octubre de 1880. Uno de los más entusiastas era el P. Comes, que había participado directamente en su “ruidosa partida”. Sabiendo que él mismo iba a ser trasladado a Tarragona, le escribía al Obispo: “Si debo ausentarme de la diócesis, me será de gran alegría y consuelo dejarle las Reparadoras que encontré cuando vine.”²¹

²⁰Cartas, n. 24. Fechada en Madrid el 7-8-1880, está dirigida al entonces Secretario del Obispo de Córdoba, P. José Fernández Montaña.

²¹Cfr. YAÑEZ, pág. 139.



La influencia en el barrio fue grande... (página 90)

El arrancón fue doloroso. Estaban muy unidas; tanto habían pasado juntas, que parecía increíble tener que aprender a vivir separadas.

La nueva comunidad creció rápidamente. Pocos meses después, el Obispo les cedió la iglesia vecina a la casa, San Juan de los Caballeros: aquella misma iglesia donde Rafaela había hecho su voto de virginidad, a los 15 años. Misterioso gesto de ternura de Dios hacia quien le había entregado el corazón desde la amanecida. Ahora esta capilla se llenaba de gente atraída por la pequeña comunidad de Reparadoras que adoraban a Jesús: y la gente aprendía a adorar. Esto hacía bien al pueblo cordobés, le daba más verdad y paz a sus vidas.

Llegaron pronto otras chicas cordobesas que querían ser Esclavas. Jesús en la Hostia agrupaba a la gente, como un fogón en la noche de invierno.

Cuando empezaron las clases, pusieron una escuela. Al principio fue chica; después, creció. Dos años después tenía 120 alumnas. Les enseñaban lectura, escritura, cuentas, catequesis y labores; además, las Hermanas atendían a quienes querían hacer días de oración. Todas seguían seguras de que la casa no estaba bien establecida hasta que no podían hacer apostolado.

Todo esto fue hecho con sacrificio. La casa era pobre y las monjas dejaban hasta sus propias camas y colchones para que pudieran alojarse las que iban a hacer retiros. Dice la crónica antigua:

“A pesar de la cal que había blanqueado las paredes y de la limpieza que reinaba en ella..., sus puertas y ventanas antiquísimas pintadas de verde, casi todas con agujeros que hacían presagiar una fresca temperatura en el

próximo invierno... Sus habitaciones, tan bajas de techo algunas, que las vigas se tocaban con la mano... A pesar de esto, que sin duda era lo que menos les importaba, la alegría era perfecta.”²²

Esta alegría, que arrancaba de adentro, era, como toda auténtica alegría, contagiosa como el amor. Y apoyada en esta “capacidad de contagio” de las Esclavas, Rafaela siguió soñando lugares nuevos donde prender fogones. El tesoro que mostraban no era para archivar.

De todos lados le pedían fundaciones: no acababa de empezar 1881 y ya las habían llamado de Ceuta, Canarias, Santander, Zaragoza, Almería, Puente Genil...; poco después seguían pidiendo fundaciones de Ávila, Huelva, Sevilla, Valencia, Málaga, Valladolid, Vitoria, Barcelona, San Sebastián...

Primero se abrieron hacia Jerez, otra ciudad de Andalucía. Les habían propuesto poner una escuela en un barrio sencillo, donde hacían mucha propaganda los protestantes. Se establecieron allí el 6 de enero de 1883. Como en los otros lados, tuvieron que vivir -sobre todo al principio- en una pobreza extrema. La casa era tan chica, que una Hermana dormía en la cocina, con su colchón de paja apoyado sobre las hornallas. Después, poco a poco, se instalaron mejor. Empezaron enseguida a la enseñanza; tenían 300 alumnas que según los testigos “eran en su mayor parte ignorantísimas y como salvajes en sus modos, efecto de la libertad y descuido en que deben vivir las gentes del barrio de la Yedra... Y si se les corregía, en seguida acudían las madres de estas niñas como fieras, y después de tratarnos malísimamente de palabra... salían como

²²Diario, pág. 3; cit. por YAÑEZ, pág. 133.

cambiadas de sumisas y mansas.”²³

Por debajo del lenguaje, que nos suena gracioso, sospechamos que la tarea no fue nada fácil.

Al principio, las Hermanas no podían tener la Eucaristía visible para que la gente la adorara; y lo sentían, porque para ellas aquella era la base.²⁴ Pero pronto tuvieron la alegría de poder vivir de un modo completo su carisma, ya que el Obispo les prestó una iglesia -la de la Santísima Trinidad-, que quedaba al lado.

Entre 1885 y 1886, las Hermanas se extendieron también a Bilbao y Zaragoza. En estas nuevas comunidades el esquema de vida se siguió recreando, dentro del mismo espíritu que iluminaba todo lo que emprendían.

Los testimonios de esta luz interior que supera todas las dificultades son muchísimos. Hasta de albañiles trabajaban las hermanas para poder tener su apostolado: *“Aquí estamos con el arreglo de la clase; nosotros hacemos los tabiques y los albañiles la puerta y los desagües. Yo quisiera poder abrir la clase para primeros de mes.”*²⁵

*“No hay que extenderse mucho para decir todo lo mal que la comunidad estaba en estos días...; hasta se habilitó un terreno que hay en el jardín... y casi estábamos al descampado. Todo esto nos servía de suma alegría.”*²⁶

La alegría, la pobreza, el tener más interés en darse a los demás que en vivir su propia vida: todo esto marcó la fuerza expansiva de las fundaciones de estos años. Y se sienten satisfechas y contentas porque pueden decir: *“No sabe Ud. lo que gozo por el entusiasmo que veo hay aquí, no por nosotras solas, sino por el Santísimo.”*²⁷

Rafaela sigue la marcha de su obra, que no es suya,

²³M. del Pilar. Relación, pág. 24; cit. por YAÑEZ, pág. 149.

²⁴Documento pont. Resc. n. 47, 30-1-1885; cit. por YAÑEZ, pág. 145.

²⁵Carta de la M. Ascensión a Rafaela María, 24-9-1888; cit. por YAÑEZ, pág. 159.

²⁶Diario, pág. 43; cit. por YAÑEZ, pág. 162.

pero a la que ella da vida. Las Hermanas la siguen, esperan su palabra, su ánimo. Ella les contagia el entusiasmo que a su vez van a ir llevando a todas partes del mundo. Dice:

*“Ojalá pudiera establecer una casa de reparación en cada calle.”*²⁸

Rafaela intuye que este tipo de comunidades resume el doble movimiento que su espíritu anhela: Dios que se ofrece a los hombres y los salva; los hombres que vamos tanteando hacia Dios. Nunca van a ser demasiados los centros que calquen este doble juego de amor. Por ese motivo, Rafaela adora y evangeliza. Con la palabra, con la acción y con los gestos de adoración que “enseñan prácticamente la fe”.

No quiso empezar antes esta expansión para poner buenos cimientos a la obra. Pero tampoco espera tanto. Es prudente, pero no demasiado. Para ella, la Gracia de Dios que comparte con sus Hermanas, el Santísimo, no es para conservarlo: imagen perfecta de la entrega, lo recibe para repartirlo. Y asiste maravillada a esta multiplicación de su pan: cuanto más aprenden las Esclavas a repartirlo, más se les crece dentro el amor.

²⁷Carta del 5-2-1886, M. del Salvador a Rafaela María; cit. por YAÑEZ, pág. 164.

²⁸Cartas, n. 93.

Capítulo 6

MAESTRA DE ESPÍRITUS

En todos estos años, Rafaela fue Maestra de las novicias, desde 1877 hasta 1884; y también más tarde, en 1886, cuando la M. María de la Purísima, que la sucedió en el cargo, fue a Roma con la M. Pilar. Estas fechas significan ni más ni menos que ella formó a casi todas las Esclavas que entraron a la Congregación los diez primeros años: fueron cien hermanas, a las que dio los fundamentos que fueron la base de la Congregación.

Tenemos una carta escrita por ella en enero de 1884 a la comunidad de Córdoba. Las Hermanas se habían quejado de que no les escribía. Ella les contesta con una carta que recibieron con muchísimo gusto y guardaron como un tesoro. De hecho se conservaron muchas copias de la misma. En ella vemos qué les enseñaba a las novicias:

“Queridísimas Hermanas mías en el Sgdo. Corazón: No puedo sufrir ya tan largo silencio, pero no lo culpen a olvido y mucho menos a disminución de cariño, porque no es así; sí a las muchas ocupaciones que me rodean, como Uds. comprenderán... Ni horas se pasan que nos las recuerde...”

El cariño fue la base de la formación de Rafaela. Podía exigir e influir porque las Hermanas sabían que las quería. Su temperamento equilibrado ayudó a compaginar verdaderos gestos de ternura, sobre todo con las más débiles, y la exigencia que las hacía capaces de superar las dificultades. Para ella, cada una era única, y atendía

a todas de un modo especial, discerniendo los pasos de Jesús en el camino irrepetible de cada persona.

“...Y le digo al Señor: a todas les he puesto el velo de consagración a Vos, y he hecho cuanto he podido. ¿Me harás la gracia de que hayan sido inscritas en tu Corazón? A mí me parece que me contesta afirmativamente, por las pruebas, que es el camino más seguro...”

Por las pruebas, quiere decir, por el camino angosto. Sabe que lo grande se consigue sacrificadamente. Las ayuda a ser mujeres de aguante, como aprendió mirando a Jesús en la Cruz, en la contemplación que enseña a vivir el dolor.

“...Qué gozo debemos tener de contentar a Nuestro buen Dios, y que quiera morar entre nosotras y que seamos medio para que otros le contenten.”

En esta frase concentra el espíritu de la Congregación: **reunidas** por Jesús en la **Eucaristía**, para mirarlo mucho, y **contarle a todos** cuánto nos ama Dios.

“... Pero aunque seamos pequeñas, muy pequeñas (porque sí los somos, y si alguna de nuestra Congregación se tuviera por algo, era digna de ser encerrada por loca), nuestras aspiraciones apoyadas en Dios han de ser muy grandes...”

Rafaela sabe que cuanto más pequeño es el hombre, más puede confiar en Dios y mirar más lejos. Es otra verdad que le enseñó la sabiduría de la Cruz: *“Cuanto más débil, más fuerte”* (2 Corintios 12,10), como dice san Pablo. La M. Purísima cuenta de ella que *“con la palabra y el ejemplo mantenía, una atmósfera tan elevada”*²⁹ Y otra Hermana: *“Con ella nada parecía difícil.”*³⁰

²⁹Positio super Causae Introd. Summ., pág. 171, párr. 447; cit. por CASTANO, pág. 275.

³⁰Positio super Causae Introd. Summ., pág. 112, párr. 264; cit. por CASTANO, pág. 275.

“... Grandes no en cosas ruidosas, en las virtudes pequeñas, ahí en lo chico. Muy obedientes en todo lo que nos manden nuestras reglas y así lo seremos a nuestros superiores y a Dios en ellos... Qué feliz es la persona verdaderamente obediente. ¿Por qué? Porque es humilde...”

Este es el fuerte de Rafaela: la humildad. Por ella no le parece degradante tener que obedecer: es casi lo lógico. Su vida no tiene otro objetivo que obedecer a Dios, seguir sus pasos. El rumbo que tiene que indicar a las novicias es el mismo. La obediencia, que no es otra cosa que seguir el camino de Dios, que lleva a ser feliz. La humildad la impulsa a dar el salto en que entrega su voluntad para que la cobije la voluntad de Dios. Por esta causa es tan libre Rafaela. Y por eso sabe mandar.

“... Ahora queridas mías, que estamos en los comienzos ahondémoslos bien, que los vendavales que después vengan no derriben el edificio, y todas a una para que no quede por ningún lado rendija al diablo por donde pueda meter la uña de la desunión; todas unidad en todo, como los dedos de la mano, y así saldremos con cuanto queramos, porque a Dios N. Señor tenemos por nuestro...”

La unión de las Hermanas es la garantía de que la comunidad va a perdurar. Cualquier sacrificio vale la pena con tal de permanecer unidas:

“... Démosle todo, todo el corazón a Dios, no le quite-mos nada, que es muy chico y Él muy grande; y no arrugado sino rollizo, lleno todo de amor suyo y nada del nuestro propio...”

Les pedía generosidad; la medida del amor es amar sin medida:

“... Acrecentemos el entusiasmo por la salvación de las personas, pero no por ocho o por diez, sino por millones de millones, porque el Corazón de una Esclava no debe limitarse a un número determinado, sino que debe abarcar al mundo entero, que todos son hijos del Corazón de Jesús y le han costado su sangre toda...”

El noviciado, tiempo de concentración, encierra siempre el peligro de aislar de los demás, de limitar el corazón. Rafaela se las ingeniaba para inspirar a las novicias un gran entusiasmo por el apostolado; así, aquellas jóvenes no se reconcentraban sólo en sí mismas. De paso vemos que Rafaela siente a su pequeña Congregación lanzada a horizontes grandes como el mundo. La Eucaristía no puede tener límites más reducidos. Muchas otras cosas se recuerdan de ella. Charlaba mucho con cada una, y su diálogo se basaba en *“dejar hablar y saber escuchar.”*³¹ Las quería voluntariosas, pero era suave; a alguien que le decía que había que tratar más duramente a las de carácter fuerte, le decía con su gracia habitual: *“Los caballos árabes no se doman con la fusta, sino con caricias en la frente.”*³²

La misma M. Purísima, que tan hondos desacuerdos tendrá con ella más tarde, en el Proceso iniciado cuando se vislumbró la posibilidad de su canonización, dijo:

*“Yo debo reconocer que, si hice algún bien, sobre todo en los años que dirigí el Instituto, lo debo a la formación que recibí de la M. Rafaela María. Cuando me acerqué a ella, me di cuenta que era un alma enamorada de Dios; y hoy considero como una gracia muy especial del Señor haberla tenido como Maestra de Novicias y primera superiora.”*³³

³¹Posit. Super Causae Introd. Summ., pág. 184, párr. 489; cit. por CASTANO, pág. 272.

³²Posit. Super Causae Introd. Summ., pág. 97, párr. 227; cit. por CASTANO, pág. 272.

³³Posit. Super Causae Introd. Summ., pág. 188, párr. 502; pág. 41, párr. 94; cit. por CASTANO, pág. 275. La carta citada en este capítulo es la número 48.

Capítulo 7

UNA CASA BIEN ASEGURADA

No me desaliento por las contrariedades que suelen sufrir las obras santas a sus principios, al contrario me animan, porque se ven marcadas con el sello divino, como toda obra de Dios, y como ésta lo ha sido desde el principio. Tenemos reglas adaptadas: las de san Ignacio, y los aprobó definitivamente el Sr. Cardenal Moreno. La educación no la tenemos, ni mucho menos en segundo lugar. En cuanto a las personas somos 38 y muchas pretendientes. Espíritu buenísimo reina en todas... Pero para todas tiene un vacío muy grande el Instituto, con que no esté siquiera bendecido por el Papa. ¡Vale tanto su bendición y la amamos tanto! Padre mío, yo le voy a suplicar que haga Ud. lo que pueda porque ese respetable Sr. Boccafoglia se interese para poder alcanzárnosla... También lo que me hace insistir más, que el Santísimo no lo podemos tener de noche hasta que el Santo Padre lo permita; y además otra cosa que me llega al alma: que, no estando aprobadas las Constituciones por el Papa, los Obispos de cada diócesis pueden variar nuestro modo de obrar...³⁴

Bien pronto, como vemos, Rafaela pensó que a la Congregación le faltaba algo importante mientras no tuviera la aprobación del Papa. Es cierto que la había aceptado el Obispo de Madrid. Pero, como también vimos, ella quería a la Congregación universal como la Iglesia, como tenía que ser lo que salía del Corazón de Cristo, de su Eucaristía. Para esto necesitaba la confirmación del Papa.

³⁴Cartas, n. 34. Fechada en Madrid el 23-10-1881, está dirigida al P. Manuel de la Madre de Dios.

Le pidió entonces al P. Manuel Pérez, que era el Superior de los Escolapios, que la ayudara a conseguir en Roma la deseada confirmación papal. No era tarea fácil. Entre otras cosas, tendría que aumentar el número de las Hermanas, y las reglas deberían ser claramente establecidas. Hasta entonces se regían por los estatutos que había aprobado el Cardenal Moreno en 1877: debían revisarlos y ensanchar sus alcances de modo que las Constituciones llegaran a ser el documento que protegiera el espíritu de la Congregación y apuntalara la casa tan querida.

Rafaela sabía que este asunto sería largo, pero no se desanimó y siguió poniendo los medios. Además, desde 1883 la santa tuvo un amigo extraordinario el Mons. Juan Della Chiesa, secretario del Nuncio Papal en Madrid. Este sacerdote supo apreciar la obra de la Congregación y el alma de Rafaela, que sabía conducirla. La apoyó en todo. Años más tarde, en 1914, fue elegido Papa con el nombre de Benedicto XV; siempre fue amigo de las Esclavas y recordó con cariño a Rafaela María.

Esperando pasaron los meses; en agosto de 1885 se enteraron que de Roma les pedían que cambiaran el nombre, porque había otras congregaciones con denominación parecida, y por motivos teológicos. Esta noticia, que era para ellas el deseo de alguien muy querido, las conmovió. Se habían acostumbrado a un nombre, Reparadoras, que -en su sentir- expresaba lo que querían ser. Pero para ellas ese deseo del Papa, que les era tan querido como la Iglesia, resultó mucho más que una orden. Estaban hechas a obedecer.

Contestaron al Papa proponiendo varios nombres. En

Roma supieron apreciar esta disponibilidad. Por su parte, Mons. Della Chiesa siguió apoyando y asesorando a Rafaela, en la redacción de los informes que ella tenía que presentar y en la remoción de los prejuicios que algunos funcionarios romanos alimentaban contra la Congregación. Tanto Rafaela como Mons. Della Chiesa esperaban el “Decreto de Alabanza”, que da el Papa a algunas Congregaciones antes de aprobarlas definitivamente.

La sumisión de las Hermanas ganó el corazón del Papa... y de los monseñores de Roma. Y el 24 de enero de 1886 les daba León XIII el Decreto de Alabanza, con el nombre de **Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús**.

La alegría fue inmensa. Dice el diario de la comunidad de Madrid que el nombre nuevo les gustó, “mostrándose no sólo conformes, sino aun contentas por parecerles de mayor humildad.”³⁵ Nuestra santa percibió en esta elección la mirada bondadosa de la Virgen que quería proteger aún más la Congregación; ella fue la primera en llamarse **Esclava del Señor** (Lucas 1, 38).

Pero no se dormía en los laureles. Seguía mirando más allá, vivía en una continua esperanza. Debía redactar y mandar a Roma las Constituciones, de acuerdo con las de san Ignacio, pero adaptadas a la nueva Congregación, a su psicología femenina y a su dedicación a la Eucaristía.

En estos años tan intensos, con tantos asuntos para atender, Rafaela había visto que Pilar no se mostraba tan alegre. Este era un dolor que iba creciendo. Su hermana mayor era muy activa e independiente; tenía un temperamento brillante que se hacía notar. Acostumbrada a ser la mayor, le tenía que costar estar ahora

³⁵Diario; cit. por ROIG, pág. 17.

subordinada a Rafaela; ésta le pidió entonces que se encargara de los asuntos de Roma. Después de recibido el Decreto de Alabanza, las Hermanas siguieron preocupadas porque era muy difícil llevar los asuntos desde tan lejos. Entonces Pilar propuso ir ella misma a Roma, en un gesto típico de su carácter luchador. Rafaela rezó mucho y le pareció que era cosa de Dios. Partió entonces Pilar con la M. María de la Purísima, Maestra de las novicias. La estadía en Roma duró todo ese año, 1886, y fue muy fructífera. Aunque, como siempre, llena de incertidumbre, y problemas que se fueron superando.

Su ilusión era tener la edición íntegra de las Reglas de san Ignacio; lo que habían conservado de las Reparadoras era sólo un resumen. Les costó conseguir aquella edición, porque, a raíz de las persecuciones que habían sufrido, los jesuitas no publicaban abiertamente sus Reglas. Al final, milagrosamente las encontraron en una librería de viejo.

Las tradujeron, parte en Roma y parte en Madrid. Carta va, carta viene, con sus adaptaciones y observaciones, estuvieron listas para presentar las constituciones a la Sagrada Congregación de Religiosos en agosto de ese año.

Otra fuente de incertidumbre fue que las Hermanas se habían ido de incógnito, sin informar siquiera al P. Cotanilla, que siempre las asesoraba, o al Nuncio o al Obispo. Y temía Rafaela lo que ocurriría si se enteraban. Como el viaje se prolongaba más de lo previsto, poco a poco fue informando del viaje a ambos y el P. Cotanilla le contestó lo siguiente: “Me alegro que no me haya consultado, porque le hubiera dicho que no

fueran”]; pero en el fondo le gustó la audacia y consideró mejor que no se volvieran, a pesar de lo difícil que resultaba todo. Fueron meses muy duros. Rafaela tenía que multiplicarse: el gobierno de las casas, ser Maestra de novicias, atender a la edificación de la iglesia de Madrid, que se estaba construyendo, supervisar la traducción de las Constituciones... y tratar de que la gente no se enterara dónde estaban las Hermanas ausentes. A éstas les decía en una carta:

*... “Siento lo que les he dicho (que se volvieran) pero lo creí un deber. El P. Cotanilla no augura mal... Yo quedé en paz... No cesa de preguntarme y se alegra que atiendan a Uds. el P. Urraburu. Yo estoy y me encuentro bien, sin necesidad de nadie. Me ayuda la H. María Jesús. Dios lo hace y todas están contentas... Hoy han tomado el hábito siete postulantes. Habrán recibido las reglas, mañana irán las que quedan. El P. Cotanilla no ve esos peligros que ve el P. Hidalgo si se entera el Obispo. Estén Uds. con completa tranquilidad, que yo lo estoy. Negocien como puedan, que yo me las entenderé con todos y sola, Dios mediante, puedo seguir por dos o tres meses... Digan cuánto les ha costado el viaje. Si necesitan dinero, puedo yo darlo aquí en la residencia del P. Manuel y ahí dárselo él a Uds.”*³⁶

Un nuevo dolor se preparaba entonces para Rafaela. Poco después de esta reconfortante carta, el 1º de mayo de ese tan pleno 1886, moría repentinamente el P. Cotanilla. Este acontecimiento la tomó por sorpresa y el golpe fue muy grande. Además de la pena se le planteaba el nuevo problema de conseguir quien la ayudara como asesor de su gobierno. Ella se confesaba con el P. Hidalgo, pero éste no le parecía tan capaz para los asuntos administrativos y jurídicos como para

³⁶Cartas, n. 61.

las cosas espirituales.

Al no encontrar un asesor, Rafaela escribía: “Yo con los Padres eso hago, le consulto al que me parece y todos se prestan a ayudarme.”³⁷ La clave de su actitud es esta: “Confío en Dios que también lo ha de proporcionar como lo hizo la otra vez, porque tuyas somos y la obra tuya es.”³⁸

En Roma -como dijimos antes- habían encontrado las Constituciones en francés, en una librería de viejo. Las que tenían en Madrid estaban en latín -mucho más difícil de traducir- y así el hallazgo fue otro alivio, ya que se pudo apurar la traducción; a principios de agosto presentaron a la Sagrada Congregación de Religiosos las Constituciones de las Esclavas. Las Hermanas se quedaron en Roma un tiempo más, por si podían ayudar a que las aprobaran más pronto.

Tenían ahora cimientos asegurados que cobijaran su Espíritu tan vivido, tan querido. La casa podía crecer. Pero no es casualidad que, al mismo tiempo que escribían las Constituciones, Rafaela se dedicara a la construcción de la iglesia de Madrid. Fue un proyecto acariciado, cuidado por ella: la Eucaristía que apuntalaba el hogar.

Como todo en su vida, esta obra de la iglesia fue también ocasión de contradicciones y dificultades. Primero con el Obispo, que se disgustó con las Hermanas porque antes de contratar al arquitecto que él había recomendado, éstas pidieron otro presupuesto. Después, con Pilar, temerosa de que no alcanzara la plata. Fue otro motivo de tirantez con ella, y Rafaela cedió: la iglesia se hizo más chica. Ella se fiaba de la Providencia de Dios. Decía: “Esto es lo que me ha animado a seguir

³⁷Cartas, n. 69.

³⁸Cartas, n. 68.

la obra: ver la generosidad de N. Señor."³⁹ Y le escribía a Pilar: *"Responda con calma y sobre todo no se turbe interiormente, que las cosas materiales no valen tanto que nos roben la paz y la tranquilidad de espíritu."*⁴⁰ Dios le contestaba confirmando su confianza en Él: de hecho tuvieron sorpresivas donaciones, que permitieron empezar la iglesia en 1884 y terminarla en enero de 1887. Toda la comunidad participó en el entusiasmo de Rafaela; hasta ayudaron trabajando de albañiles: a la hora en que éstos se iban, las Hermanas excavaban y construían.

Por fin, el 29 de enero de 1887 recibían la aprobación papal de las Constituciones y de la Congregación. El 29 de febrero se abría la iglesia al público. Verdaderamente, la casa quedaba bien asegurada.

En medio de tantos asuntos que tratar, Rafaela continúa devanando la línea interior de su historia con Dios. Todas estas cosas no han logrado dispersar su espíritu; en realidad, lo van consolidando, así como su misma casa se consolida. Aunque ella nos cambiaría el orden de la frase: es Dios el que unifica su espíritu, le da consistencia y afirma su Obra, la Congregación.

De las Constituciones no tenemos mucho que decir, porque no hacen más que poner por escrito lo que ya vimos: la vida que las Hermanas vivían. Pero son importantes. En ellas Pilar y Rafaela vuelcan todo lo que a través de luchas, alegrías, dolores y mucha esperanza, Dios les ha contado de su Corazón. Y lo que Dios les pide es esto: no principalmente realizar una obra, sino vivir un espíritu. Si eligen uno u otro quehacer, es porque les parece que se adapta más al Corazón de Dios y a las necesidades de la gente. Un espíritu: contestar

³⁹Carta a Pilar, 1885; An. 269; cit. por ROIG, Pág. 160

⁴⁰Carta a Pilar, 1885; cit. por CASTANO, pág. 245.



Fue un proyecto acariciado, cuidado por ella...
(página 109)

a Dios que sí, que puede contar con ellas para ayudar a arreglar todo lo que rompió el pecado. La Congregación puede ser como una empresa de reparaciones, porque tiene su fuente en la Eucaristía; de allí viene al mundo, por la muerte y la resurrección de Jesús, toda la paz, la vida, la alegría, la salvación. Para manifestar este espíritu -lo hemos visto- se dedican a obras concretas: adorar a Jesús en la Hostia mostrada a todos para que los pueblos crean, y educar en la fe a los que se acercan a ellas, sobre todo a los más pobres.

Lástima que las cosas empiecen a ir mal, con un mal que no viene sólo de afuera, como antes; es un mal que se ha instalado dentro. Es cierto: como Rafaela tiene fe, adivina en todo mal un bien escondido. Pero le duele este mal, peor que el de antes. Y sufre. Comienza entonces a ceder, con tal de salvar la paz. Empieza a dar la razón a otros, aunque le parezca que la tiene ella, si con esta actitud le parece posible que el amor salga ganando; porque está enamorada de Jesús, que se dejó matar. Rafaela empieza a experimentar por qué caminos espinosos viene la vida. Y sigue su camino ya dolorido, en paz.

IV. El tiempo de entregarse

Capítulo 1

SUPERIORA GENERAL

Mi querida hermana (Pilar): El sábado, a las cinco y media de la tarde, recibimos el telegrama con mucha alegría y, como estábamos en la capilla, después reuniendo a todas las Hermanas cantamos en Acción de Gracias, y el Magnificat... El canto no fue canto, sino gritar de alegría que las cantoras tenían. Después les di media hora de recreo para que se desahogaran. Aún se sigue pidiendo hasta que sepamos tienen ustedes en su poder el decreto. Siento que Purísima haya estado enferma, pero es propio de la estación y ya estará, espero en Dios, bien... No me atrevo a remover nada hasta ver, pero será el mejor tiempo para la inauguración (de la iglesia) el de Carnaval. Yo he pensado si sería conveniente anunciar la inauguración de la iglesia, si se ha de anunciar o no, Ud. dirá, se le encargaba a un Padre un articulito diciendo nuestro fin y el por qué del nombre, porque nadie va a saber quiénes son estas Esclavas, o se calla. Yo espero mucho incremento en el Instituto cuando esto se sepa... Todas muy bien gracias a Dios. Ya tiene el Procurador del P. Manuel mil reales para Uds. Estoy deshecha por Ud., que tanto teme le falte dinero...¹

¹Cartas, n. 79. Fechada en Madrid, el 31-1-1887.

Así comunicaba Rafaela a Pilar y Purísima cómo habían recibido la noticia de la aprobación de la Congregación por el Papa. Al aprobar también las Constituciones, tenían que empezar a gobernarse según lo que ellas disponían; debían elegir pues entre las Hermanas una, que las condujera como Superiora General. Habían de realizar así una reunión de las representantes de las comunidades, para que éstas votaran. Esta reunión se llama Congregación General.

Empezaron a prepararla sin demora, convocando a las Hermanas que iban a intervenir. Todo estuvo listo para el mes de mayo, y se reunieron el día 13. Pero había mar de fondo. Si bien en el corazón de todas las que tenían que votar estaba el nombre de Rafaela María, a Pilar le costaba aceptar esta superioridad de su hermana menor. Entonces habló con Rafaela sobre su intención de votar por la M. Purísima. Después sondeó a esta última, pidiéndole que aceptara el cargo. Purísima no se sorprendió demasiado, porque, estando en Roma, había percibido dificultades existentes entre las dos hermanas. Con todo fue su parecer que no había motivos suficientes para descartar a Rafaela, que gozaba del cariño y la confianza de las Hermanas.

La misma Rafaela María -que en estos tiempos empezó a optar por renunciar en lo necesario con tal de mantener unidas a las Hermanas- pidió entonces a Purísima que aceptara el cargo, para contentar a Pilar y terminar con las tensiones. Pilar estaba realmente disgustada: a pesar de sus intentos, no se quebraba la confianza depositada en Rafaela; ya no pudo dominarse por completo y llegó a pensar incluso en salir de la Congregación; la situación o sus pasiones le parecían más fuertes que ella misma. Al fin, en el momento de

la votación, llevó dos papeletas: una con el nombre de su hermana y otra con el de Purísima, confiando en que el Señor movería su mano. Ese mismo día, 13 de mayo de 1887, Rafaela fue elegida Superiora General por unanimidad. En esa misma reunión, las Hermanas eligieron a las Asistentes de la Superiora: Pilar, Purísima, María de la Cruz y María de San Francisco Javier. Como secretaria, a la H. Carmen Aranda.

Todas las Hermanas presentes besaron la mano de Rafaela, en señal de obediencia. La comunidad saludó la elección con una gran alegría: casi nadie advirtió la angustia pasada por Rafaela; este dolor le dejaba en el alma una pena honda, que iría creciendo. Las Hermanas, por el momento, no recibían de ella más que paz, orientación, luz; no notaron el distanciamiento de Pilar.

En esos mismos días, un amigo de la Madre y padre de una novicia, el Sr. Tabernero, le hizo una donación importante; pudieron empezar a edificar el noviciado. Hacía buena falta, porque tenían 40 novicias. Sólo en 1886 habían entrado 22 postulantes, lo que daba a la Congregación mucho entusiasmo y vida.

Pronto Rafaela empezó a recorrer las comunidades, dando a las Hermanas mucho ánimo en el servicio del Señor. En junio fue a Córdoba. En julio, a Jerez, donde Pilar era superiora. En todos lados la recibían con muchísimo cariño y alegría. Aquí, sin embargo, notó la reserva de su hermana. Tan hondo le llegó este retraimiento, que escribió a las Asistentes, proponiéndoles renunciar en favor de una de ellas. Pero no lo aceptaron.

Siguió así con sus viajes y sus consejos; en agosto fue a

Bilbao, donde le pareció encontrar a las religiosas demasiado mal instaladas, y empezó a buscar otra casa. En setiembre partió para Zaragoza, antes de volver a Madrid.

En estos años se fueron manifestando las cualidades de Rafaela María para conducir a la Congregación. Por un lado, era muy hábil para promover el adelanto en lo material, necesario para las fundaciones, y sabía obtener todo lo que hacía falta en el apostolado. Rafaela era una buena política, en el sentido de que sabía encontrar los medios que podían servir para sus fines. Cuando alguien la trataba poco, al verla tan espiritual, podía llegar a pensar que era un poco idealista. Pero no. Ella era muy realista. Estaba muy segura de la meta a la que quería llegar -edificar la Congregación para “poner a Cristo a la adoración de los pueblos”-, pero también sabía descubrir los caminos que conducían a dicha meta. Intuía no sólo lo que era necesario y esencial, sino también las cosas convenientes. Era inteligente, sensible, intuitiva; se daba maña para conducir a las personas y vivía tan unida a Dios, su único Absoluto, que no se ataba a ningún medio; y por eso era muy libre.

No era arriesgada por temperamento, pero pudo ser arriesgada en su conducción gracias a su libertad frente a todo lo que no era de Dios y a su gran confianza en Él, para ella el único Conductor, Superior y Fundador. También la humildad la ayudó en la tarea de gobernar la Congregación. No pretendía imponer nada, sino ganar un espacio para esta vida que Dios le enseñaba; se dedicaba de tal modo a dar testimonio, a mostrar esta riqueza que no era suya, a atraer a la gente, a vivir con sus Hermanas la Eucaristía, a partir para poder repartirla. Así, su mayor éxito fue su humildad, su pobreza.

Cuando gobernaba, dejaba a las superiores de las comunidades libertad para obrar. Le dice a la M. María del Salvador, que estaba tratando de concretar la fundación de Cádiz:

“Ud., que está ahí al tanto de las cosas y oye a todos, obre como mejor le parezca delante de Dios, y aunque me lo diga todo, no espere respuesta para obrar, porque como tardan tantísimo las cartas llega mi parecer inoportunamente... Obre... en completa libertad.”²

Este era su estilo: confiar, una vez bien elegidas las personas. Tal fue la segunda base sobre la que asentó su gobierno: su capacidad para mantener buenas relaciones humanas. Tenía siempre cuidado en consultar a sus consejeras, sobre todo a su hermana Pilar, como lo demuestra a las claras la carta con que abrimos el Capítulo. No lo hacía sólo para ganárselas; las consultaba porque estaba convencida de que necesitaba la luz de las Hermanas, que podían dar más intensidad a la luz que tendría la Congregación. Anotaba, por ejemplo, en 1890:

“Todas las virtudes, pero ahora la paciencia debe ser extrema en mí. En las juntas tener suma discreción en las palabras, y oír a todas con suma benevolencia.”³

Después de consultar, Rafaela decidía y, en general, su palabra era respetada. Pero en esta época sus asesoras empezaron a perderle confianza. Tan grave llegó a ser la desconfianza, que ella sintió que no podía gobernar así. Con todo, esto sucedió sólo entre las consejeras. Las otras Hermanas siempre la quisieron mucho, y la siguieron. En consejos a las superiores nos muestra cómo era su trato:

²Cartas, n. 109.

³Apuntes espirituales, n. 12; cit. por ROIG, pág. 233.

“Tenga mucha paciencia, humildad y caridad con todos; muéstrele más amor a la que más se aleja de Ud., y confíe en Ntro. Señor... y tendrá la alegría de tocar el fruto de sus trabajos.”⁴

“No se adelanta por el rigor, sino por el amor, y por no hacer caso de tonterías... Hay que asemejarse a la paciencia que tiene Dios con nosotros, con la que nosotros debemos tener con nuestros prójimos.”⁵

Su habilidad para cuestiones de gobierno y para tratar a la gente quedaba iluminada por otra cualidad de Rafaela, que aclaraba todo lo demás: **su capacidad de atraer a las personas hacia Dios**. Junto a ella se anhelaba ser mejor, porque Rafaela acercaba a Dios y llamaba a la santidad, casi naturalmente. Los que estaban con ella compartían su luz interior, que aclaraba muchas cosas. Rafaela se había apegado tanto a Dios, que se le parecía: cuando ella hablaba o sonreía, o simplemente estaba presente, la gente percibía que Dios le hablaba, le sonreía y estaba con ella. Fue la más importante de todas las cualidades de Rafaela.

En estos años, una vez que la casa ya estaba bastante armada. Rafaela se dedicó a asegurar oficialmente sus bodas con Dios. Se preparó entonces a formular los votos perpetuos. Desde adolescente se había entregado íntegramente a Dios; ahora quería vivir su alianza no sólo de corazón a corazón; también quería mostrarla hacia afuera y que la Iglesia aceptara esta entrega en nombre de Dios.

Y esta dicha quería vivirla en comunidad. Esto es lo que llamamos “votos perpetuos”.

Para prepararse, las Esclavas habían elegido en sus

⁴A la M. Lutgarda, 8-1-1893; cit. por ROIG, pág. 156

⁵A la M. Pilar, 12-10-1907; cit. por ROIG, pág. 156.

Constituciones un mes de retiro según el método de san Ignacio. Rafaela lo hizo en mayo de 1888. Fueron días hermosos para ella. A veces también resultaba exigente encontrarse con Dios, porque Él nos pide cosas importantes, nos llama a crecer. Pero de ninguna manera le resultaba pesado: el encuentro con Dios es encuentro con una Persona Viva, que ama y atrae. Dios se volcó entero en Rafaela y ella lo supo recibir; y creciendo se llenó de alegría. Penetró más en el Corazón de Dios y su fidelidad aumentó. Fueron días llenísimos de experiencia.

Otras Hermanas hicieron su retiro en octubre; el 4 de noviembre de ese 1888, diez Esclavas formularon sus votos perpetuos: una fiesta inolvidable. Fiesta interior para las que recibían a Jesús como su todo y para las otras Hermanas. Fiesta exterior también, con mucha alegría y muchos amigos que las acompañaron.

Rafaela tuvo ese día su dolor; la Cruz era la compañera inseparable de cuanto festejo respiró su vida (¡cómo se iba pareciendo a Jesús!). Pilar no había recobrado su alegría después de la elección de Rafaela como Superiora General y, por una cosa o por otra, no había hecho los ejercicios aquel mes ni formuló los votos perpetuos con su hermana. A Rafaela le quedó la espina de no verla confirmada en su vocación. Sentía que ahora se separaban con una nueva distancia.

Al verla, uno puede decir: “Es su momento de mayor éxito.” Y es cierto que muchas cosas van bien: a los 37 años es fundadora de una Congregación aprobada por el Papa, Superiora General, querida y valorada por las Hermanas que ella misma ha sabido formar. Ha realizado su vocación y humanamente tiene “status”;

es entusiasta y alegre; de muchos lados le piden fundaciones y numerosas chicas quieren ser Esclavas del Corazón de Jesús...

Pero este no es el modo de medir de Rafaela. Para ella, el éxito no son los cargos, ni el “status”, ni la edad, ni la admiración de los demás; el éxito es la santidad: el amor de Dios que en nosotros se derrama hacia los demás. Y esto es lo que la hace feliz. Todo su trabajo está fecundado por esa entrega de fe y amor. Todo lo emprende de corazón y humildemente: espera recibir la vida, y la eficacia, de Dios. Trabaja fuerte. Y la mezcla de confianza en Dios y trabajo duro y parejo es lo que da éxito a sus obras.

Rafaela no piensa en el desgaste. En estos años trabaja muchísimo ayudada por su buena salud. Dice por ejemplo: *“No tengo tiempo a veces, ni para comer”*⁶ En otra ocasión: *“Mucho tengo que hacer, ni remotamente nadie se lo pude figurar, pero como es todo por gloria de Dios y del Corazón Divino, no sólo no me canso, sino que desearía no tener necesidad de comer ni de dormir para no interrumpir mis ocupaciones.”*⁷ A Pilar: *“Mi salud, excelente, a pesar de los desvelos, que suelo oír, no una mañana sola.”*⁸

Su vida con Dios recibe en este tiempo un buen empujón al hacer los ejercicios de un mes. Tuvo la suerte entonces de que la guiara el P. Hidalgo, que la ayudaba mucho. Conservamos algunos de los apuntes que ella escribió entonces; éstos nos dejan ver al vivo su trato con Dios. Al empezar dice:

“Empecé con temor, pero al mismo tiempo con ánimo y dispuesta a hacer los ejercicios con el máximo fervor posible, aunque me sintiera árida y con el dolor de cabeza

⁶Archivo, cart. 3. Carta a H. M. de Sta. Victoria, junio de 1884; cit. por AGUADO, pág. 141.

⁷Archivo, cart. 3. A Ramona Vacas, 6-10-1886; cit. por AGUADO, pág. 141.

⁸Archivo, cart. 1. A su hermana, 9-7-1886; cit. por AGUADO, pág. 141.

que tenía. Sufría, aunque resignada, cuando de pronto me parecía que el amor del Corazón de Jesús envolvía mi alma y mi cuerpo en Sí, y se me aseguraba que quedaría confortada. Esta convicción cambió el desaliento del principio en una gran paz y en la seguridad de que no me iba a cansar... ”⁹

En las meditaciones siguientes sintió a Jesús muy cerca. Tan cerca, que a veces aquella felicidad le daba dolor. Escribe que sentía como si Dios la hubiera “raptado”; luego se encuentra en una “contemplación bien tranquila”; poco después casi se sentía desfallecer, “con mucha dulzura, como si toda la persona se derramara en el corazón de mi Jesús y mi Dios”.¹⁰ Después de unos días afirma:

*“Entré en una contemplación pasiva, pero iluminante, en la que me quedé... En ella entendí que no había alcanzado la perfecta intimidad con Dios. Lo veía claramente.”*¹¹

Así Dios le abre nuevos horizontes. A pesar de sentir tanta felicidad, sigue caminando, porque Él le deja ver una mayor plenitud. Rafaela no se queda sólo con las bellas experiencias ni con sólo gozar con su Dios y Señor; ella baja a lo concreto, y en lo concreto de su vida se entrega a Dios. Desgraciadamente, se han perdido muchos apuntes de este retiro, pero tenemos uno de cuando lo acabó, el 26 de mayo de 1888:

*“A las 8 y 18 de la tarde, te prometo con todo el corazón no volver a resistirme ni aún con el pensamiento a tu divina voluntad en el cargo (de Superiora General), y... aún más, a no rehuir las ocasiones de honra ni deshonra que se me pueden presentar para su cumplimiento. Con vuestro amor y gracia, que estoy segura que no me han de faltar...”*¹²

⁹Apuntes, n. 7; cit. por CASTANO, pág. 306.

¹⁰Ibid.

¹¹Ibid.

¹²Apuntes, n. 8; cit. por CASTANO, pág. 308.

Capítulo 2

DOS IDEALES INSEPARABLES

*Muy querida hermana en Cristo: Veo por la suya su gozo pasado por mi estadía en ésa; yo también lo tuve muy grande en estar con Ustedes... Me alegro muchísimo de la grata noticia que me da de estar con esos angelitos haciendo oficio de apóstol y de madre. Ame mucho ese cargo tan santo, y en sus comuniones y oraciones la mayor parte se lo lleve Él y olvídese de todo y de todos y de sí misma también para no ocuparse más que de desempeñarlo con la mayor perfección posible, y haciendo esto con este dulce olvido de todo por amor al Corazón de Jesús. Él suplirá todo mejor que Ud. para remediar esas grandes necesidades que por todas partes nos rodean...*¹³

A sí escribía a la hermana Joaquina, que enseñaba en la escuela de Zaragoza. Hacía unos años Rafaela había dicho: “La educación no la tenemos en segundo lugar, ni mucho menos.”¹⁴ Y realmente creía que educando a la juventud se hacía mucho por construir el Reino de Dios. En estos años siguió creando comunidades que realizaban de esta forma la vocación reparadora. Ya vimos todo lo que luchó para construir la iglesia de Madrid. Estos dos esfuerzos, escuelas y catequesis por un lado, y mostrar a Jesús en la Eucaristía para que la gente pudiera creer y adorar por otro, eran en realidad un mismo intento: **poner a Cristo a la adoración de los pueblos**. Por eso se daban siempre juntos, inseparables.

¹³Cartas, n. 87. Fechada en Madrid, el 30-9-1887.

¹⁴Cartas, n. 90. Fechada en Madrid, el 19-6-1888.

En 1888 emprendió dos nuevas fundaciones. Una de ellas fue muy promovida por Pilar: un colegio en La Coruña, ciudad gallega muy dominada por los masones. Por lo mismo tuvieron dificultades. Estaba también la dificultad que provenía del disgusto de Pilar. Rafaela, en cambio, sintió que esta fundación era una oportunidad para animar a su hermana, dándole la posibilidad de que desplegara sus capacidades en ella. Trató de facilitarle todo. Así, le escribía:

*“Mi querida hermana: A vuelta de correo contesto a todo y creo que se pierden las cartas. Cuanto a Ud. le parezca, haga de lo que crea es necesario y provechoso para esa fundación, como de alquilar casa, etc. Le decía que podían enviársele 15.000 pesetas, ropas para la capilla, blanca y de color, el copón de plata y nada más de estas cosas... Respecto a Hermanas, fíjese en las que quiere y cuando las pida Ud., irán. Diga cuánta ropa blanca necesitan de sábanas, manteles, etc. Consuelo está muy mal y tuberculosa, al parecer. Todas estamos hasta el cuello de trabajo...”*¹⁵

Aunque el malestar de su hermana preocupaba mucho a Rafaela, vemos que el mismo no quitaba las fuerzas a su amor: ella seguía buscando caminos para la alegría y el encuentro. De hecho, la fundación se llevó a cabo. Las Hermanas prepararon un prospecto para presentar el colegio. En él explicaban que su objetivo era la formación, no sólo intelectual de las alumnas, sino también la de sus hábitos y sentimientos, para que llegaran a ser personas buenas.

Rafaela quería otra comunidad en la misma ciudad de Madrid, pero más en el centro, para que la iglesia fuera más visitada y la Eucaristía evangelizara a más

¹⁵Ibid.

personas. Fue otro dolor de cabeza, porque las Asistentes no estaban de acuerdo con la nueva fundación, aunque luego asumieron la idea. Y sobre todo porque, aunque dio permiso para que se hiciera la fundación, el Obispo, Mons. Sancha, que se había quedado dolido con la cuestión del arquitecto que ya hemos contado, opuso muchas dificultades. En una carta que Rafaela escribía a todas las comunidades cada año, cuenta cómo empezó esta comunidad:

“Inauguróse la capilla privada, o sea, tener el Señor reservado en el Oratorio, el 14 de octubre. Y el 7 de diciembre se dijo la primera Misa en la capilla que debía ser pública, más no queriéndolo el Sr. Obispo, sólo nos permite tener expuesto y que puedan los fieles recibir los Sacramentos y aun asistir a la Misa, pero sin cumplir con el precepto. No obstante, jamás se encuentra sola, y a la hora de la reserva, totalmente llena... Las hermanas que en un principio fueron destinadas a esta fundación han sufrido con alegría la carencia de cosas necesarias, como sucede siempre en estos casos. Ya empieza a dar frutos de gloria al Sagrado Corazón esta nueva casa... Réstame sólo pedir a todas rueguen al Sagrado Corazón...”¹⁶

El Obispo les ponía trabas para que la iglesia fuera realmente pública. Por otro lado, de Roma les decían que ellas tenían derecho a tener la iglesia abierta para todos. Son misteriosos malentendidos cuya comprensión nunca llegaremos a alcanzar. Por un lado, la iglesia muy visitada, casi siempre llena, con muchos estudiantes universitarios, ya que quedaba cerca de varias Facultades. Por otro, esos obstáculos... Todo esto le trajo a Rafaela muchos sufrimientos, agravado todo por las dificultades interiores que ya hemos visto.

¹⁶Cartas, n. 95.

En 1889, Rafaela María siguió visitando las comunidades, a la vez que manejaba de la mejor manera posible este asunto de la comunidad de San Bernardo-Madrid, tan difícil.

Seguían recibiendo pedidos de fundaciones. Las reclamaban de Cádiz, Manresa, Tarragona, Gerona, Salamanca, La Habana (Cuba), San Francisco y Los Ángeles (EE.UU.), Bogotá (Colombia). Ella sentía que estos llamados le agrandaban el corazón, ya preparado para recibir los clamores del mundo entero. Cuando la Congregación se iba afirmando, Rafaela había escrito a sus hermanas-hijas que *“el corazón de una Esclava no debe limitarse a un número determinado de personas, sino (que debe extenderse) al mundo entero”* con un interés *“no por ocho o por diez, sino por millones de millones”*¹⁷ En esos meses, cuando las comunidades tenían que achicarse para fundar, seguía animándolas a la generosidad y les decía: *“Que cada una de nosotras tenga un corazón más grande que el mundo entero.”*¹⁸

Rafaela analizó todas las posibilidades y decidió que lo mejor -por el momento- era Cádiz. En aquel puerto las ayudó mucho Nieves Oronoz, y con su auxilio pudieron instalarse en marzo de 1890. La fundación, como siempre, con la misa y la exposición de Jesús en la Hostia, fue el día 19, fiesta de San José. Muy poco después, abrieron una escuela nocturna. También aquí los comienzos fueron duros y Rafaela compartió con sus Hermanas esa dureza. Una de ellas cuenta:

“Cuando se hizo la fundación de Cádiz, la Madre estuvo allí desde el principio. Animadas por su ejemplo, dormimos dos meses en el suelo, porque ella repetía que primero había que aprovisionar la capilla, que el Señor te-

¹⁷Cartas, n. 48.

¹⁸Cartas, n. 130.

nía que ser el primero... Por la noche, yo solía preparar las camas, que no eran más que almohadas, porque en casa teníamos sólo un colchón. Se lo poníamos a la Madre, que lo cedía a una Hermana medio enferma, y ésta a su vez tampoco lo usaba.”¹⁹

La misma Rafaela María nos cuenta, con su gracia natural, algo de esto:

“Hay la mar que hacer, porque las telarañas llegan al suelo y la basura a las vigas. Pero la casa es hermosísima a pesar de todo.”²⁰

Esta fue la primer comunidad dedicada especialmente a la juventud más pobre, ya que las otras escuelas tenían preferentemente niños. También trabajaron con jóvenes en las casas de retiros y las catequesis. En Cádiz tuvieron normalmente entre 90 y 130 alumnas, lo cual es bastante para la época. En los retiros llegaron a participar 100 mujeres.

Como vemos, Rafaela María desencadena un dinamismo espiritual que se concreta en realidades apreciables. A nosotros nos interesa buscar la fuente de todo esto, sobre todo en estos años que son los culminantes de su vida: en ellos, junto a la mayor actividad apostólica, comienzan los disgustos y amargas que aparentemente van a apretar a Rafaela hasta ahogar la Congregación. Esto no ocurrió. Sin embargo, nos preguntamos por qué ella, amada por sus hermanas, pero incomprendida y sin la confianza de sus consejeras, no pierde la vitalidad. Preguntamos por qué no sólo sigue siendo alegre, bondadosa, sensible e inteligente, sino que también trasmite esa vida a la Congregación y a la gente en general. Las agresiones no rebajan su vitalidad ni su maternidad.

¹⁹Posit. Super Virt. Summ., pág. 274, párr. 774; Posit s. Causae Intro., pág. 223. cit. por CASTANO, pág. 318.

²⁰Cartas, n. 111.

Justo en estos meses, febrero de 1890, Rafaela hace ejercicios espirituales; después de una meditación, escribe una frase que por lo menos empieza a respondernos estas preguntas, esenciales para comprender su alma y su vida:

“No sólo me entregué incondicionalmente a la gloria del Sagrado Corazón de Jesús, sino que propuse y le prometí darle cuanta mayor gloria pudiera, aunque me costase la honra y la vida, con su santísima gracia. Salí muy animosa y alegre de poder hacer algo por mi Capitán Jesús, sobre todo ponerlo a la adoración de los pueblos, que he comprendido cuán grande es esto tan poco estimado. Mi práctica constante debe ser el tercer grado de humildad.”²¹

Esta frase expresa una raíz muy íntima de su ser. **Poner a Cristo a la adoración de los pueblos:** pareciera ser la tarea de su vida y de su Congregación. Es una intuición tan grande que cuesta explicitarla. Toda la actividad programada para esto en un movimiento que sobrepasa los gestos concretos y llega al más allá de la historia, transformando primero el “más acá” de nuestros corazones, nuestras escuelas, nuestras adoraciones, nuestros pueblos.

* Por un lado, esto la hace muy sensible a la gente. Ella dice: *“Donde hay necesidad se ha de ir”²²* Más adelante: *“Hay que hacerse todas a todas las naciones... ; si no, no haremos nada que valga dos centavos.”²³*

*Por otro lado, para Rafaela la corriente de todo el bien que puede llegar a los hombres, pasa a través de la Eucaristía. No se trata de una abstracción, ni de sólo un símbolo, sino de la fuerza que arranca de Dios y pone en movimiento todo el bien que puede haber

²¹ Archivo, cart. 4; apuntes esp. 1890; cit. por AGUADO, pág. 123.

²² Carta del 6-9-1888; YAÑEZ, pág. 188.

²³ Carta del 2-12-1899; YAÑEZ, pág. 365.

en nosotros y en la sociedad. No es que la hostia mostrada sea algo mágico, sino que ella nos da la Gracia de Dios; la gente encuentra en esta exposición el lugar facilitador de su encuentro personal con Dios. **La Eucaristía evangeliza.** Esto es lo que vive Rafaela. Jesús es elocuente en la Eucaristía y nos ayuda a creer, porque en la misa nos comunica su Salvación de una manera visible, sensible, aunque desde la fe. Rafaela no se contenta con tener capillas privadas; ella quiere iglesias públicas, que no son sólo para las Hermanas, sino para el pueblo. La adoración de las Hermanas desemboca así en esto: **proponer a Cristo a la adoración de los pueblos.**

*Además, Rafaela habla de pueblos. Aun cuando su acción se dirigió a veces a grupos pequeños, ella tiene siempre en vista **a los pueblos, a la totalidad.** Por eso da importancia a la educación, que es un auxiliar de la evangelización. En el Primer Proyecto, las Hermanas habían escrito su intuición de que la “mala y corruptora enseñanza pedía una enseñanza clara que se da: con la palabra, en la educación de las escuelas y la catequesis; con los signos y la palabra, vehículos de la Gracia Sacramental, en la Eucaristía.” La misa y la Eucaristía mostrada a todos es “enseñanza práctica de la teologal virtud de la fe”. Y la educación es otro medio de poner a Cristo a la adoración de los pueblos; otra forma de que los pueblos sean alcanzados por Cristo.

Por entonces escribía: *“Cada día me convenzo más de que nuestras casas no convienen en la punta del barrio, por el culto al Santísimo.”*²⁴ Pero no se ata a los sitios céntricos, sino que en todas partes busca descubrir qué conduce mejor a ese adorar los pueblos a Cristo. Y así, hablando de una fundación en La Habana, expresa:

²⁴Cartas, n. 82.

“Yo tengo mucha alegría de ver una casa de reparación allí, como la tuve cuando vi a Nuestro Señor manifiesto en la calle San Bernardo. Cuando los sitios son peores, me da más alegría, porque tiene que ostentar Nuestro Señor más su misericordia con los pobres pecadores que, aunque no lo visiten, tienen que sentir su influencia.”²⁵

Ella sabe bien que seguro son los caminos de la pobreza para llegar a Dios. Por esa razón, junto a su decisión de “ponerlo a la adoración de los pueblos”, dice que su “practica constante” tiene que ser el “tercer grado de humildad”: **abrazar a Cristo en la cruz**. Así, las grietas que vemos aparecer y adueñarse del edificio no tocan esa raíz que es el amor hasta la muerte, y no amargan la vida, ni logran derrumbarlo.

Capítulo 3

EMPIEZAN LAS DIFICULTADES EN SERIO

Mi querida hermana (Pilar): como Ud. no podía venir por el bautizo de la sueca, y urgía ver y resolver lo de estas casas que aquí se proponían, vine yo. Mucho me he alegrado por más de un motivo. ¡Qué malísimamente están en esta casa y en este sitio! Pero en fin ya espero que el Señor las va a sacar de aquí y por esto hay que trabajar... Yo no hago más que enterarme y ver, porque quiero que antes de formalizar nada Ud., que

²⁵Archivo, cart. 2, carta a la M. M. del Salvador, enero de 1889; cit. por AGUADO, pág. 123.

es más entendida que yo en estas cosas, lo vea todo... Cuando se bautice ésa, si Ud. quiere se viene..., ve al Padre y a la vez se arregla esto, porque yo sola no quisiera y esto no puede dejarse. No sé ni cómo escribo: no se disguste Ud. porque yo haya venido, que era preciso; yo creo que el Señor no está contento por ver a Ud. siempre disgustada.²⁶

Con extrema delicadeza, Rafaela María trataba de suavizar y a la vez encauzar la actitud distanciadora de Pilar. Consciente de que su hermana mayor tenía que tener un espacio donde volcar su iniciativa, en ese momento al menos, elegía el camino de cederle lugar, con la esperanza de un reencuentro profundo.

Pero no era fácil. Hasta parecía imposible por el momento. Pilar se apoyaba para su disgusto en la pretendida incapacidad de Rafaela para manejar económicamente la Congregación. Y vimos las dificultades que encontró Rafaela para edificar la iglesia de Madrid, que ella habría construido más grande. La misma oposición encontró para empezar la construcción del noviciado, a pesar de los donativos que recibía, más que suficientes.

Cuando Pilar estaba en Roma -lo vimos-, Rafaela le escribía, a la vez que le mandaba la plata pedida, diciendo: “Estoy deshecha por Ud., que tanto teme le falte dinero.”²⁷ La hermana mayor era mucho más calculadora. Rafaela era en este sentido arriesgada; no por temperamento, sino porque tenía la experiencia de que una vez puestas a caminar, el Señor salía en su ayuda por medio de personas generosas. Así la Congregación iba adelante, en base no a excesivos cálcu-

²⁶Cartas, n. 85. Fechada en Bilbao en el mes de setiembre de 1887.

²⁷Cartas, n. 79

los económicos, sino a la confianza en Dios y la generosidad de los hombres. La confianza en esta experiencia no les falló nunca. Pero en estos tiempos Pilar no se convencía. Y al mismo tiempo que Rafaela le otorgaba todas las facilidades para la fundación de la Coruña, Pilar le ponía dificultades para fundar en Roma, para edificar el noviciado, para la casa de San Bernardo.

Esta desconfianza se fue contagiando a las consejeras. Éstas, desconcertadas, sobre todo al principio, no mantenían una conducta constante. Poco a poco empezaban a dar sus opiniones, no sólo por lo que se refería al asunto de que se tratara, sino tomando partido. La balanza se iba inclinando hacia el lado de Pilar. Estas religiosas no habían sido formadas para gobernar una congregación y, así, con buena voluntad, a veces opinaban con tanta fuerza como si fueran ellas la Madre General o aun en ocasiones sus mismos jueces, lo que era peor. Rafaela se hacía ducha en el callar. Pero no dejaba de gobernar, porque el cargo era para ella la voz de Dios. En carta a una de sus consejeras, le dice:

*“Yo quisiera que me entendiese Ud. No me disgusta que me diga la verdad, al contrario...; pero no quiero que aparezca como dura de juicio... Porque aunque es usted consejera, no deja por eso de estar obligada a ser súbdita, ¿no es así? Por ejemplo, en lo de las sábanas, en que se sea generosa con las demás casas, en que fraternalmente nos ofrezcamos a ayudarlas... Dirá Ud. que es obrar como lo sentía Ud. y le llama ser sencilla; no, Madre, esto no es ser sencilla, sino manifestar lo que encierra el corazón, y esto hay que curarlo. Y ¿quién a Ud.? Quien por la fe y por ser causa ajena ve más claro que Ud., que es su superior... A Dios **le roba el corazón el humilde y el sencillo**, y cuanto más grande sea y más*

pequeño se vea, más resplandecerá... ”²⁸

Rafaela María se encontraba cada vez más sola. Sus consejeras desconfiaban también de su confesor, el P. Hidalgo, y ella, para no empeorar las distancias fue silenciándose con él. Parece que el confesor una vez había elogiado en público a la Madre, aunque estando ella ausente. Además -ya lo vimos- este sacerdote no la ayudaba en los asuntos del gobierno.

El los vaivenes de las consejeras -que se mostraban más bien débiles de carácter-, se destacaba la M. Purísima, mujer de fuerte carácter. Maestra de novicias, a ella había querido Pilar elegir General en 1887. En la historia de la Congregación esta hermana tendrá muchísima influencia, influencia que desde ese momento empezó a adivinar Rafaela... y su sobrina de doce años. En efecto, Isabel Porras, que había quedado huérfana, vivía en ese tiempo en el noviciado, protegida por Rafaela. Como muchos chicos de esa edad, tenía buen ojo, y en la diaria convivencia notó que la M. Purísima, con su carácter dominante, absorbía a las novicias. Y un día dijo a su tía: “Si quieres seguir siendo General, tienes que cambiar a la Maestra de Novicias”; y aunque no hablaron nada más, después declaró que “de la expresión de tristeza que apreció en la cara de la Madre, comprendí que estaba al corriente de todo.”²⁹

Sin embargo tenemos que decir que, por el momento y por lo que sabemos, gracias también a su personalidad, la M. Purísima fue la única que podía hablar con toda claridad a la M. Pilar. Durante el proceso de canonización de Rafaela, ella aún vivía, y declaró:

“En las reuniones del consejo noté los graves desentendimientos entre las dos hermanas, que se debían al espí-

²⁸Cartas, n. 121

²⁹Posit. Super Causae Introd., Summ., Pág. 294, párr. 834; cit. por CASTANO, pág. 330

ritu contradictorio de Madre Pilar; y unas cuantas veces yo, que tenía 33 años y era de carácter fuerte, la confronté directamente, haciéndole notar que su oposición no tenía fundamento. Como en todo lo demás, en especial en las contradicciones que soportaba de su hermana, la Madre Rafaela María dio prueba de paciencia, serenidad, mortificación verdaderamente heroica.”³⁰

Estos testimonios son más claros que cualquier explicación. Nos queda todavía por considerar otra carta de Rafaela María, escrita desde Roma a su hermana, el 16 de agosto de ese año de 1890. Como veremos, la Madre estaba en Roma desde principios de mayo y casi no había tenido noticias de su hermana:

*“Mi querida hermana (Pilar): Como no tiene confianza en mí la Congregación, quiero decir, las consejeras, tanto respecto a las Hermanas que necesitan en La Coruña como en todo lo demás, cuando vuelva, que será el lunes, nos reuniremos en Bilbao o en Zaragoza, y trataremos de esto y de todo lo que Ud. y yo tenemos, a ver si nos ponemos de acuerdo y estamos en paz, que es lo que importa, ya que mi situación se hace insostenible. Uds. a mí me dicen que Dios me ha puesto en este cargo, pero no lo demuestran ni con las palabras ni con los hechos... Con el descontento que se nota en Ustedes, cada día se difunde una especie de frialdad, debido a la cual se considera casi como un delito hablar de lo que hago, y no se comunican más las alegrías de casa, como antes. Y luego Ud., hermana mía, me escribe lastimándome en lo más sensible de mi persona, y con todos murmura de mí. ¿Ud. cree que yo puedo continuar así, no por mí, sino por la Congregación?”*³¹

Estas palabras son tremendas, como la realidad que

³⁰Posit. Super Causae Introd., Summ., pág. 85-86, párr. 198; cit. por CASTANO, pág.331

³¹Archivo, Cuaderno V. f. 12; cit. por CASTANO, pág. 333.

las hizo nacer. Ya en 1887, tres meses después de la elección, Rafaela había escrito a Purísima, después de una visita a la comunidad donde estaba Pilar:

*“El estado de la Madre Pilar no puede ser peor. Me recibió como puede suponer, y continúa igual que en Madrid; nos vemos sólo en el recreo, y por poquísimo tiempo, ya que viene tarde. Durante el día, como si no estuviera en casa: no me habla y no me pide nada. Es un estado de cosas que hace falta cortar; así no se puede seguir adelante. Se lo escribo con mucha paz... Es cosa más que sería... En parte tiene razón, siendo tan grande la diferencia de capacidad...”*³²

Esta fue la situación de los años 1887 a 1890. Rafaela no tenía ambiciones de gobernar y tendía a considerar a los otros mejores que ella misma, aunque era muy capaz de conducir una congregación, probablemente más capaz que su hermana. Y, como hemos visto, naturalmente no se inhibía. Pero todos estos factores, el carácter dominante de Pilar, su disgusto de todo lo que tocaba Rafaela María y su gobierno, su rechazo de Rafaela como Superiora; el pensar que económicamente la Congregación iba a la ruina; las vueltas de las consejeras que fluctuaban..., todo esto fue creando un clima de desconfianza hacia Rafaela, en el que lo que ella hacía, o decía, o dejaba de hacer, se interpretaba mal. Se fueron convenciendo de que Rafaela no servía para gobernar. Aunque parezca extraño, estos problemas tan graves quedaban en secreto y la Congregación caminaba hacia adelante, con vida, tanto hacia afuera en todo su apostolado, cuanto en la caridad y unión fraterna de las Hermanas.

Muy duros son estos tiempos. Duros en especial para

³²Carta del 28-7-1887; cuaderno V, f. 24; cit. por CASTANO, pág. 328.

el temperamento sencillo, lineal, de Rafaela. Ella se siente Superiora, por fe, porque el cargo se lo ha dado Dios. Y a la vez le repugna imponer a otros opiniones que no aceptan. Ella no está hecha tampoco a darle vueltas a las cosas, ni a las marchas y contramarchas. Es difícil encontrar la forma de seguir adelante en este laberinto, perdidas en los recovecos de sensibilidades femeninas heridas. Rafaela intuye que esto no podrá seguir así: hay que buscar soluciones más radicales.

Lo que más le importa es la paz. Ella siente que el Evangelio debe ser vivido desde la paz. Ella quiere luchar sólo por la Gloria de Dios y sabe que ésta no se impone por la violencia.

En sus cartas y escritos llama la atención la claridad con que ve las situaciones, y lo valiente y suave que es para expresarse. Es humilde, pero no apocada ni tonta. Ve más claro que todas. La paz no está peleada con la verdad.

Después hay que considerar el lado afectivo de estos conflictos. Rafaela padece muchísimo todo lo que las demás le infligen. Que sea humilde, quiere decir que las otras personas le llegan al alma; que no está separada interiormente en su castillo de superioridad. Y estas voces desconfiadas de sus consejeras también se le van metiendo en el corazón. La van a rastrillar por dentro, hasta llevarla incluso a dudar de si tiene razón o la tienen ellas. Rafaela persevera. Sigue con las fundaciones, orienta a las Hermanas, visita comunidades, piensa nuevos apostolados, anima a todos, trata de conciliar, planea la fundación en Roma..., busca siempre horizontes más anchos... y mientras tanto se aferra a la Cruz.

Capítulo 4

LA CRUZ POR ADENTRO

Muy recogida en contemplación activa y muy natural. Pobre exteriormente, Jesús sin nada; aplicándolo a mí, cómo me deja hoy con algún parecido... Tantos planes desvanecidos en tan breve tiempo. Pero Dios queda y a quien en Él confía nada le faltará... Yo, ¿qué tengo? Nada, ni virtudes. Sólo lo que Dios quiere darme según mi pequeñez. Ni confianza en mis hechos y palabras... como abandonada a mis fuerzas hasta por mi Dios...³³

Esto es lo que sentía Rafaela en su oración durante los ejercicios espirituales de febrero de 1890. Éstos son tan importantes que les dedicaremos un capítulo. Estas páginas nos descubren, sobre todo, cómo era esa sabiduría de la cruz que permitió a Rafaela sufrir sin amargura, sin perder vida. Se trata de los mismos ejercicios en los que definía su misión de “poner a Cristo a la adoración de los pueblos”, al mismo tiempo que decía: “Mi práctica constante tiene que ser el tercer grado de humildad.”³⁴

Ella trataba de parecerse a Jesús por dentro. Y en estos momentos, sentía que el amor más grande es el que llega hasta la muerte. Su Cristo amado había muerto en una cruz. Es para ella un triángulo perfecto: amor-cruz-vida.

Rafaela no buscó el sufrimiento. Lo que hace es encontrarle un sentido. Lo mismo que Jesús: puede encontrarle una luz al sufrimiento porque Cristo alumbró esa luz. Ella aprovecha el sufrimiento para amar más.

³³Apuntes espirituales, n. 14; cit. por ROIG, pág. 230.

³⁴Archivo, carta 4; apuntes esp. 1890; cit. por AGUADO, pág. 12.

Todo empieza con un gran amor. No sólo el amor humilde que ella ha tratado cada día de darle a Dios, sino sobre todo el amor de Dios que se vuelca en su corazón y ella acoge. En esos ejercicios, escribía:

*“Me dejé llevar de un gran recogimiento que me vino y entendí en él que ya había recibido mi alma todos los efectos del Amor divino, según mi pequeñez... y éstos habían sido como las flores del árbol plantado por Dios en mi alma, pero aún quería darme los frutos de estas flores... Que sí, que el espíritu de Dios fluía en ella con libertad, pero que aún no la hallaba capaz de concederle otras gracias...”*³⁵

*“Cuando voy a Dios, me acoge siempre con misericordia y unión tan íntima que me saca de mí, porque parece me transforma en Sí, y vive y entra y sale en mi alma como en casa propia, sin el más pequeño obstáculo... Parece que no hay en mi alma secretos espirituales de Dios a ella... y algunas veces se me ocurre: **El Poderoso ha hecho en ella grandes maravillas**”*³⁶

Al mismo tiempo lo pasó muy mal. Aunque sabía que no era culpable, pensaba que quizás estaba equivocada. No podemos decir que haya tenido escrúpulos, era demasiado sencilla para ello; pero que gozara con su Dios no quiere decir que su alma fuera un lago tranquilo. Rafaela sufría mucho y se cuestionaba sobre su situación con las Hermanas. Así es la cruz por adentro. Ella llegó a contemplarla de un modo especial meditando sobre los hechos del Viernes Santo:

“De la obediencia de Cristo en la Cruz. Exteriormente clavado con cuatro gruesos clavos en los sitios más delicados de su santísimo cuerpo. Aplicado a mí: yo también estoy clavada en mi cruz por cuatro clavos bien doloro-

³⁵Apuntes espirituales, n. 14; cit. por ROIG, pág. 229.

³⁶Apuntes espirituales, n. 13; cit. por ROIG, pág. 227.

sos, aunque inofensivos por su parte, por estar puestos como los de Jesús por voluntad del Padre. Y ¿qué hizo Jesús? Amarlos y coserse con ellos a pesar del martirio que le causaban... Así yo con ellos he de permanecer cuanto mi Dios quiera... ”³⁷

Tiene que ser terriblemente doloroso reconocer que cuatro Hermanas empiezan a ser cuatro clavos. Pero así lo sentía ella, en carne propia, a pesar de su humildad, de su cariño sincero por esas Hermanas, de su convicción en lo inseparable del amor de Dios y el del prójimo. Los hilos de las pasiones se habían entreverado tanto, que no había quien pudiera parar el enredo. Lo propio del diablo es armar líos. Y ya en febrero de 1890, Rafaela intuía que los engranajes seguirían funcionando, incontrolables.

Sin embargo, ella ponía la fuerza no tanto en las soluciones externas, cuanto en vivir los acontecimientos apegada a Dios, iluminándolos desde adentro. Se daba maña para encontrar el recodo de Dios. Estaba bien entrenada y los nuevos problemas no lograban desorientarla.

Vamos a ver cómo se esforzó durante los años siguientes, con inteligencia, para buscar soluciones potables y eficaces al desentendimiento en la Congregación. Por estas tratativas recibían su importancia de los fecundos diálogos de Rafaela con Dios. Estas gestiones interiores, esta humilde opción suya de entregarse a Dios, eran la luz que manejaba todo lo demás. Por eso, cuando las soluciones exteriores fallen, Rafaela María no va a tener la amargura de los fracasados.

Tanto se había apegado Rafaela a Dios, que le adivinaba los sentimientos. El tercer grado de humildad es

³⁷Archivo, carta 4; Apuntes espirituales, 1890; cit. por AGUADO, pag. 47.

sentir con los sentimientos de Dios: alegrarse con las alegrías de Cristo, entristecerse con sus tristezas. En la propia vida. Y se llama humildad porque así uno se hace niño al lado de Dios; pesa más lo Suyo que lo propio: se llega a ser de la misma tela que Dios. Así le pasó a Rafaela, que empezaba a saborear la cruz, aunque no le gustaba sufrir. Había intuido que por ahí caminaba Jesús y su corazón quería seguir sus huellas.

Por adentro, la cruz es un gran amor. Amor-cruz-vida. Esta es la actitud de Rafaela que va a dar unidad a todos los años que le quedan de vida. Rafaela era alegre por naturaleza, por influencia de su tierra, por vocación. Sin embargo, ahora empezaba a amar la cruz de su vida, porque estaba descubriendo que era por ese medio que Jesús hizo a la vida más fuerte que la muerte y el pecado. Ella no desespera, porque en el corazón de la cruz va desentrañando estas grandes verdades. Y aunque siente miedo de que le quiten o maten a su hija, la Congregación, en estos meses empieza a ver que su sufrimiento va a engendrar una vida grande y luminosa, que nadie le podrá quitar.

Aunque la vida aún queda lejos y el dolor trata de aplastar, Rafaela ya empezó a caminar su camino, amor-cruz-vida.

Mientras tanto, emprende con entusiasmo el viaje a Roma.

Capítulo 5

A ROMA

Queridas M. Purísima, María de la Cruz, M. de San Javier y María del Carmen: Por el dichoso cambio, por no perder mucho, nos encontramos aquí en una fonda muy buena y baratísima. Ya nos han pasado varias peripecias, pero gracias a Dios nada importante; como de agregársenos señoras “caritativas”, que no nos reconocían por nuestro incógnito, y vernos negras para zafarnos de ellas. Pero, ¿quién nos conoce? Se burlan de nuestro tipo y nosotras más que ellas. Hoy gracias a Dios, hemos comulgado y oído dos Misas y mañana Dios mediante también... Viajamos en tercera porque los coches de esta clase son como los de segunda de España y aquí se respeta mucho a la persona... Quisiera me oyeran Uds. hablar francés, muy bien me las entiendo y cuando algo muy difícil se me presenta reaparece por allí un buen Ángel de la Guarda que me saca de apuros... ¿Saben Uds. que al cruzar la frontera tuve pena de dejar España? Sí, y mucha, porque se me agolpó cuanto esa querida patria ha hecho de bien para mi alma y me ha facilitado de medios para poder hacer algo por Dios... Hoy nos hemos cruzado con un tren de peregrinos extranjeros, larguísimo. ¡Qué trajes! ¡Y cuántos hijos tiene Dios! Pidan por ellos; viendo mundo se aviva el entusiasmo por la salvación de los hombres; y en esta Francia más de ver tan pocas iglesias, y tan horrorosas; en cambio de esas provincias vascas, que están tan próximas y tan espesas como los dedos de las manos. Mañana al pasar por Lourdes no las olvidaré; pidan por nosotras y las abrazamos en Jesús suyas en Él.³⁸

³⁸Cartas, n. 113.

Hacía tiempo que Rafaela tenía los ojos puestos en Roma. La razón que daba para recomendar esta fundación era su amor por la Iglesia. En Roma, Rafaela sentía que podía sentir el corazón de la Iglesia. Tenía vocación por el centro vital donde germinan las cosas. No para mandar, no para dirigir los acontecimientos, sino para cuidar la vida. Por ese motivo le gustaba la Eucaristía, la fuente de la gracia de Dios para los hombres, y el corazón de Cristo, manantial de su amor; para centro físico de la Congregación prefería Roma, que es el polo visible de la Iglesia.

Además, Roma le gustaba porque le parecía más fácil que desde allí la Congregación fuera universal como la Iglesia. Desde ese centro sabía que podría extenderse a las ramas, con más seguridad y adaptándose a cada pueblo. No quiso una Congregación española, sino “universal como la Iglesia”.

Llegaron a Roma el 11 de mayo, con la M. María del Salvador. Visitaron a algunos Padres jesuitas que conocían y en seguida se propusieron iniciar los trámites para que les dieran el permiso de fundar una comunidad en Roma. No era cosa fácil, porque desde hacía tiempo había gente allí que no las quería y hacía correr rumores falsos sobre ellas. Los jesuitas les indicaron que les convenía encontrar un Cardenal que protegiera a la Congregación, como entonces se usaba. Rafaela María, bien aconsejada, pensó en el Cardenal Mazze-lla. Mientras tanto contaba:

“Estamos en una casa particular de gente buena y muy sucia, hasta que podamos darnos a conocer... Qué iglesias, Madre. Nada es comparable con ellas. Hoy hemos oído la Misa del P. Rodeles. El P. Enrique, finísimo y todo

nuestro. Hoy llevará el pedido de permiso para fundar al Cardenal Vicario que no está en Roma hasta el viernes; Dios quiera que se consiga favorable si es voluntad de Dios.”³⁹

Cinco días después decía a la H. María de la Cruz, que era la que había expresado más temores de su ida a Roma:

“Mi querida Madre: Aquí nos tiene Ud. tan tranquilas, llenas de consideraciones y sin tener que lamentar hasta ahora ninguna de esas cosas que Ud. temía. Yo me encuentro con la tranquilidad que podía tener en Córdoba o Madrid, gracias a Dios. ¡Cuánto me acuerdo de Ud.! Lo que gozaría si viese la hermosura de estas iglesias. Ya está pedida la fundación al Papa, y ayer, al ir a suplicar al Cardenal Mazzella, que es jesuita, que se interesa por ella, vi oportuno suplicarle si quería ser nuestro Cardenal protector y me dijo que sí sin esfuerzo, de modo que mañana, Dios mediante, se presentará la instancia pidiéndolo al Papa. Dios quiera que nos lo conceda si es éste el destinado. Dios nos lleva con su mano, Madre, y su providencia se palpa. Aunque estuviéramos siempre prostradas, dando gracias, nunca podríamos pagarle a Dios tanto como le debemos. El cardenal es muy bondadoso e inspira confianza... Ayer me confesé en francés, el Padre se rió y yo también de lo lindo... Yo aproveché la coyuntura de ver al Cardenal para exponerle fuese nuestro protector, porque creí interpretar los deseos de todas que serían éstos, y las ocasiones hay que aprovecharlas. Diga Ud. al P. José María Ibarra que tiene sin falta que venir a Roma el otoño, que vaya reuniendo algunos centavos, que ya tendrá buen hospedaje y barato... Los comestibles baratos. La carne de todas clases y lo mismo legumbres riquísimas y tan alimenticias como ahí...”⁴⁰

³⁹Cartas, n. 115.

⁴⁰Cartas, n. 117.

Estas cartas nos dibujan el ambiente en que vivieron esos meses. Las mayores dificultades para lograr la fundación les venían, parece, del Cardenal Vicario -el Obispo que gobierna la diócesis de Roma para ayudar al Papa-, quien debía influir más para que el Pontífice diera el permiso. Parece que este Cardenal, llamado Parocchi, estaba mal informado y pensaba que la comunidad de Esclavas no iba a ser buena para su diócesis. El embajador de España también influyó, de modo que al final las opciones que les ofrecían eran dos: una fundación en un pueblito alejado, con número limitado de Hermanas, o dedicarse sólo a los españoles de la Urbe. Esto rompía con el objetivo de ser “universales como la Iglesia”, prioritario para Rafaela. No podían aceptar, pero sí podían esperar y confiar; la santa escribía así a la M. Purísima: “Conviene callar y mucho, y no hacer alarde en nada, sino rogar y ser humildes.”⁴¹ Ella había encontrado el secreto para ser eficaz: “La súplica de un corazón humilde y sencillo roba el corazón de Dios.”⁴² Y, en efecto, el 9 de junio podía dar la gran noticia: Roma recibía a las Esclavas:

*“Mi querida Madre María del Carmen: Ya triunfó el Corazón de Jesús en Roma. Hoy a las 2 y media con todo el calor, vino el P. Rodeles rebosando de gozo a comunicarnos de parte de nuestro Cardenal Protector que la fundación está admitida por el Papa sin condición alguna de sitio ni de nada, con **absoluta libertad**. Figúrese nuestra alegría. En San Claudio estábamos con el Santísimo expuesto, que está siempre, y allí fue fray Nicolás a llamarnos... Mire Ud. si Dios es bueno conmigo. Yo que no tengo gracia ni talento para ganar a las personas, Dios se toma este encargo y lo hace Él con la gracia y la prontitud que ninguna persona por sabia que sea lo puede*

⁴¹Cartas, n. 120.

⁴²Apuntes espirituales, n. 44; cit. por ROIG, pág. 245.

hacer... Luego dice Ud. que tengo fe: ¿cómo no, tocando esta providencia tan paternal de Dios?”⁴³

A pesar de esta primera aprobación, el embajador y el Cardenal Vicario siguieron pensando en limitar la fundación, pero Rafaela podrá decir “cómo nuestro Señor ha ido redondeando las cosas”⁴⁴, porque unos días después sigue contando sus aventuras:

“Ayer, estando (el Card. Mazzella) con el Papa, se presentó también a la vez el Cardenal Vicario y, cuando ya estuvieron los tres reunidos, el nuestro sacó la conversación con la maña oportunísima que sabe, e hizo decir al Santo Padre, que lo oyera el Cardenal Vicario: Nada; vienen, se admiten sin condición alguna, ¿por qué se les han de poner condiciones? ¿Qué tiene que ver en este negocio el Embajador?

“Vale mucho nuestro Protector, y aunque bondadosísimo, muy templado, como buen jesuita, y donde planta el pie deja una huella que no se borra. Le gusta que yo le hable y le hago reír hasta vérselo la última muela...”⁴⁵

Rafaela se dedicó después a buscar casa apropiada para que pudieran venir las Hermanas que formarían la comunidad. No resultó fácil: algunas casas no servían por chicas, otras, por grandes, o por caras, o por tristes. El 20 de junio escribía: “Todo Roma se vende, pero lo que gusta, muy caro. Los pies los tenemos estropeados de tanto andar y ver casas.”⁴⁶ Y el 22: “Aquí corriendo por esas calles todo el día, estamos las dos negras como gitanas, pero gracias a Dios con buena salud, y muy contentas de hacer algo por Dios.”⁴⁷ Cuando al fin encontraron una casa adecuada, mandó a pedir las Hermanas que iban a integrar la comunidad. Estaban ya en Roma a mitad de julio y el 1º. de agosto se fun-

⁴³Cartas, n. 123. Fechada en Roma, el 9-6-1890.

⁴⁴Ibid.

⁴⁵Cartas, n. 125.

⁴⁶Cartas, n. 128.

⁴⁷Cartas, n. 129.

daba con la misa. Todo empezaba tan bien, que el 13 se las celebró el Cardenal Vicario, contento ya con las Esclavas. El 19, Rafaela regresaba.

Estos meses son un compás de espera en el amanecer de las dificultades que se levantan. Con ese fondo oscuro que le hacía contraste, el viaje hace brillar aún más la capacidad de gobierno de Rafaela María. Ella todo lo atribuye a su Dios, y está bien, pero sabemos que Él le había dado esos dones, que ella sabía desarrollar. Son muy grandes las dificultades que tiene que enfrentar. Llega a Roma con su aspecto de provinciana, pero con la prudencia de los sabios. Y sabe conseguir, al modo femenino y con gracias, las cosas más difíciles de los hombres y circunstancias más esquivas.

Y además de esta capacidad política, su capacidad de organización y de acción. Rafaela está en la plenitud de la vida, en sus cuarenta años, que ha cumplido poquito antes de salir para Roma. Todo lo que ha rezado y lo que ha trabajado sobre su carácter, así como la forma en que ha ido reaccionando ante los acontecimientos, han dado como resultado una personalidad valiosísima. Si más tarde se la queman, si más tarde ella se deja quemar para su Dios y para dar vida a sus hijas, su ofrenda no consistirá en las sobras de algo que fue, sino la mejor fortuna, la mayor riqueza.

Por ahora sigue trabajando y orientando el corazón amador de sus hermanas-hijas. Se da cuenta de que les es costoso desprenderse de las que tienen que marchar a Roma. Y entonces les escribe:

“Cuando deje esto arreglado, me vuelvo a España y al paso me tienen Uds. ahí. ¡Qué deseo tengo! Que no se eche de menos, encárguele a todas, la falta de esas Her-

manas, pues yo deseo que cada una de nosotras tenga un corazón más grande que el mundo entero, para darle mucha gloria al Sagrado Corazón... Cuando aquí se ven tantos ejemplos prácticos de los santos que encierra esta Roma, se avergüenza uno de ver lo poco que hace por Dios y se deshace en deseos de demostrar que, aunque flacas, de la misma naturaleza de los santos somos, y aún no se ha perdido la semilla.”⁴⁸

Capítulo 6

HACIA LA RENUNCIA

Muy venerado y querido en Cristo, Padre: Esa comisión de Madres va a ésa para que Ud., en quien todas confiamos, dé solución a las penas que nos afligen, que sin buscarlas nadie y deseando todas lo mejor, estamos pasando la vida en un continuo suplicio y quitándole gloria al Señor, porque mutuamente nos quitamos los ánimos y la libertad que se necesita para trabajar en ella. Yo, viendo con muchísima pena que esto cada día iba tomando más incremento, varias veces propuse a las Madres Consultoras que se fijasen bien en todo lo que nos pasaba y estudiarasen cuál era la causa que trae tanta inquietud y malestar, y ya hoy parece que se ve el origen... Cuanto más lo examino, al parecer más claro veo la raíz de tanto mal: ... ésa es la desunión de pareceres que hay entre mi hermana y yo desde pequeñas. Esto, Padre, nos trae en una continua intranquilidad,

⁴⁸Cartas, n. 130.

porque por permisión de Dios comunica esta desunión a las que están más en contacto con ella, y pasa tan sutilmente que ni ellas casi lo advierten, pero que no por esto deja de hacer su efecto, y muy perjudicial, porque quita la acción y hacia mí la autoridad. Esto sucede especialmente con las consejeras que, sin querer ellas, amándome extremadamente, me tienen tan en extremo atada que no muevo pie que no origine un grave disgusto. Visto todo esto yo propuse la renuncia de mi cargo, pero no se me admitió, mas creyendo en conciencia insistir, porque esto no variaba, ya por fin las veo algo inclinadas... El Señor permite que de todo lo mío se desconfie. Esta es mi situación, Padre mío; al exterior, no hay nada, ni nada se figura nadie. El Señor ilumine a Ud., le pido de corazón, para que entremos de lleno en la paz que vinimos a buscar en este santo asilo, y no se turbe jamás.⁴⁹

En esta carta, Rafaela explicaba la situación que se vivía en el gobierno de la Congregación, y que a ella le parecía insostenible.

Cuando volvió de Roma, en agosto de 1890, encontró que el ambiente estaba más tenso. Las asistentes estaban más frías con ella, aunque las otras Hermanas seguían queriéndola mucho. Pero ella tenía que gobernar, cosa que le era imposible en medio de aquella desconfianza.

En diciembre de ese año de 1890, la M. Pilar se fue a Roma, a ver si encontraban una casa para comprar. En los meses siguientes, mientras se dedicaba a visitar las comunidades, Rafaela siguió pensando en su renuncia.

⁴⁹Cartas, n. 140. Fechada en Madrid, el 31-8-1891, está dirigida al Padre Francisco Muruzábal.

En enero fue a las casas de Andalucía: Córdoba, Jerez, Cádiz. La recibían con mucha alegría, y ella aconsejaba a las Hermanas y también las corregía cuando hacía falta. En febrero fue a La Coruña, y allí parece que tuvo que hacer más indicaciones, pero las recibían bien, como palabras de una madre. Era una actitud que conquistaba su corazón. Comentaba así con la M. Purísima:

“No le apene lo que le decía, que son quejas de afecto. Sí le aseguro que el espíritu de sencillez me roba el alma y el de sabiduría humana me trastorna toda. Hoy me aseguro aquí (en la Coruña), con estas Hermanas tan humildes y tan dóciles, pues a pesar de yo advertirles y exponerles lo que me parece, y ellas a mí, creo con libertad completa, yo respeto lo suyo con una alegría y una expansión tal, que no me cabe el corazón en el pecho. Y ellas lo mío de igual manera, sin amargura ni acritud: como todas una...”⁵⁰

Este era el estilo de Rafaela: basar sus relaciones, aun las de autoridad, en la confianza. Esta actitud quedaba rota con sus consejeras.

Siempre mirando adelante, en marzo trataba de abrir otra puerta con Pilar y le decía:

“Si a Ud. le parece, ¿no sería mejor olvidar todo y recomenzar todas, como hermanas, a trabajar en esta obra, sin tanto lío? Con nuestra conducta nos destruimos recíprocamente y destruimos el Instituto; y no sé si Dios no nos pedirá cuentas...”⁵¹

Pero ella misma se daba cuenta de que era imposible empezar todo de nuevo: los acontecimientos se habían vuelto demasiado fuertes para poder pararlos.

⁵⁰Cartas, n. 131

⁵¹Archivo, cuaderno V, f. 26; cit. por CASTANO, pág. 342.

Ocho días después le decía a Pilar:

*“Ud. conoce como yo la situación en que nos encontramos Ud. y las Asistentes respecto a mí: yo que deseo la paz de todas, que eso es lo que aquí hemos venido a buscar; quiero que por escrito me diga Ud. su parecer sobre la renuncia que del cargo quiero hacer por el bien de la paz del Instituto, que aunque al parecer la hay en general, no obstante yo no me veo con condiciones de poder llevar así... Nunca debí ocupar este puesto, pero, en fin, ya que Nuestro Señor lo permitió, tengamos paciencia y hagamos lo posible porque esto se arregle de la manera más suave para todos.”*⁵²

En los meses que siguieron, hasta agosto, Rafaela continuó la visita a las comunidades. Fue a Bilbao, a Zaragoza, mientras esperaba durante meses una respuesta de Pilar que no llegaba. Después a Jerez; en el diario de la casa vemos lo que sentían de ella las Hermanas:

*“Durante su permanencia, que fueron ocho días, dio a todas ejemplos de humildad, viéndosela ocupada en oficios bajos en cuanto se lo permitían las visitas; siempre alegre, y animaba a todas con sus palabras. En recreo decía mucha veces que deseaba fueran todas las de la Congregación humildes con sencillez y sencillas con humildad... Nos daba devoción verla tan fervorosa, y los actos de amor que tal vez sin darse cuenta hacía a todas nos dejaba con deseos de amar y bendecir a Dios.”*⁵³

Mientras tanto, las Asistentes se enteraban del deseo de Rafaela de renunciar al cargo. Tampoco entonces le dieron una respuesta clara. El 16 de agosto escribía a la M. Purísima que ya renunciaba a tomar decisiones, porque le cerraban todos los caminos:

⁵²Cartas, n. 134.

⁵³Diario de la casa de Jerez, pág. 107; cit. por ROIG, pág. 253.

“¿Qué voy a hacer? Dejar el campo y abandonarme en los brazos de Dios, que Él sabrá por qué lo permite.”⁵⁴

Y el 19 de agosto decía a su secretaria:

“Me es imposible sostener la lucha con ellas, y como yo las creo buenas, creo que tengo que dejar el campo completamente libre; a fin de que hagan lo que les aconsejen, y que yo no puedo realizar. Sólo Dios sabe lo que he sufrido y sufro en esta lucha, sin contar los daños que veo espesarse sobre la Congregación, y la intranquilidad y tortura en la que está inmersa mi alma, porque aunque todo sea involuntario, no deja de inquietarme mucho...”⁵⁵

Esta era la situación cuando escribió la carta al P. Muruzábal, transcrita al principio del Capítulo. Ella hubiera deseado que las Asistentes fueran a ver a este sacerdote, que estaba en Bilbao, para que se dejaran iluminar por alguien que pudiera presentarles objetivamente la situación y discernir con ellas las dificultades del caso. Pero parece que este viaje tampoco se pudo llevar a cabo. En cambio, en setiembre fueron las cinco a Oña, donde estaba el P. Urráburu, aquel que en Roma había ayudado tanto a las hermanas Pilar y Purísima. Como siempre, también en esto -al parecer-, cedió Rafaela. Este viaje, sin embargo, no concretó nada. Pilar sugirió nuevamente que Rafaela se dedicara únicamente al gobierno de la parte espiritual de la Congregación y ella, a lo material. No se daba cuenta de que esto, que podía aparecer como ambición, era prácticamente imposible. Las otras asistentes tampoco lo aprobaron.

A esta altura, tanto el P. Muruzábal como el P. Urráburu comprendieron el punto de vista de Rafaela, en

⁵⁴Carta a la M. Purísima., 16-8-1891; cit. por ROIG, pág. 254.

⁵⁵Cuaderno V. f. 14. cit. por CASTANO, pág. 343.

cuanto a la renuncia, que aprobaban. Aunque no le dieran la razón en lo que pasaba, ni en el fondo la comprendieran.

Con más penetración, tal vez, la comprendió el P. José María Ibarra, que había visto de cerca a las dos hermanas, años atrás. Al mismo tiempo que le aconsejaba que examinara su parte en las dificultades, le escribía:

*“Para que la paz y caridad no sufran detrimento, no es necesario que Ud. se haga a un lado: ya le he dicho que a este proyecto siempre me he opuesto.”*⁵⁶

*“Le advierto una vez más, y mil veces, que abandonar el campo en el que está por disposición y voluntad de Dios no es el remedio (a los males del Instituto). Yo lo veo mejor en su unión con la hermana: que su acción esté inseparablemente unida a la de la Madre Pilar y viceversa, porque el Señor la eligió a Ud. para el oficio que ejerce y a ella para que coopere con Ud. en esta gran obra.”*⁵⁷

Pero hay momentos en los que la verdad queda oculta. En octubre se agregó otro disgusto al corazón de Rafaela: el Obispo de Madrid, nuestro conocido Mons. Sancha, seguía oponiéndose a la comunidad de la calle San Bernardo. Las Asistentes también habían quitado su apoyo a este proyecto. Rafaela tuvo que clausurar esta fundación que su corazón de madre había amasado con amor y lágrimas.

En vista de que el asunto del gobierno no se resolvía, en diciembre pensó en renunciar en el próximo capítulo que, según las Constituciones, debían tener en la primera mitad de 1892. Le sugirió a Pilar que lo adelantara unos meses. Ella estaba convencida de que, dada la efervescencia de los sentimientos en juego, el

⁵⁶Cuaderno V, pág. 33; cit. por CASTANO, pág. 345

⁵⁷Cuaderno V, pág. 6-7 cit. por CASTANO, pág. 349.

tiempo sólo agravaba las cosas. Veía que el capítulo era oportuno para manejar el asunto con discreción, a fin de que la Congregación no sufriera tanto. Pero tampoco en esto le hicieron caso. Pilar no quería una renuncia pública:

*“(Pilar) deseaba que su hermana abdicara en favor suyo casi ocultamente y a las buenas, sin que se dijera o apareciera el motivo, para evitar disgustos. Yo creo que no había otro modo de sustituir a la M. Rafaela María, **dado el grandísimo amor que todas le tenían**, e ignorando la Congregación que hubiera motivos para su renuncia.”⁵⁸*

Así empezó un nuevo año, sin una solución clara. Rechazaban la renuncia de Rafaela y no la dejaban gobernar. Probablemente este fue uno de sus momentos-límite, aunque ella sigue destilando cariño e inteligencia. Dice a Pilar:

“Por la sangre de Cristo: consulten, pensemos, que se vea lo que hay que hacer, porque el estado actual de cosas tiene que acabar cuanto antes: la abraza su hermana, que le desea el bien y se lo ha deseado siempre, y que para no disgustarla, desde chiquita ha sufrido muchísimo, como usted misma lo sabe.”⁵⁹

Pilar estuvo en Roma todos estos meses, salvo el viaje a España, cuando fueron a Oña. En Roma trataba mucho al Cardenal Mazzella y en él volcó su preocupación y su modo de ver las cosas. Mientras la palabra y el grito de Rafaela caían en el vacío, Pilar iba convenciendo al Cardenal: su propia palabra era creída y estimada. La fuerza de sus argumentos la afinca ella en el déficit económico, que calculaban en 150,000 pesetas. Pilar creía y hacía creer que este desastre lo producía la incapacidad de Rafaela María para gobernar la Congregación.

⁵⁸Cuaderno V, pág. 37 bis; cit. por CASTANO, pág. 348.

⁵⁹Cuaderno V, pág. 36; cit. por CASTANO, pág. 349.

Al Cardenal le impactó esta noticia. Y le dio más importancia que a los rumores que recibía sobre los desacuerdos entre las fundadoras. Seguramente la fuerte personalidad de la M. Pilar hacía más convincente lo que ella decía: arrastraba. Además, era la que estaba más cerca, y su presencia personal impactaba haciendo difícil separarse de lo que ella creía. Por otro lado, el déficit era algo muy espectacular y que encajaba con un rasgo típico de la psicología masculina, que da más importancia a los hechos que a los sentimientos. Al Cardenal le resultaba muy difícil comprender esto y ver que, tratándose de problemas entre mujeres, la causa más profunda quizás había que buscarla en los sentimientos. Bastante preocupado, en marzo pidió a las Asistentes y a Rafaela María que le escribieran dándole la propia opinión sobre lo que pasaba.

La M. Purísima le decía en su respuesta que la causa era la desunión de las hermanas Porras. María de la Cruz expresaba que “Rafaela se aleja de Pilar”, y en general todas tendían a afirmar que aunque Rafaela era buenísima y ayudaba mucho a las Hermanas en su crecimiento espiritual, no servía para gobernar. Pero dos de ellas insinuaban también que había puntos de las Constituciones sobre el gobierno que no estaban claros, lo que permitía que la M. Pilar se arrogara una autoridad que no tenía y que las Asistentes sobrevaloraran sus funciones.

Tenemos que decir desde ahora que el desastre económico era ilusorio. La Hermana que llevaba las cuentas no sabía hacerlo bien y en el balance no había puesto en el Haber el patrimonio. Lo que faltaba era efectivo, pero no tenían pérdidas, porque contaban con inmuebles (en los que vivían y otros que habían recibido por

herencia), que valían mucho más que lo que debían. Era lo que ahora llamaríamos un “déficit financiero”, pero con superávit económico. Por entonces, sin embargo, nadie distinguió estos matices y el supuesto déficit fue el caballo de batalla de cuantos quisieron la renuncia de Rafaela.

También es oportuno que anotemos el párrafo con el que termina su informe María de San Javier:

*“Siento el deber de asegurar una y más veces que cuantos han tomado parte en este asunto se mueven con recta intención y con el deseo del bien de la Congregación. Por otra parte, el Instituto goza de óptima fama y entre las Hermanas reina excelente espíritu.”*⁶⁰

Rafaela mandó al Cardenal dos informes: uno oficial y otro confidencial. El primero decía:

*“Esta diversidad -en el modo de ver las cosas- entre mi hermana y yo, se notó cuando éramos niñas; y yo, reflexionando cuando me iba a hacer religiosa, tuve la idea de alejarme de ella en lo posible; pero Dios Nuestro Señor no me lo permitió. Así empezamos a trabajar en esta obra, y, si bien con penas, fuimos adelante porque procuraba someterme a su voluntad, haciendo lo mismo que hacía en casa, para vivir en paz con ella.”*⁶¹

Después describía la historia de los momentos en que Pilar se había opuesto más tenazmente a su gobierno: la iglesia de Madrid, las obras del noviciado, las casas de San Bernardo y de Roma. Y acababa diciendo que así no podía seguir gobernando.⁶²

Al día siguiente le envió una carta confidencial; en ella vuelca su corazón. Le habla con dolor de su hermana,

⁶⁰Nova Posit. Super Virtu., Summ. Add., pág. 27; cit. por CASTANO, pág. 253.

⁶¹Cuaderno V, págs. 48-65; cit. por CASTANO, pág. 354.

⁶²Cuaderno V, págs. 65-68; cit. por CASTANO, pág. 355.



*Poner a Cristo
a la adoración de los pueblos... (página 127)*

a la que ve desorientada por un carácter muy fuerte, que no le deja guardar su lugar con fe. Pero estas cartas tan estremecedoras no conmovieron demasiado al Cardenal Mazzella. Éste encargó entonces al P. Vélez que estudiara el asunto y propusiera un remedio. Ninguno de los dos parece haber comprendido profundamente los sentimientos de Rafaela.

En mayo, no sabemos si a propuesta del Cardenal o de la misma Pilar, ésta viajó a España; a pesar de que Rafaela seguía insistiendo en la renuncia, el Cardenal y el Padre veían las cosas como Pilar. La superiora de Roma, M. María del Salvador, dijo después acerca de este viaje y de la parte que tuvo Pilar en las decisiones que se iban a tomar:

“A veces se forma en su mente un plan y se lo graba de tal manera en la imaginación, que llega a decir que se lo han autorizado. Esto pasó cuando salió de Roma para España (en mayo de 1892): ideó ella misma lo que pretendía poner en acto en seguida, pues a mí me parecía que no tenía autorización (del Cardenal). Si tuvo éxito en lo que intentaba, es por la razón dada, tanto más que su modo de expresarse confunde...”⁶³

Estas palabras confirman la opinión de Rafaela. El hecho es que, a pesar de todo, su idea se llevó adelante. A principios de junio, el P. Vélez le comunicaba a Rafaela que el Cardenal le ordenaba que delegara el gobierno en Pilar, absolutamente, y ella misma se fuera a Roma, con dos asistentes.

Rafaela bajó otra vez la cabeza, pero sin dejar de pensar. Encontraba imposible dejar el gobierno absoluto a Pilar para que gobernara sin las Asistentes. Lo consideraba contrario a las Constituciones. Decidió entonces

⁶³Cuaderno V, pág. 9; cit. por CASTANO, pág. 359.

ir a Roma, pero con otra Hermana. Salió de Madrid el 9 de junio y, después de parar en Zaragoza, llegó a Roma el 15. En seguida habló con el Cardenal, exponiéndole sus preocupaciones. El Cardenal aprobó que no hubiera ido con las asistentes, pero insistió en que delegara en Pilar, en vez de renunciar. Ella sabía que esto no solucionarían nada, empeorarían las tensiones, pues creaba una situación ambigua que daría lugar a tirantezas y malentendidos. Pero obedeció; delegó el gobierno en la M. Pilar, el día 19 de junio de 1892.

Rafaela María es santa por ser una mujer que supo tomar sus opciones de entrega en el camino que le tocó recorrer. Tuvo luz y fuerza para reconocer los pasos de Dios en cada momento de su vida. Ahora le sale al encuentro la cruz, y carga con ella.

Está bien entrenada. Nunca el partido es igual que el entrenamiento. Pero éste vale mucho. Detengámonos en los ejercicios espirituales de noviembre de 1891. Ellos nos abren, a través de una comunicación al P. Hidalgo, su hermoso corazón, que vive intensamente esos acontecimientos.

Lo primero que vemos: Rafaela se siente conducida por Dios a través de la oración. Dice: *“No me ha faltado en todos los Ejercicios una luz contemplativa que suavemente hace tiempo no se aparta de mí ni deja de alumbrar mi alma.”* Y más adelante: *“Callaba y me dejaba conducir, llena de gratitud hasta derramar lágrimas, de aquella mano cariñosa que ni un momento se apartaba de mí y ensanchaba los rincones de mi alma.”*

Ella siente que en el sufrimiento experimenta el cariño especial de Dios: dice que Él le tiene predilección. *“Las injurias, humillaciones, malas interpretaciones, etc., las*

he de tomar como pan de mi alma, pues de este pan entiendo se mantiene Cristo, y en el alma así amasada se incorpora Él en íntima unión, porque la llena su amor puro.” Y dice que ya hace dos años entendió que, para que Dios entrara totalmente en ella, su alma “*tenía que convertirse en la Cruz de Cristo.*”

En este tiempo experimenta de una manera extraordinaria el amor único, personal, especial, maravilloso, que Dios le profesa. En abril, escribe al P. Hidalgo contándole que en la oración se la había representado su alma como una niña “*hermosísima y llena de vida*”, y que entendió que era el efecto de saber luchar con Cristo: “*La veía amadísima de Jesús y más estrechamente unida... La paz, la luz y alegría dulcísima que inundó mi alma la sabe quién me la dio... Yo no puedo más que dejarme en las manos de Dios Padre... Yo entendí que era amadísima con predilección por Dios, pero singularísimamente. Se me dio a entender a mí que era para Jesús del orden de sus almas más amadas...*”⁶⁴ Para nosotros es difícil comprender la plenitud humana máxima que supone sentirse amado así por Dios.

Pero a la vez se siente pequeña, imperfecta, en una lucha tremenda. Y le dice: “*Muchísimo tengo que sufrir todavía, Padre...*” Y más: “*Me vi rodeada de una gran luz; mejor, como un sol, y era Dios, y dentro de ese sol me veía yo, pero como un fueguito pequeño de distinto color, y alrededor de mí como un círculo oscuro que lo formaba y de ella mis imperfecciones.*”⁶⁵

Este es desde ahora el misterio de su vida: un misterio de mucho gozar y de mucho sufrir, sintiendo que no es la casualidad la que gobierna su vida, sino una mano amorosa, la mano de Dios, que la sostiene más allá y

⁶⁴Cuaderno V, pág. 9: cit. por CASTANO, pág. 359.

⁶⁵Cartas, n. 145 y 148.

a través de las libertades humanas que influyen en su vida; el misterio de un gran y personalísimo amor que se vuelve realidad en una pobre vida humana, tan real y pequeña como la de cualquiera de nosotros, pero que sabe abrirse y entregársele. Con un corazón capaz de aceptar su pobreza y agrandarse hasta el infinito. Lo que Rafaela ama no es el sufrimiento, sino a Cristo que sufre en la Cruz. Una cruz que ahora se le hace real, tangible, indiscutible en su propia, en su pobre vida humana. Así se va formando la santidad de Rafaela.

Mientras tanto, ama a sus Hermanas, a todas. Sus cartas al Cardenal, por ejemplo, no son un amargo desahogo, ni hace recriminaciones injustas, y trata de disculpar siempre lo que podríamos juzgar inexplicable. Nunca falta a la caridad. Es difícil conjugar la caridad con la verdad. Es cosa de santos. Rafaela sabe hacerlo.

V. El tiempo de sufrir

Capítulo 1

LA RENUNCIA

Mi querida M. M. del Carmen: Acabo de recibir su carta y le pongo dos letras para que no tenga tanta pena. Verdaderamente que la Congregación pasa por una prueba de esas que las hay en cada Instituto una vez en la vida; pero hay que tener paciencia y esperar que ya Nuestro Señor le dará el fin, y tener confianza en que todo redundará en gloria suya. Lo que últimamente ha sucedido es esto: que por creerlo en conciencia quien podía hacerlo (ella misma), dio cuenta al Cardenal Protector, el que interrogó al Consejo y el resultado de su respuesta ha sido el aconsejar que inmediatamente me viniera aquí y separarme de gobernar la Congregación por el tiempo que necesite la M. María del Pilar para arreglar la Congregación... Yo doy gracias al Señor y espero se conseguirá la paz en la Congregación y en todas, que es lo que ansío con toda mi alma, aunque me costase a mí la vida...¹

Al comunicar lo ocurrido a su antigua secretaria, Rafaela le dejaba ver mucho de lo que tenía en el corazón. Se daba cuenta de la prueba que sufría la Congregación, pero confiaba en que el Señor iba a ayudarla, ya que Él era el Fundador. Le decía que Pilar iba

¹Cartas, n. 150. Fechada en Roma, el 17-6-1892.

a arreglar las cosas, lo cual era reconocer su fracaso como superiora. Y terminaba con la raíz de todo: la falta de unión. La paz era su esperanza. Lo daba todo con tal de ganar la paz.

Un mes después ya había síntomas de que la solución propuesta no solucionaba las cosas. Quizás porque no atacaba la raíz. En julio, el Cardenal Protector escribía al Padre Vélez, diciéndole que comprendía que se estuviera cansando del asunto y que él no podía darle más poder a Pilar. Proseguía:

“Entretanto, lo que está pasando parece dispuesto por la Providencia para dar la razón a la Madre Rafaela María. Se la acusaba de no poderse entender con las Asistentes y ahora éstas no se pueden entender tampoco con la Madre Pilar. Si no, ésta no insistiría en querer gobernar sin su ayuda. Que Nuestro Señor les abra el corazón a todas y les inspire desprecio de sí mismas, para no destruir una obra de tanta gloria de Dios. Por amor a la verdad debo agregar que de parte de la Madre General (Rafaela) no recibo más que buen ejemplo. Creo que en algunas la fantasía y las pasiones han trabajado demasiado, sin que se dieran cuenta.”²

Mientras tanto, Pilar hacía cambios en el gobierno, sustituyendo a muchas superiores. Todo esto traía más desconcierto y Rafaela se sentía responsable, ya que seguía siendo autoridad última, aunque hubiera delegado el poder. Pero le aconsejaron que dejara las cosas así.

En este tiempo empezaron a sospechar nuevamente de ella, como si temieran que las hermanas la apoyasen. Y la superiora de Roma, que conocía estas preocupaciones de la M. Pilar y Purísima, se dedicó prácticamente a vigilar a Rafaela. Leyendo los testimonios

²Posit. Super Virtu., Summ., pág. 324; cit. por CASTANO, pág. 366.

de esa época, tenemos la sensación de que le tenían miedo. Más tarde reconocerán que no se podía temer nada de ella. Pero quizás Pilar empezaba a comprender que no ocupaba el puesto justo.

En enero de 1893, las Asistentes volvieron a Roma y expusieron al Cardenal su preocupación: temían que Rafaela intentara volver a ser superiora. Ellas se daban cuenta, además, de que la delegación creaba una situación demasiado ambigua. Lo que Rafaela había temido. Ahora no sabían cómo encararlo frente a ella. Pilar le pedía una “sincera manifestación” suya. Y Rafaela le contestaba:

“Respecto de esa manifestación que Ud. dice que salvaría a la Congregación, yo no sé cuál sea. Hasta ahora he hecho cuanto se me ha aconsejado, hasta separarme de la correspondencia con las hermanas, que algo me ha costado. Mi honra también la he dado, ¿qué más puedo dar ya?... Vuelvo a repetir a Ud. que ni con Ud. ni con las Madres tengo nada y que mi vida daría porque entre las cinco hubiera unión de sentimientos, pues puedo asegurarle que este estado es un suplicio para mi alma: el de no podernos entender...”³

También esta vez el Cardenal escuchó con preferencia a las Asistentes y terminó proponiendo a Rafaela tres posibilidades: la renuncia de la M. General y de todas las Asistentes; la renuncia de la M. General en favor de la Madre Pilar o la vuelta de Rafaela al Generalato. Ella eligió someterlo a votación de todas. Y por unanimidad decidieron la primera alternativa. Renuncia de todo el gobierno.

El 3 de marzo firmaron el documento que dieron al Cardenal. Éste tardó unos días en elevarla a la Santa

³Cartas, n. 148.

Sede y la Sagrada Congregación lo aprobó el 27; comunicaron a Rafaela María de esta aprobación el 31 de marzo; era Viernes Santo.

No es casualidad que su Cruz se consumara un Viernes Santo. Es un signo de la Providencia: sentirse confirmada por Él, aceptada por Él, identificada con Jesucristo. Es el tiempo de sufrir y de callar. El tiempo de la máxima entrega. Rafaela lo emprende incluso con entusiasmo. Saborea el amor, sabe la cruz, camina en silencio.

En octubre de 1892 ha hecho ejercicios en los que se dedica a repasar sus relaciones con los demás. Ese lado de la cruz que consiste en perdonar. Dice:

“Cuanto se me diga injusto, oírlo en silencio...”

“Hablar, sólo cuando sea necesario, de quien me oprime y siempre con excesiva caridad.”

“Al encontrarme con esas personas, no darles jamás la menor señal de queja ni de resentimiento...”

“Encomendarlas mucho en mis oraciones y no ver en lo que me han hecho sufrir sino la voluntad santísima de Dios y nada de malicia...”

“No exigir que se me juzgue de las cosas como las veo yo...”

“Debo trabajar con toda mi alma en que la vida de Cristo que vive en mí resplandezca en todas mis obras. Mis sentidos, potencias y afectos de mi corazón no deben obrar más que en Cristo, por Cristo y para Cristo, para hacerme semejante a Cristo.”

“Y no debo contentarme con esto, sino, con discreción y prudencia, atraer a todo el que pueda gustar de Cristo.”⁴

⁴Archivo, cit. por AGUADO, págs. 77-78.

Este es el canto a la caridad de Rafaela María. Ciertamente, todos hacemos propósitos. Pero de ella sabemos que los cumplió. Cuando quisieron proclamarla santa, en el Proceso que se lleva a cabo en Roma, examinando todos sus escritos y los testimonios de la gente que vivió con ella, no se encontró ni una falta de caridad. Un ejemplo: las Hermanas que estuvieron más cerca de ella en los años de su vida oculta dicen:

*“Sufrió con gran resignación y en absoluto silencio las muchas penas que le procuraron las demás, y conmigo, que tanto tiempo estuve a su lado, no se lamentó jamás.”*⁵

*“No favoreció ni pronunció jamás críticas o quejas sobre los mandatos de las superiores que la sucedieron.”*⁶

Capítulo 2

EL MAL SIGUE RONDANDO

Mi querida hermana: Como sé que de cualquier cosa mía promueve el demonio entre Ud. y las Asistentes, temo que haya metido la pata y se están haciendo comentarios y hasta tomando medidas con cartas y escritos por haber yo pedido que me manden las que dejé allá (en Madrid). Yo les suplico no hagan el menor juicio siniestro. Sólo quiero las cartas por ser fiel a las hermanas que me confiaron; pónganse en mi lugar y piensen cómo obrarían en mi mismo caso. Acábense

⁵Archivo: Proc. Apost. Rom., Summ., pág. 59, párr.12; cit. por AGUADO, pág. 82.

⁶Posit. Super Causae Introd., Summ., pág. 99, párr. 231; cit. por AGUADO, pág. 83.

*ya las desconfianzas, ¡pobre de mí!... ¿Qué tienen Uds. que temer ya? ¿Tengo yo honra, tengo yo cariño de nadie, merezco yo la confianza de ninguna de las que me rodean? ¿A qué tantos miedos? Yo puedo asegurarle que la tengo perdonada de corazón.*⁷

Cuando Rafaela fue a Roma, en junio de 1892, había dejado en Madrid sus papeles. Entre ellos, algunos escritos personales y cartas íntimas de otras Hermanas. En el año pasado muchas veces los había pedido y no acababan de mandárselos. También de ese pedido habían sospechado las Asistentes; este reproche suyo es una muestra de lo que estaba pasando.

Tras la renuncia de la fundadora, la Sagrada Congregación de Religiosas dejó el gobierno en manos de Pilar, hasta junio, en que habían de tener el capítulo a fin de elegir nueva Superiora General. También Rafaela intervino en él. Quedó elegida Pilar, el 29 de ese mes. Nuestra santa fue la primera en acercarse a ella, para besarle la mano en señal de obediencia; en seguida la abrazó de corazón. Pilar se conmovió muchísimo y rompió a llorar. Un ratito después, Rafaela se fue a la cocina y le dijo a la Hermana que estaba preparando la comida: *“He recibido una hermosa gracia: ya no soy nada. Mándeme lo que haga falta, que quiero ayudar en lo que pueda para festejarla a la nueva Superiora.”*⁸ Y los testigos afirman que no parecía tensa, sino natural, realmente contenta.

En el tiempo que siguió se fue adaptando, con mucha lucha, a la nueva vida. Lo que le costaba no era no ser Superiora, sino que no la trataran como a una Hermana cualquiera.

⁷Cartas, n. 172

⁸Post. Super Causae Introd., Summ., pág. 263, párr. 732; cit. por CASTANO, pág. 383.

No sabemos bien por qué, nunca le dieron un cargo concreto en la casa. Esto es lo que ella llama, repetidísimas veces, su “inacción”. Estaba todo el día ocupada: limpiaba galerías, ayudaba a lavar y secar los platos, a poner el comedor, a lavar los baños; bordaba mucho y bien, aprovechando todo lo que podía hacer para que la iglesia estuviera más linda y Jesús en la Eucaristía mejor tratado. También regaba el jardín y el diálogo con las plantas seguramente la habrá ayudado a profundizar su diálogo con Dios. Ayudaba en la cocina, en lo que hubiera que coser. Ella buscaba trabajo y vivía en función de los servicios que podía prestar a los demás. Pero nunca ninguna superiora le encargó nada fijo, y ello creaba un vacío alrededor suyo. Fue muy doloroso. Además le daba la impresión de que así era privilegiada, cuando por otro lado la trataban mal y veía a las Hermanas con mucho trabajo...

La desconfianza siguió su curso. Llegó incluso a perseguirla un poco y siguieron sospechando de ella. Se había formado a su alrededor un clima en el que cualquier palabra, o gesto, o acto suyo, era interpretado torcidamente. Situación sin duda dolorosísima en un carácter tan sensible y recto como el suyo.

También quedó aislada. Sola hasta el fondo de la soledad. Hacía su vida de comunidad y era fiel a los encuentros familiares, pero pidieron que no escribiera a las Hermanas, más que en casos especiales, para felicitaciones o pésames. Las Hermanas nunca dejaron de quererla: Rafaela siguió siendo, por lo menos para las más antiguas, la Madre de la Congregación. Además la aislaron de todos los asuntos del Instituto, de los que ya no se enteraba.

Llegaron a hacer correr la noticia falsa de que estaba loca. Y ella se enteró. ¿Puede acaso haber dolor más grande? En el Proceso en Roma, antes de declararla santa, se examinó muchísimo este punto. En realidad, tuvo motivos para volverse loca. Es otra prueba de su santidad: no perdió la cabeza, no se amargó. Lo logró, es claro, con la gracia de Dios; en parte, porque tenía muy buena salud. Tampoco se enfermó físicamente. Al pedir a las superiores en diversas cartas que le dieran un trabajo, insiste en esta buena salud. Por ejemplo: *“Mi salud, buena: ágil como de 15 años me encuentro. ¿Sabe Ud. cómo me curo las poquitas molestias que naturalmente me vienen? Trabajando y no haciendo caso de mí. La Madre Asistente se ríe, pero ya está convencida”*⁹

De su salud psíquica también se pudo comprobar que era extraordinaria. Cuando en el proceso se trató este asunto, no se encontró un solo dato o testimonio concreto que diera a entender que estaba desequilibrada. También aquí vemos el resultado de un largo proceso de armonización interior de todas sus facultades, centradas hacia arriba por el diálogo abierto con Dios. Diálogo que fue impregnando su afectividad hasta que ésta llegó a hallarse, en algún sentido, connaturalizada con su fe.

En 1894 tuvieron que revisar otra vez las Constituciones de la Congregación, para que fueran aprobadas definitivamente por el Papa. Rafaela no pudo tomar parte activa en su redacción. Tampoco Pilar puso mucho de sí misma en ellas, directamente, sino la M. Purísima, que poco a poco iba abarcando un espacio mayor en las decisiones y marcando la Congregación con su espíritu peculiar.

⁹Cartas, n. 175.

Mientras tanto, Pilar, en carta a Purísima, empezaba a reconocer el daño que había hecho; escribía entonces: “Mi conciencia no puede admitir el generalato vitalicio.”¹⁰ Poco después, seguía diciendo:

*“Yo creo, Purísima, que estoy pagando el haberme portado así de mal con esa mártir que está allí. Porque aunque tuviera razón, no la he tratado como debía; y esto me amarga tanto que no sé qué haría por remediarlo lo antes posible...”*¹¹

Unos meses después fue a Roma y desde allí escribía:

*“He encontrado a Rafaela María hecha una santa. En sus condiciones es un milagro que no haya hecho despropósitos. Desde que la he escuchado, no hago más que bendecir al Señor. ¡Cuánto ha sufrido! Y no sin motivo. Dice, y me aseguran que es verdad, que la vigilancia y las cautelas tenidas con ella, tanto en el hablar como en el cerrar con llave, han sido excesivas. A mí me ha confesado que no podía más y que le ha costado toda clase de tentaciones. La compadezco desde el fondo del alma. Pero no crea que habla resentida. Por cierto que ha tenido que luchar, y sólo una virtud sólida y sencilla como la suya alcanza a soportar tanta tribulación.”*¹²

¡Qué líos puede armar el diablo cuando se le abre la puerta! ¡Y qué milagro del Amor de Dios que la Congregación no se haya hundido! La vida de la Congregación, viva a pesar de todo, es una prueba viviente de cuánto la quiere Dios y de la influencia que pueden llegar a tener los santos, más grande que la de cualquier mal. Rafaela sigue adelante, firme, sencilla, confiada, sacudida por el dolor, pero no partida. Ella no lucha contra el dolor; propiamente hablando, tampoco lo ama; lo aguenta de pie, como la Virgen, porque lo acoge,

¹⁰Nova Posit. Sup. Virt., Summ., Addit., pág. 28; cit. por CASTANO, pág. 392.

¹¹Ibid.; cit. por CASTANO, pág. 393.

¹²Posit. Super Virt., Summ., pág. 148, párr. 365; cit. por CASTANO, pág. 393.



*Vivía en función de los servicios
que podía prestar... (página 166)*

como otro recipiente de la gracia. Por eso el dolor, en vez de deshacerla, la salva. Dice: *¿Quién, contemplando los dolores de Jesús, no se entrega a sufrir, si es preciso, el martirio?*”

Ella tiene la femenina y cristiana virtud de convertirlo todo en Vida. En ella triunfa siempre la vida: Rafaela también es madre.

Grandes son sus preocupaciones: ella ve cómo se desarrollan los sucesos y comienza a conocer el sufrimiento nuevo de Pilar. Se preocupa también de que no le den un cargo, un trabajo, pero recibe una respuesta:

*“Con mucha aflicción en la adoración exponía a Nuestro Señor ciertos temores respecto a la Congregación, y me dio suma confianza, como sabe darla a veces. Y se me mostró, para poderme dar a entender, amparándola bajo su manto. Veía a toda la Congregación como colgada de sus ojos, y parecía decirme: Este es tu oficio, orar sin cesar y sin apartar la vista de Mí; de esto depende todo su bien.”*¹³

Esto es lo que ocupó tanto a Rafaela en los treinta y dos años que le quedaban de vida. Orar y amar. De allí surge la vida de la Congregación. Una vida que -amada por Dios- nada ni nadie le podrá quitar.

¹³Cartas, n. 169.

Capítulo 3

LA CONGREGACIÓN QUE DUELE Y QUE CRECE

En la inacción consiste mi suplicio más grande, Dios me quiere santa; y yo no puedo dejar de serlo sin oponerme a su voluntad. Si llego a ser santa, hago más por la Congregación, las Hermanas y el prójimo que si me ocupara en las obras de más brillo.¹⁴

Aunque Rafaela tuvo que dejar de ser Superiora de la Congregación, nunca dejó de ser su madre. Ella seguía interesándose por todo y -como siempre- quería muchísimo a todas las Hermanas; ese interés, el trabajo cotidiano y humilde, y la oración perseverante eran las formas de su cariño.

El Instituto crecía. En esos años de gobierno de la M. Pilar, siguieron fundándose comunidades de Esclavas que, centradas completamente en la Eucaristía, se abrían también en un activo apostolado, sobre todo con los más necesitados. Rafaela se alegró muchísimo al ver que en 1895 llegaban a Sevilla, en 1897 a Valladolid, en 1899 a Salamanca, donde se trasladaba el colegio de La Coruña; a Burgos en 1900 y a Azpeitia en 1901.

En 1895, la M. Pilar fue a Roma y permaneció en la ciudad casi todo el año. Este tiempo fue acercando más a las hermanas. Pilar, que empezaba a sentir en carne propia algo de lo que había sufrido Rafaela, volvió a sentirse atraída por su humilde cariño. El Cardenal Mazzella le sugirió que Rafaela hiciera un viaje de devoción a Loreto que celebraba entonces el sexto cen-

¹⁴Apuntes, ejercicios de 1898, n. 38; cit. por CASTANO, pág. 399.

tenario de la aparición de la Virgen. Pilar se alegró de poder dar este regalo a su hermana.

A partir de aquel año, las diferencias de opinión de Pilar y de Purísima fueron acentuándose. Los papeles habían cambiado. El 12 de junio de ese 1895, Pilar le escribía, describiéndole lo que a su juicio podía arreglar los problemas ya arraigados en el gobierno:

“Dígame, Purísima, ¿qué vamos a lograr reuniéndonos, que sin embargo es tan urgente, si primero no hemos aprendido a vencernos a nosotras mismas? Ardua empresa que a mi parecer es lo que ha hecho a los santos que veneramos en los altares, o que todavía viven en el mundo, debiendo comportarnos como si no tuviéramos pasiones.”¹⁵

Más adelante, refería los propósitos adoptados ese año en el retiro, en los cuales seguramente le ayudó el contacto de esos meses con su hermana, que vivía humilde y alegremente su vida oculta:

“Desear y pedir constantemente al Señor el poderme conducir como si no tuviera pasiones. Tener mucha paciencia. Estudiarme, para alcanzar una conducta más caritativa, más simple y más limitada a mi deber, sin pretender juzgar las obras de otras.”¹⁶

Rafaela lo intuía; desde entonces, pues, las dos hermanas empezaron poco a poco a hacerse amigas, con una comprensión mutua que en otros momentos no habían logrado alcanzar.

En estos años también, Rafaela padecía otro sufrimiento: en la casa de Roma, la vida que se llevaba no era la típica de las Esclavas: las Hermanas pasaban sus

¹⁵Carta del 12-6-1895; cit. por CASTANO, pág. 402.

¹⁶Ibid.

días allí en un marcado espíritu de clausura muy poco apostólico. El espíritu maternal de Rafaela volvió a jugarse ante esta circunstancia. Nuestra santa, además de sufrir y rezar mucho, remitió a su hermana una serie de cartas confidenciales, a fin de confiarle sus temores. También escribió a la M. Purísima.

“Quisiera yo, Madre, que estimulara Ud. a esta casa cuando escribe, a que se estudie y perfeccione bien el italiano... No hay fuerzas que esto entre. Yo ya no digo hace mucho tiempo palabra; primero, porque no se hacía caso y además se disgustaban, la Madre Superiora la primera... Infunda Ud. mucho en las novicias el espíritu de universalidad...; es preciso hacerse todas a todas las naciones.”¹⁷

Para Rafaela, aprender el idioma era el primer signo de que las Hermanas se abrían a la gente con la que convivían. Ella lo aprendió muy pronto, y aun en sus cartas en castellano -como podrá advertirse en alguno de los textos trascritos- mezcla palabras y giros italianos, como quien está acostumbrado a usar cotidianamente la lengua de adopción. Aquella comunidad, en la óptica de Rafaela, vivía como si las Esclavas fueran monjas de clausura, sin importarles compartir la vida con la gente que la rodeaba ni establecer fundaciones nuevas o emprender un apostolado entusiasta:

“Por aquí al Instituto era preciso comenzar a darle vida. Ud. sabe cuáles han sido mis ansias porque se funde en Florencia. He visto más de una vez las puertas abiertas, y muy abiertas, y con grandísimo dolor he visto que no se ha hecho ningún caso. Más yo creía que ya era muerta para el Instituto, y sólo he hecho sufrir muchísimo, y rogar... Le confieso que mi conciencia no me deja, espe-

¹⁷Carta a la M. Purísima, 2-12-1899.

cialmente desde hace dos años. Y no puedo hacer otra cosa que rogar de corazón porque por aquí se empezase a hacer algo, y a la Congregación darle vida.”¹⁸

“Me gustan mucho las fundaciones porque es el medio, además, de que haya vocaciones. Ojalá que aquí se rompiera el dique, que así tan paradas da pena. Ni vocaciones. Y aún tantas como ya hay, y tan útiles, da lástima que no estén por ahí dando gloria a Dios, trabajando muchísimo, que es lo propio de la juventud y lo que ellas todas desean.”¹⁹

“A mí me parece que ni el noviciado ni el Instituto cobran aquí vida, en Italia, si no se le da a las cosas otro giro. Yo creo que, en vez de tratar de comprar casa, lo que se debía era tratar de hacer fundaciones. Trabajar el campo como ahí comenzamos...”²⁰

Lo más grave para ella no es que la superiora de Roma no fuera buena superiora, sino que se le estuviera cambiando el espíritu a la Congregación. De ella le dice Rafaela: “Hace alarde en terneros como capuchinas, ¡como si ése fuera nuestro espíritu!”²¹

Y le comenta que la superiora no quiere que tengan trato con la gente o manifiesten interés en ir al Vaticano, ni siquiera para ganar las indulgencias del jubileo del Año Santo.

Rafaela sufre, calla, reza..., ama. Rafaela se convierte en una prueba elocuente de la influencia que pueden llegar a ejercer los santos: la Congregación -tan castigada y sacudida internamente- no sólo no murió, sino que creció y crece, volviendo siempre al espíritu querido por Dios a través de sus fundadoras. Los santos remueven los restos del pecado humano para que el

¹⁸Carta a la M. Purísima, *ibid.*; cit. por YAÑEZ, pág., 366.

¹⁹Carta a Pilar, set. de 1897; cit. por YAÑEZ, pág. 366.

²⁰Carta a Pilar, 18-9-1898; cit. por YAÑEZ, págs. 366-367.

²¹Carta a Pilar, febrero-marzo de 1898; cit. por YAÑEZ, pág. 367

amor de Dios pueda derramarse sobre los hombres o sus obras, sin límites.

Rafaela siente en carne propia y en su corazón el dolor de no poder dedicarse a evangelizar. Está contenta porque se conforma con la voluntad de Dios en su caso, que es extraordinario; pero no le basta, humanamente, dedicarse a las tareas domésticas y rezar a Jesús en la Eucaristía. Ella desea, con toda su alma, el apostolado. Y escribe en estos años una página que nos resulta hermosa sin dejar de ser estremecedora:

*“Es la inclinación de mi corazón, me la ha dado Dios. ¿Cómo la puedo yo arrancar de mí? Llevaré con paciencia la vida que llevo, hasta la muerte, como se lleva una enfermedad. Pero sentir en mí ansias de trabajar por la gloria de Dios, esto no está en mi mano borrarlo de mi alma, porque Dios nuestro Señor es el que me escogió para esta clase de vida mixta, no yo. La Madre Patrocinio parece querer llevarme por sola vida contemplativa. Pues yo les aseguro que hacen con mi alma lo que hicieron con mi cara si me la quisieran poner mirando hacia atrás.”*²²

²²Autógrafo, nov. de 1900; cit. por YAÑEZ, pág. 419.

Capítulo 4

FUNDADORAS - CIMIENTOS

Mi querida hermana (Pilar): Se acaba de recibir el telegrama (de la muerte de una Hermana). No me ha sorprendido, lo esperaba... Nuestro Señor quiere despojarla a Ud. de todos sus quereres, aún de los más santos, vengo observando hace tiempo... espiritualizarla a fuerza de penas para hacerla entrar de lleno en la vía de la pobreza espiritual... Eso de la M. Purísima pertenece también a esta acción de Dios, pues de instrumentos finos se ha de valer. Yo ya hace mucho tiempo que ruego para Ud. fortaleza muy grande, porque vengo viendo que le llegó la hora... Debe Ud. hacer lo que le parezca mejor y después abrazarse con su cruz sin amargura, como Ud. hace, viéndolo todo como mandado por Dios que tanto nos quiere. Yo de lo que Ud. me dice no digo a nadie palabra, ni de lo que yo le digo a Ud.... No creo conviene que vean que tiene Ud. conmigo confianzas.²³

Cuando le llegó su hora, Rafaela, como Jesús, estuvo sola. A Pilar también le iba llegando la hora. Rafaela estaba detrás, viéndola venir, iluminándole el momento, ayudándole a ver que aquella sombra formaba parte de la historia del cariño de Dios hacia ellas. Cuando llegó su hora Pilar no estuvo sola.

Para esa fecha, la Sagrada Congregación ya conocía los nuevos -o no tan nuevos- problemas en el gobierno de las Esclavas. La misma Rafaela decía a Pilar que había estado con el nuevo Cardenal Protector y que le había recomendado rezar por la “unión entre la Congregación”.²⁴

²³Cartas, n. 206. Fechada en Roma, el 15-6-1901.

²⁴Cartas, n. 206.

Todo esto había sacudido a Pilar, conmoviendo las raíces de su corazón. Había comprendido todo lo hecho y ahora tenía fuerzas para reparar el dolor y la injusticia cometida contra Rafaela. En un gesto digno de su grandeza de alma y de la generosidad de su carácter le escribía el 10 de mayo de 1902:

*“Mi querida hermana: Ya hace un tiempo que Dios me ha concedido ver lo injusta que fui con Ud. al no examinar bien las acusaciones que se hicieron contra Ud. Esto es, que Ud. sola había ocasionado los gastos del Instituto... Reconociendo lo contrario y penetrada del más profundo sentimiento, de rodillas, y por amor al Sagrado Corazón de Jesús, le suplico que me perdone...”*²⁵

Y Rafaela le contestaba:

*“Respecto a mí, no remueva, ni aun de palabra ni menos de hechos, nada para devolverme lo que Ud. cree que me ha quitado: todo esto debe Ud. dejarlo en un perpetuo olvido, por lo menos por ahora. Primero porque es necesario. Segundo, porque perjudicaría a la Congregación, que no está más que para sostenerla como a un enfermo muy grave, con muchísima paciencia y fortaleza. Mucho menos respecto a esta cosa conmigo, que están las Superiores como con Ud. las Asistentes. Sin malicia, permitiéndolo Ntro. Señor.”*²⁶

Con esta limpieza sin igual, Rafaela saldaba sus cuentas. Además, le pedía a su hermana que cediera. Pero los acontecimientos volvían a ser indetenibles. Intervino la Sagrada Congregación y Pilar tuvo que alejarse del gobierno, el 7 de mayo de 1903. El día 13, Pilar escribía al Cardenal Protector que estaba contenta, porque el cargo le había costado mucho. Rafaela se enteró ese mismo día y le costó muchísimo admitirlo esta vez fue Pilar la que tuvo que consolarla. Pocos días después, las dos hermanas se despedían, para no verse ya en esta tierra.

²⁵Cuaderno V, pág. 23; cit. por CASTANO, pág. 364.

²⁶Cartas, n. 214

Pilar salió de Roma calladamente a Valladolid. Donde viviría hasta su muerte. En los trece años que quedaban, se escribieron con cierta frecuencia, en una amistad nueva que les ayudó a sufrir sin amargura su situación de fundadoras-cimientos. Rafaela le escribía poco después:

“Todo lo que está Ud. sufriendo lo comprendo yo muy bien y todos los días o casi todos hago el Vía Crucis para que él mismo la sostenga y fortalezca en tan grandísima prueba y le dé paciencia... Es grandísima, pero pensando en el Señor, en su Madre, se toma como aliento... Yo, si fuera Ud., me desentendía por completo de todo lo que pertenece a la Congregación..., le hacía este acto de abandono al Corazón de Jesús... Haga Ud. lo posible por descansar en la divina Providencia, que más suya es esta obra que de Ud. ... Mire atrás y vea las misericordias de Dios sobre nosotras, pero siempre que nos sometíamos a sus disposiciones humildemente y dejábamos a su Providencia el obrar... Ahora, robustecer su alma, que es lo que hoy debe Ud. hacer con toda su fuerza, porque está sitiada como La Habana por los Yanquis... Y buscar todo su remedio en Jesucristo crucificado, imitándolo, que allí es donde le está unida siempre su hermana que no la olvida.”²⁷

Allí pueden encontrarse ahora Pilar y Rafaela. Y ésta, la hermana más chica, puede enseñarle la sabiduría más dulce y más difícil: la sabiduría de la cruz.

Fueron las Fundadoras, cuando en Pedro Abad se preparaban, cuando salían del pueblo tratando de escuchar a Dios, cuando obedecían a sus superiores, cuando se iban de Córdoba buscando un espacio donde poder desplegar la voz que ya habían escuchado de parte de Dios... Nunca quisieron serlo, pero entonces -sin buscarlo- iban formando la Congregación, la iban fundando.

Pero nunca fueron tan fundadoras como ahora. Nunca

²⁷Cartas, n. 220.

fueron tan madres como ahora. La más grande, la más madre, es la menor, Rafaela. Pilar la sigue, la escucha, se siente identificada con ella. Ellas sufren y dan vida; callan y dan vida; rezan y aseguran el futuro de la Congregación; se entregan y dan vida. Ellas son los cimientos. Cuanto más sufrido el amor, cuanto más padecido el amor, cuanto más vivido el amor, cuanto más perseverado el amor, más profundos los cimientos, más segura la casa, más robusto el hijo. La Congregación vive, no sólo no ha muerto, sino que ha crecido, se ha saneado con los años: porque el amor de Dios encontró dos corazones, dos mujeres-corazón: un enorme corazón pobre y un corazón arrepentido, dos corazones-cimientos que, rechazados por los constructores en su momento, constituyen la base del edificio. La vida germina y florece, de lo oscuro hacia la luz y hacia el sol.

Capítulo 5

LOS AÑOS MÁS DUROS

Debo preparar mi corazón a padecer: esto parece que va a ser mi camino... Más que a padecer, a esta vida como ociosa... Yo no he de querer, ni parecerme bien, más que esto que permite y quiere mi Dios... Formar mi historia en la sola mente de Dios, por mis grandes obras ocultas.²⁸

Los ejercicios espirituales de 1905 compendian muchos de los sentimientos más profundos de Rafaela en es-

²⁸Apuntes espirituales, 1905; cit. por ROIG, pág. 317 y AGUADO, pág. 164.

tos años. Ahora su dolor se había duplicado, sumando el de Pilar. Los años 1904 y 1905 fueron muy duros. Otra vez sentía que su vida estaba vacía por la falta de acción y tenía tentaciones de protestar y rebelarse por esta pasividad. A pesar de esos sufrimientos también se entregaba: *“El Señor me quiere como a la niña de sus ojos, Él verá lo que hace de mí, yo en Él confío.”*²⁹

En medio de tanto dolor, quiso confiarse a sus superiores, pero no la comprendieron y lo tomaron a mal. Su consuelo fue su confianza sobrenatural: todo tenía un sentido.

Al año siguiente se celebró el Capítulo General; éste tenía que elegir superiora de la Congregación. Fue dolorosísimo este acontecimiento. Por un lado, Rafaela supo que iban a proponer que el de la Superiora General fuera cargo vitalicio. Era deseo de la M. Purísima, que ella no compartía. Rafaela fue fiel a su conciencia, fue clara y fuerte, y votó en contra. La única que votó en contra en un ambiente que no era favorable a su modo de considerar este tema.

El Capítulo eligió General a la M. Purísima. Rafaela María reconoció al instante a su superiora. En el corazón tenía un peso más: la ausencia de Pilar, a la que habían negado participación en el capítulo. Por si fuera poco, nuestra santa supo que, antes de las votaciones, se había corrido la voz, otra vez, de que ella no estaba bien de la cabeza. Este fue otro dolor tremendo.

En los meses siguientes de aquel mismo año, Rafaela pudo hacer un viaje a España. También entonces la vigilaron, aunque esto no le impidió disfrutar muchísimo; las Hermanas la recibieron -como era habitual- con una enorme alegría. Estuvo en las comunidades de Cataluña y Zaragoza, luego en Madrid y en Andalucía. Cuando es-

²⁸Apuntes espirituales, 1905; cit. por ROIG, pág. 317 y AGUADO, pág. 164.

peraba ya con toda su alma el viaje a Valladolid, para dar a su hermana el abrazo más deseado, le comunicaron que tenía que volver a Roma inmediatamente. Aunque parezca increíble, seguían teniendo miedo de ellas. ¿Qué podían temer? Todo el mundo veía en ellas sólo sencillez, humildad, cariño. Las Esclavas recibían a Rafaela en todas partes con muchísimo entusiasmo. Leamos algunos testimonios:

“¿Qué podemos decir de los no comunes ejemplos que nos dio en estos días como nos los daba antes? Era siempre la primera en obedecer; sencilla y humilde como una novicia, no quería que le tuvieran deferencias especiales... La hemos visto lavar, acusarse un día de haber llegado un poco tarde a la adoración... Es realmente una santa...”³⁰

“La Madre Rafaela María nos ha dejado hermosos ejemplos..., sobre todo de humildad, de amor al trabajo, de pobreza y de un espíritu tan alegre que estamos todas consoladas y animadas.”³¹

Son muchos los testimonios que hablan de la gran alegría de Rafaela. Realmente, las Hermanas no la habían olvidado y su presencia ejercía una gran influencia en todas. Tanto era el entusiasmo que despertaba, que una Hermana le pidió un autógrafo. Santa Rafaela no le hizo caso y le dijo:

-¡Qué ideas tiene!

Como la Hermana insistía, Rafaela tomó la lapicera y le escribió: *“Jesús, manso y humilde de corazón, haz mi corazón parecido al tuyo”*.³¹

En los últimos días del viaje, estando a punto de volver, le decía a una Hermana de Madrid:

-No sabes, María, las ganas que tengo de volverme a mi rinconcito... En mi rinconcito me quiere el Señor...

³⁰Nova Posit. Super Virtut., Summ., Addit., pág. 42, n. 3; cit. por CASTANO, pág. 417.

³¹Ibid, pág. 45, n. 7; cit. por CASTANO, pág. 419

En este viaje, Rafaela advirtió que en algunos actos exteriores, en algunos edificios, se demostraba cierta ostentación que a ella, tan amante de la sencillez y la pobreza, sinceramente le disgustaban. La inquietaba también que el gobierno fuera vitalicio. Quiso hablar de esto con el Cardenal, pero -en varias ocasiones- nadie pasó sus comunicaciones.

En 1908, Rafaela, que todavía tenía a su nombre los bienes recibidos de su familia, quiso renunciar completamente a ocuparse de ellos. Aunque siempre los había usufructuado la Congregación, y nunca Rafaela para sí misma, ella deseaba ahora renunciar totalmente, mediante la cesión formal de los mismos. Consultó sobre el tema a Pilar, ayudándola a hacer así más auténtica su pobreza. A pesar de que la forma de cesión concreta que le propusieron no podía parecerle la mejor, Rafaela ya estaba realmente libre como el viento, disponible como el agua. Esta pobreza era otro signo de la totalidad de su amor.

A Pilar había de costarle más esta cesión de los bienes (que por cierto nunca habían usado para ellas mismas). Rafaela es otra vez su profeta, su luz, su hermana santa, que le ayuda a encontrar el camino de Dios. Y le escribe:

*“Ud. y yo debemos ser las más generosas, las más desprendidas, y las primeras en cooperar a todo lo que redunde en bien del Instituto y ayudar en todo lo que podamos a su honor y a su consolidación... Y ahora con mucho más mérito que antes, porque lo hacemos desnudas de todo interés natural, sólo por amor puro de Dios... **Hagámonos santas**, y nadie hará más por el Instituto que nosotras.”*³²

³²Archivo, carta 1, carta a Pilar, 16-6-1908.

Ese mismo año, pocas semanas después, Rafaela descubre el nombre de la verdad que ya hace años viene alimentando su vida y su amor de madre por la Congregación. Se lo cuenta entonces a Pilar, para animarla, para profundizar su amor y su entrega compartidos; ambas son los **cimientos**, como lo veíamos en el capítulo anterior:

*“Nosotras estamos obligadas a esto como primeras del Instituto, los cimientos, que ni se ven, y, si se vieran, ¡qué feos! Piedras hechas pedazos y apisonadas, y no obstante son los que sostienen el edificio, y cuanto éste más hermoso, los cimientos más hondos...”*³³

Pero estos cimientos, lo sabe Rafaela, son fecundos porque reciben la vida de Dios. Ella acoge realmente en cada momento de su vida la Gracia de Dios, regalada en la Eucaristía. Todos estos años, lo ha aprendido todo de Jesús en el Pan. Por eso, además de sentirse en su casa, Rafaela se siente en un Templo. Y ella, sacerdote, la que ofrece. De ahí nace su vida fecunda:

*“Debo tener presente en todas mis acciones que estoy en este mundo como en un gran templo y que yo, como sacerdote de él, debo ofrecerle continuo sacrificio...”*³⁴

A pesar de tanto sufrimiento, a pesar de tantas cosas incompatibles e injustas -o a través de todo ello-, los acontecimientos y las personas se van ubicando en su alma, adquieren una hermosa armonía, se convierten en lugar de encuentro de todos con nuestro Dios; son, todos, un Templo. Y Rafaela tiene su puesto. Como Jesús es Eucaristía, Misa, Sacrificio de amor, entrega y obediencia al Padre, pan del pueblo caminante, ella puede ser sacerdote; Rafaela María puede traer las cosas a su lugar junto a Dios. Así como ella siempre

³³Archivo, carta 1, carta a Pilar, 5-7-1908; cit. por AGUADO, pág. 90.

³⁴Archivo, carta 4, apuntes, esp., 1905; cit. por AGUADO, pág. 91.

tuvo ojo seguro para descubrir la huella de Dios, aun en los momentos más desconcertantes, así también ahora tiene vista penetrante para encontrarle a todas las cosas la relación con Dios, para encontrarle a toda la tensión hacia el Infinito. A partir de aquí Rafaela se sentirá cada vez menos inactiva, pasiva. Tiene mucho que hacer.

Capítulo 6

LAS AGUAS SE REMANSAN

“Lo que deseo y pido a Dios para mí, lo pido y deseo también para ti; porque de las dos hago una sola.”³⁵

En todo este tiempo de sufrimientos, nunca se la vio lamentándose, ni triste ni rebelde. Se la encontraba silenciosa y tranquila, sonriente. Las aguas se iban remansando.

Todavía quedaba en aquel 1911 un trago difícil. Tenía que reunirse otro capítulo; éste elegiría Superiora General vitalicia. Rafaela, otra vez, fue valiente y escribió al Cardenal sugiriéndole que tal vez sería justo que se nombrara a Pilar; ella -al menos- consideraba que la que más había hecho por la Congregación era precisamente su hermana. Después le sugirieron que no participara en la reunión; entonces renunció. Rafaela fue a Bolonia, donde se quedó unos meses. Al fin, fue elegida la M. Purísima.

³⁵Archivo; cit. por CASTANO, pág. 434. Carta de Pilar a Rafaela, del mes de junio de 1911.

Estos años también le trajeron la alegría de ver el crecimiento del Instituto. Se abrieron comunidades -entre 1906 y 1915- en Alcoy, Gandía, Barcelona, Sabadell, Salamanca, Oviedo y Valencia, todas en España. En 1910 se fundó en Londres, y en 1911 en Buenos Aires y Hertford (Inglaterra). Es emocionante comprobar cómo vibró Rafaela con estas fundaciones, sobre todo las que abrían el Instituto a otros países. Llegó a tener incluso rasgos de poeta. Seguía todos los acontecimientos de la Congregación con tanto interés y cariño por la evangelización, que se dedicó a aprender inglés, para “acompañar” a las Hermanas que iban a Londres. Era su modo de ir ella misma. Así, le contaba a su sobrina:

*“No sé si sabrás que también tenemos dos casas en Inglaterra... Para que te rías: intenté de aprender el inglés, pero qué difícil es... Pero era preciso aplicarse. Pide que se me abra el entendimiento, que tú bien lo conoces, que lo has estudiado...”*³⁶

También cuando se fundó la casa de Buenos Aires -donde llegaron las Hermanas el 25 de mayo de 1911- tuvo Rafaela un recuerdo especial. Poco después le escribía a la hermana Rosa, que había venido a Buenos Aires:

*“Me alegro que no se haya mareado, así habrá podido ir siempre alabando a Dios con la grandeza que tenía delante, porque la inmensidad del mar eleva el alma y se bendice sin darse cuenta la grandeza del que lo creó. ¿Verdad que se dilata el espíritu cuando se ven cosas nuevas y grandes? ¿Quién le iba a decir a la H. Rosa cuando andaba con los burritos que se iba a ver en medio de esos mares y dando gloria al Señor en el nuevo mundo, y monja?”*³⁷

Rafaela tenía realmente un corazón anchuroso como el mar..., parecido al de Dios.

³⁶Cartas, n. 260.

³⁷Cartas, n. 257.

También gozó con el traslado del gobierno general a Roma, donde ella lo quería, cerca del Papa; sentía que así las Esclavas eran más de la Iglesia. Era dichosa al enterarse de que entre las Hermanas había entusiasmo, alegría, entrega...: un espíritu que ella había deseado para la Congregación toda su vida. Los problemas en el gobierno no habían dañado la base.

Rafaela no había perdido nunca la paz, aunque había sufrido tanto. Sin embargo, en estos años todo su ser se pacifica más y más. Tanto se ha arrimado al Corazón de Cristo, que ya casi no oye los latidos del propio corazón. Y la paz inunda todos los huecos de su alma. Ella no nos llama ya la atención; no nos parece orgullo escucharle decir, en los ejercicios de 1914:

“No encuentro sombras en mi alma: está preparada a lo que Dios quiera de ella... Dios me quiere muchísimo, y con especial predilección, y quiere que lo conozca siempre más, para que aumente en el amor y la confianza en Él. Quiere que entre Él y yo haya el amor de esposo a esposa.”³⁸

Este amor se afirmó hasta formar una hermosa familia con muchos, muchos hijos. Hijos en Europa, en Asia, en los Estados Unidos, en Latinoamérica, en África. Es un amor por el que valen la pena todos los trabajos que haya que pasar: es un matrimonio con Dios que da la alegría más grande, hermosa y fecunda que puede haber en el mundo. Así -justa, digna, necesariamente-, los últimos apuntes que conservamos de Rafaela hablan de la gente, no de ella misma:

“Todo para mayor gloria de Dios, y bien de las almas, y conversión de los pobres pecadores, de quien he de ser lo más solícita que pueda por su salvación.”

³⁸Apuntes, n. 61; cit. por CASTANO, pág. 435.

VI. El tiempo de apaciguar

Capítulo 1

UNA SANTA ENCANTADORA

Lo que llamaba la atención en ella era su modestia, juntamente con una gracia extraordinaria. Tenía el semblante siempre sonriente..., sus ojos atraían y parecía que penetraban, y el conjunto de su persona, yo no sé explicar el por qué, pero viéndola se sentía una inclinada a la virtud.¹

No hubiera pensado que sufría tanto, porque lo llevaba todo con tanta alegría y naturalidad que no parecía que la contrariara.²

Estos son testimonios de Hermanas que convivieron con ella en Roma, en estos años; seguramente el secreto de esta capacidad de sonreír y ser feliz residía en sus horas de oración ante la Eucaristía. Su enorme deseo de “poner a Cristo a la adoración de los pueblos” había nacido de una experiencia personal, crecida en aquella primera comunidad de Esclavas: adorar así a Jesús y unirse a Él en la misa brinda una paz y una alegría que pueden superar todos los obstáculos del camino, y una luz que nos indica por dónde ir.

¹Proc. Ap. Cord. test. 21; int. 45; cit. por ROIG, pág. 338.

²Proc. Rog. Cord. test. 5; int. 45; cit. por ROIG, pág. 344.

Los testigos dicen que la veían muchas horas adorando a Cristo, inmóvil, de rodillas, con los ojos y el alma acaparados por la Eucaristía. No todo el día, porque trabajaba mucho, pero de paso siempre encontraba un ratito para “ir a saludar”: a pedir, a recordar, a dar gracias, a estar...

Tenía siempre presente que su oración era como un **oficio**, una **profesión**, un **regalo** al servicio de otros. Allí gozaba; pero no iba para gozar, sino para servir. Consciente de que el mundo, los hombres, la Congregación, necesitaban de su oración. Consciente de que allí los deseos se volvían eficaces.

Participaba en todo lo comunitario. No quiso eximirse de lo que pudiera unirla a sus hermanas ni cuando estuvo enferma. Encontraba siempre las ocasiones para descubrir las necesidades de los demás, para cubrirlas. Nunca se negaba, siempre disponible a cuanto favor pudieran pedirle.

Le encantaba la pobreza. Pasaba horas en su cuartito, bordando para la iglesia. Este trabajo constante era para ella una forma de pobreza. Se comparaba a los obreros; decía: *“Si ellos son pobres por nacimiento, yo lo soy por haberlo jurado al Señor.”*³ Tenía poquísimas cosas, y todo muy usado, muy gastado, sin que sonara a avaricia, porque era siempre generosa con los demás. Daba todo lo que podía.

Desde luego, sus virtudes preferidas fueron la humildad y la caridad. De la humildad, además de leerse en los ojos, en los gestos, en la sonrisa, dio pruebas evidentes y palpables durante toda su vida. En estos años romanos llegaron a veces a corregirla en público. Ella callaba y no se amargaba. Seguía.

³Posit. Super Virt., Summ., pág. 344; cit. por CASTANO, pág. 446.

Se sentía demasiado pobre como para pensar que con su deshonra se acababan los caminos o los motivos para vivir. Siempre quedaban posibilidades por delante.

De su caridad hay testimonios preciosos, de los que ya hemos visto algunos. Alguien que la trató mucho, dijo en el Proceso:

“Jamás he sentido de su boca una palabra de rencor hacia nadie. De esto deduzco (ahora que sé que la Madre Purísima la hizo sufrir) que tenía una caridad verdaderamente grande, pues siempre la vi amable y sonriente con la misma Madre Purísima, como si fuese una hermana carnal.”⁴

“Se interesaba por todo lo que podía ser útil a sus hermanas, por sus necesidades y por sus familiares... Cuando estaba trabajando, siempre tomaba para sí la parte más penosa, para ayudar a las demás. De toda su vida se deduce hasta qué punto ha sabido perdonar a aquellas que, de una manera u otra, le han infligido alguna ofensa.”⁵

Este afecto extraordinario era posible porque se había amasado en la cruz. Jesucristo en la Cruz y en la Eucaristía había sido un maestro insustituible; y Rafaela María una muy buena alumna.

Estas cosas, que ocupan unas pocas páginas de nuestro libro, ocuparon muchos días, horas, meses, años de aquella vida, que nos parece demasiado simple, demasiado monótona. Pero lo más importante es siempre sencillo. Tuvo que ser maravilloso asistir a este despliegue cotidiano de santidad y con todo, la mayor influencia de Rafaela no fue la de entonces; es la de

⁴Ibid, pág. 153; párr. 379; cit. por AGUADO, pág. 83.

⁵ROIG, pág. 338.

ahora, la que desborda tiempos y espacios.

Rafaela hacía vida lo que había escrito en las Constituciones. “*El espíritu de la Congregación es obediente y humilde, caritativo y pacífico.*” Estos diez últimos años fueron así, apaciguados; así, pacificadores; así, llenos. Ella había dicho: “*Hasta la vida daría por la paz entre nosotros.*” Y la había dado. Había paz, había vida.

Capítulo 2

EL ÚLTIMO GRAN DOLOR

LOS ÚLTIMOS AÑOS

Dichosa ella, que ya goza de Dios.

A sí reaccionó Rafaela cuando se enteró de la muerte de Pilar. Tanto habían sufrido juntas y tanto habían crecido juntas, que ya todo ahora lo miraba ella desde arriba. Seguramente desde ese momento se sintió mucho más unida a su hermana. El dolor tuvo que ser muy grande. También por ver que no se hacía mucho caso, públicamente, de esta muerte.

Los últimos años pasados en Valladolid habían purificado a Pilar. Las que vivieron con ella la estimaban mucho y la querían. No había dejado de ser la persona encantadora, simpática, que fue siempre. Pero además

se había acercado visiblemente a Jesús y trasmitía un amor entrañable por Él, a quien llamaba en confianza “el Patrón”.

Se dedicó a llevar una vida muy común, muy con sus Hermanas, con gran austeridad y pobreza, rezando, como también Rafaela, muchas horas, siempre con profundo entusiasmo en su vocación; a las Hermanas les encantaba que fuera a charlar con ellas, porque las divertía y las entusiasmaba con las cosas de Dios.

Después de trece años vividos así, falleció el 1º. de julio de 1916. Para Rafaela era otro arrancón, el último de los grandes. Otra compañera-hermana-amiga en el cielo. Esto le daba alegría, porque la sentía ya salvada y sabía que ahora Pilar la podría ayudar.

Rafaela se acordaba siempre de las que, además de Hermanas, habían sido sus amigas y compañeras de los primeros tiempos. En dos cartas a una de ellas encontramos pequeños -grandes- signos de cómo vivió su vejez joven, descritos “a lo Rafaela”: con un poco de humor, otro poco de poesía y un fondo de gran verdad. A la M. Preciosa Sangre, su Mariana Vacas de la juventud, su compañera, amiga, confidente de Pedro Abad, le decía:

*“¿Está Ud. vieja? No lo creo, cada día más joven, y con más bríos de servir al Señor con toda su alma y no negarle ni la más insignificante cosa, ¿es verdad? Yo estoy como de 15: en esto, imíteme.”*⁶

Unos pocos años antes había escrito: “Estoy siempre ocupadísima, y no tengo nunca ni un minuto... y siempre corriendo.”⁷ Este dinamismo era la juventud de una santa de setenta años. Tenía el corazón tan lleno de

⁶Cartas, n. 279.

⁷Cartas, n. 254.

vida que por algún lado tenía que volcarlo. No dejaba de sonreír; además, se movía, trabajaba, ayudaba.

El otro testimonio de su joven vejez ha quedado en carta a María de Jesús Gracia, otra de sus primeras compañeras:

*“Ya nos vamos poniendo viejitas las dos... ¿Tiene Ud. joroba? Yo no, de caminar derecha mirando al cielo.”*⁸

Sí, a ella no le alcanzaban los días, le sobraba vida para estar contenta, tenía el camino abierto, tenía hacia dónde mirar. Por eso nunca se le cerró el corazón. Con el corazón aprendía a mirar lejos. Y amaba también la vida de todos los días, la pequeña vida cotidiana.

En estos años conoció una satisfacción. En 1920, siendo Papa Benedicto XV, la comunidad de Roma tuvo una audiencia en el Vaticano con él. Rafaela fue en el montón, mezclada con todas y quedándose más bien hacia atrás. Pero aquel Monseñor Della Chiesa, que tanto la había querido y ayudado en Madrid, tenía buena memoria. Cuando empezó la audiencia, el Pontífice preguntó:

-¿No está la Madre Rafaela María?

Y cuando le dijeron que sí, siguió diciendo:

-Venga acá adelante la Fundadora; Madre Rafaela María, venga al primer puesto. – Y la tuvo junto a él, apoyando el brazo sobre la espalda de la Madre, un buen rato, sentada a su lado.

Ella, seguramente, gozó de este momento. Pero después no hizo alarde, ni se aprovechó de él.⁹

⁸Conferencia de H. Mercedes AGUADO, Buenos Aires, 1978.

⁹Relación escrita de la H. María MORATO, Buenos Aires, 1973. Esta Hermana estuvo presente en la audiencia papal.

Capítulo 3

ENFERMEDAD Y MUERTE

En 1917, por primera vez, la rodilla derecha de Raefaela se resintió de tantas horas de adoración, ante la Eucaristía. Se le había encallecido y ella la quiso curar, pero se lastimó. No le dio importancia entonces y más tarde se le infectó. Le hicieron varias curaciones. El médico la vio y la trató. Durante un tiempo no se pudo arrodillar. Habiéndole sacado mucha pus, tuvo que hacer reposo y dejar la vida comunitaria. Le costó mucho. Pero poco a poco se fue recuperando, hasta volver a retomar la convivencia y las adoraciones, y hasta pequeños trabajos.

De tal modo llegó el año 1920. Al final, claro, iba perdiendo dinamismo. La vitalidad, sin embargo, no la perdía. Se le notaba su *“sonrisa de cielo”* y su *“mirada límpida”*¹⁰ No perdía ocasión de demostrar una afabilidad extraordinaria, y mucho humor. Tenía bien asegurado en el corazón el manantial de su alegría. Allí la Eucaristía había echado raíces.

Ese año tuvieron que operarla. La herida prácticamente nunca se le cerró del todo. Aunque otra vez, poquito a poco, fue recuperando la vida común; tuvo que sufrir curaciones muy dolorosas. Una de ellas hizo exclamar al médico: *“Madre, usted es una santa.”* Tanta era su resistencia: estaba hecha al sufrimiento.

En 1922 se produjo un nuevo empeoramiento y le dieron incluso la unción de los enfermos. Volvió a levantarse, sin embargo, y sólo en mayo de 1924 tuvo que

¹⁰Posit. Super Virt., Summ., pág. 256, párr. 709; cit. por CASTANO, pág. 453.

guardar cama para siempre. Entonces no había anti-bióticos y los dolores eran tremendos. El médico atestigüó que nunca le oyó un lamento, a pesar de que, decía, “*sus padecimientos son como para desearle la muerte*”.

Ella, que toda su vida había tenido una salud de hierro, tenía que pasar ahora por esta cruz casi desconocida. Todo tenía que completarse.

El 12 de diciembre de ese año fue a verla la M. Purísima. Era la despedida. El encuentro fue breve.

*-Madre Purísima -dijo Rafaela con respeto y una voz en la que vibraba la más honda conmoción y un pasado muy largo-, seamos humildes, humildes, humildes, para atraer así las bendiciones de Dios sobre el Instituto.*¹¹

Frente a frente su novicia, ahora General, y ella, fundadora y ahora una de tantas. Rafaela le habla con fraterna autoridad, con autoridad de hermana y de madre. Expresa lo que le quiere dejar a la Congregación. No le da una lección; sencillamente le muestra un camino, **el camino: porque la quiere.**

En los días siguientes Rafaela empeoró bastante rápido. El 6 de enero de 1925, fiesta de la Manifestación de Jesús a todos los pueblos -a los que ella había querido mostrar a Cristo Eucaristía para ayudarlos a adorar-, la enfermera la encontró más decaída y le dijo:

-¿Se va, Madre?

Rafaela contestó:

-Parece que sí...

¹¹Posit. Super Virtut., Summ., pág. 91, párr. 188; cit. por CASTANO pág. 458.



*_Venga acá adelante la Fundadora, Madre Rafaela María,
¡venga al primer puesto! (página 192)*

Después de un rato se miró las manos, que tenía muy pálidas, y mostrándolas le dijo:

*-Ve, me falta poco... -Y después con ternura agregó:- La espero en el cielo.*¹²

Por la tarde, a las seis, pacíficamente, falleció. Tuvo un entierro muy sencillo... y casi pareció que todo se había acabado para ella en esta tierra. Fue una muerte tan oscura como sus últimos años.

Capítulo 4

LOS HUMILDES, ENGRANDECIDOS

Pero no. No todo se acababa. Era una santidad demasiado fuerte y grande como para que quedara olvidada. Poco a poco fueron brotando los testimonios. En todas partes empezaron a recordar. Fue rebrotando su memoria, como esas plantas que en invierno para todos han desaparecido, pero cuya vida latente duerme acunada por la madre tierra; y una mañana de primavera se las ve asomar, nuevas como un milagro.

Los humildes serán engrandecidos: Lo dijo Jesús.

Desde 1933 y 1936 se recogieron testimonios en Roma, Córdoba, Buenos Aires, Milán y Westminster. Declararon sesenta y cinco testigos; casi todos la habían conocido personalmente. A través de ellos se pudo reconstruir toda su vida. También la M. Purísima, que ya no

¹²Posit. Super Causae Introd., Summ., pág. 321; ROIG, pág. 445; cit. por CASTANO, pág. 458.

era Superiora de la Congregación, dijo en ese Proceso: “La M. Rafaela María es santa, santa, y siete veces santa.”¹³

Era lo que siempre había reconocido, aun en vida de la Madre.

En 1938 encontraron que sus restos no se habían corrompido y los trasladaron con cierta solemnidad y fiesta a la casa de las Esclavas, donde los depositaron en la iglesia, en una urna. Y en 1949, el 13 de mayo, el Papa Pío XII declaró públicamente que Rafaela María había practicado las virtudes cristianas “en grado heroico”, es decir, en grado máximo en que las puede practicar una persona humana.

Dios quería también confirmar con los milagros la santidad de Rafaela. El primero que se tuvo en cuenta para declararla beata fue la curación de una infección muy grave, rebelde a todo tratamiento, en la rodilla y el fémur de María Anunciata Docio Urbón; sucedió en Guaza de Campos, Palencia, España. La terrible inflamación, que no se podía calmar con ningún remedio, fue curada en un momento, cuando se hizo una novena a Rafaela María. El milagro sucedió en la mañana del 13 de noviembre de 1939 y los médicos que examinaron concienzudamente el caso afirmaron que, humanamente, el mismo resultaba inexplicable.

El otro milagro fue la curación de la Hna. Antonia Murillo, en Córdoba de España. La religiosa había sido operada de apendicitis y después se le había declarado una peritonitis aguda purulenta difusa. El médico, Dr. José Altolaquirre, la había ya desahuciado y dejado que la llevaran a su casa, para que muriera en paz. El confesor le puso una reliquia de Rafaela y le dijo que la

¹³Posit. Super Causae Introd., Summ., pág. 338, párr. 958; cit. por CASTANO, pág. 467.

invocara. Hacia la medianoche del 2 de mayo de 1937, la Hermana estaba totalmente curada.

Los santos no son santos porque hacen milagros, sino que hacen milagros porque son santos. Dios tiene en cuenta de un modo especial lo que ellos le piden para nosotros. Lo que más se tiene en cuenta para canonizar a una persona no son sus milagros, sino sus virtudes, su vida. Los milagros son como un signo de que ellos están cerca de Dios; también son importantes porque reflejan la fe del pueblo que cree en ellos. La Iglesia cree que la gente cristiana, los fieles, tienen una intuición especial para captar quiénes son santos entre los que ya han muerto: por ese motivo empieza el pueblo a invocarlos, a contar con ellos como intercesores. Y la Iglesia, para declarar santo a alguien, tiene en cuenta la opinión de Dios mismo, que los confirma en los milagros, y la del pueblo fiel, que se apoya en sus santos, los admira y los tiene como modelos, aunque sea difícil imitarlos.

El Papa Pío XII reconoció como verdaderos los milagros el 13 de enero de 1952 y pudo proclamarla beata el 2 de marzo de ese año.

La gente siguió conociéndola, la invocó más y la contempló mejor. La Iglesia siguió observando este proceso. Hubo cientos de gracias concedidas por Dios por medio de Rafaela. Hubo también muchas jóvenes que siguieron contemplando su vida y eligiendo seguir a Cristo al estilo de Rafaela.

Pasaron los años, no demasiados. Y la Iglesia creyó que un milagro de los presentados era realmente notable como para confirmar, dar el último toque a la creciente influencia de Rafaela en la vida de la Iglesia antes

de declararla santa. El milagro favoreció a Encarnación García Gallardo, en Huelva, España; dicha mujer desde hacía diez años padecía de un tumor tiroideo, “bocio por posible adenoma”, que no podían operar. El 30 de enero de 1973 se sintió repentinamente curada, mientras estaba con una amiga. Ella misma dice: “Sentí una sensación interior de seguridad de que estaba completamente sana y dije con mucha alegría: Beata Rafaela, yo sabía que tú me lo quitabas.” Fue algo muy notable, porque el tumor era grande y visible. Los médicos examinaron mucho el caso, pero no encontraron explicación científica a esta curación tan impresionante. El Papa Paulo VI declaró que el milagro era verdadero el 13 de noviembre de 1976, y la proclamó pública y oficialmente **santa** el 23 de enero de 1977.

Capítulo 5

RAFAELA CON NOSOTROS

Ese día, el Papa dijo que Rafaela está con nosotros: nos ayuda y nos habla. Los santos son los que están siempre, los que no se van nunca. Rafaela está, Rafaela llama.

Rafaela nos habla, nos llama; vamos a escuchar qué nos dice:

- El fondo de su alma, el centro de su vida, es una gran pasión por Dios. Dios no es para ella alguien ajeno,

sino alguien entrañable. Rafaela respira a Dios, lo escucha, lo sigue, lo ama, lo espera, lo intuye **en todo** lo que ella vive. Rafaela tiene un **sentido**, que ilumina toda su vida, y es el **sentido de la fe, el sentido de Dios**. Podemos entrar aun más en su alma, para ver que el fondo de esta pasión por Dios es su experiencia de que **Dios la ama de una manera única**. Rafaela se dejó amar por Dios. Rafaela se atrevió a dejar que Dios lo amara, como sólo Dios puede llegar a amar a una persona. Si nosotros lo dejáramos... Rafaela es la constatación de cómo, en qué medida puede Dios amar a alguien que se deja amar. Rafaela nos dice que la **aventura más fascinante** que puede vivir una persona humana es **dejarse amar por Dios**. No sólo sentir pasión por Dios: dejar que Dios se apasione por uno, que la pasión de Dios por nosotros pueda derramarse, realizarse en una pobre vida humana, en un pequeño corazón humano.

Rafaela vio a Dios sobre todo en su Hijo, en Jesús. Ella se detuvo especialmente en lo que le parecía **el centro** de Jesús: su Corazón, su Cruz, su Eucaristía. Siguiendo el estilo de Dios, Rafaela María supo ubicar a Jesucristo en estas tres realidades humanas (un pan, un corazón, una cruz), que simbolizan esa pasión de Dios por nosotros. Tenía ella una vocación por el centro del misterio de Cristo. Lo amó tanto que supo ubicar su amor, supo dónde encontrarlo y por dónde seguirlo: amoldó su corazón de madre al Corazón de Jesús; se entregó del todo hasta aceptar la Cruz de Jesús; comulgó y ofreció a Jesús en la Eucaristía y la repartió a miles y miles de personas, por todo el mundo.

Rafaela nos dice que el **centro es Dios**, que nos de-

jemos amar por Él, que todo cambia y es hermoso y fascinante cuando lo dejamos entrar en nuestra vida personal y colectiva.

- El florecimiento de esta pasión por Dios se manifiesta en las relaciones humanas de Rafaela. Ella calcó su estilo humano de amar a los demás al estilo de Jesús. No era una pasión enclaustrada la de Rafaela: era una pasión fecunda, resplandeciente. En las dificultades de la vida, Rafaela perseveró en el amor, y siempre fue con todos humilde, alegre, pacificadora, perdonadora. Supo adivinar la vida que germinaba en la noche oscura que parecía muerte, pero que no lo era.

Rafaela nos dice que **el amor humilde y pacificador triunfa siempre**, aunque parezca perder. Esto es saber dónde está la **Vida** y saber vivir. Pablo VI decía acertadamente que Rafaela nos llama:

Nos invita a seguir, de un modo apto para nosotros, su camino de santidad, abierto también a nosotros:

- *Vengan, parece decirnos con su voz dulce y persuasiva; vengan, prueben, se pasa por estos senderos:*
- *Primero el de la oración absorta en una adoración silenciosa y casi extática ante Jesús escondido y presente en la Eucaristía.*

Prueben, nos dice, ¡es tan hermoso! Como Él mismo ha dicho, Cristo se revela a los pequeños, es decir, a los humildes, a los sencillos, a los puros de corazón, a los inocentes y a los buenos, a los discípulos que creen y aman.

Prueben: la adoración eucarística es una lección de

voz penetrante, alentadora, que hace felices.

- *Y añade:*

Entonces escucharán el mandato de Jesús: vayan, vayan a servir a los hermanos y hermanas necesitados de educación, de ayuda, especialmente, de amor.¹⁴

Rafaela nos ayuda: podemos rezarle, porque nos va a acercar a Dios, va ayudarnos a vivir mejor nuestros problemas, atenderá nuestras necesidades, hará nuestro corazón más parecido al de Cristo.

- Rafaela también vive y nos ayuda en su Congregación, Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús. A pesar de haber estado conmovida por tantas dificultades y tantas pasiones humanas, en la Congregación de Rafaela triunfó el amor de Dios, la pasión de Dios por nosotros. La Comunidad sigue luchando para que la Gracia de Dios se haga presente, cada vez más, en ella y en el mundo. Rafaela-madre, apoyada en Jesús, le comunicó vida.

Las Esclavas están en muchas partes del mundo: Vietnam, Timor Oriental, El Salvador, Congo, Cuba, Francia, Panamá, Italia, Japón, Perú, Irlanda, Guinea Ecuatorial, Indonesia, Estados Unidos, Uruguay, Argentina, Bolivia, Colombia, Camerún, Chile, India, España, Portugal, Filipinas, Ecuador, Reino Unido. Se dedican a evangelizar, sobre todo, con obras de educación, de promoción social y de trabajo en las parroquias y barrios, y lo hacen vida por su dedicación a la Eucaristía, a Jesús mostrado en la Hostia para que todos lo adoren.

Pablo VI se detuvo particularmente en esto en su dis-

¹⁴PABLO VI, palabras en el "Angelus" del 23-1-1977

curso de la Canonización: en las dos caras de la vida de las Esclavas, como quiso Rafaela, en las dos tareas de las Esclavas que intentan ayudar a que gente tan distinta, a que pueblos tan distintos puedan ser transformados por el Amor de Dios que actúa.

El Papa habló de la adoración a la Eucaristía, que es la fuente de toda la evangelización. Su adoración, sobre todo hoy, que “la vida de fe sufre no pocos quebrantos”, puede ayudar a que los hombres se acerquen a Dios y cambien su vida social. El Papa quiso decir que la Eucaristía evangeliza, hace crecer la fe cuando participa en ella. Ver a Jesús en el pan es verlo entregándose; es ver a Dios repartiéndose entre nosotros, dejando que lo compartamos. Por ese motivo, Pablo VI recuerda que la adoración tiene un “significado eclesial y modélico”. Rafaela quería poner a Cristo a la adoración de los pueblos porque sabía que esto hermana a los pueblos y los hace más hijos de Dios.

Y el Papa dijo que para alcanzar esta “regeneración social” que nos indica la Eucaristía, hace falta también la obra activa de evangelizar. Sobre todo, a la juventud y a los pobres. Son dos caras de la misma moneda, dos gestos de la misma vida, dos movimientos de la misma respiración, dos susurros de la misma palabra.

Rafaela nos habla, nos llama, nos ayuda. Que nos dejemos orientar por ella, que nos dejemos proteger por esta Madre. Así nos será más fácil dejarnos amar por Dios, en vez de temerle; así será más posible ser buenos hermanos, en vez de enemigos; así será más fácil que los pueblos podamos adorar a Cristo para ser un poco más felices.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUADO, Mercedes, *acj.* Anotaciones sobre la espiritualidad de Santa Rafaela María del Sagrado Corazón, Pro-manuscrito (Roma, 1977)
- ANONIMO. *La Madre María del Sagrado Corazón de Jesús (Rafaela Porras y Ayllón)*, Balmes, S. A. (Barcelona, 1936).
- CITA MALARD, Suzanne, *Rafaela, andalouse et romaine*, Mame (France, 1965).
- CAMBA Y MASSAGUER, F., *acj.* Epifanía. Publ. *acj* (Barcelona, 1950)
- CABITZA, María Ildegarde, *osb.* *La serva di Dio Raffaella María del Sacro Cuore* (Roma, 1945).
- CASTANO, Luigi, *sdb.* *Un ostia di riparazione. La Beata Raffaella María del Sacro Coure* (Roma, 1952).
- PORRAS Y AYLLON, Rafaela María. *Cartas, anotadas por E. Roig y Pascual, acj.* (Roma, 1957).
- ROIG Y PASCUAL, Enriqueta, *acj.* *La Fundadora de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús* (Roma, 1952).
- PAPASOGLI, Giorgio. *La Beata Raffaella María del Sacro Cuore*, Ed. Ancora (Milano, 1971).
- SANTA HOY, Publ. *Cuadernos acj.* (Bilbao, 1977).
- YAÑEZ, Inmaculada. *Hemos creído en el amor* (Roma, 1975).

INDICE

Prólogo.....	7
I. EL TIEMPO DE APRENDER	
Capítulo 1. Nacimiento y familia.....	13
Capítulo 2. Su tiempo y su espacio.....	16
Capítulo 3. La familia.....	21
Capítulo 4. Cómo era Rafaela niña y cómo siguió viviendo.....	24
Capítulo 5. Su vida social de adolescente.....	28
Capítulo 6. El secreto de Rafaela.....	33
II. EL TIEMPO DE ESCUCHAR	
Capítulo 1. La muerte de la madre.....	36
Capítulo 2. Una vida nueva.....	40
Capítulo 3. Formación espiritual por correspondencia.....	45
Capítulo 4. Dicernimiento de la vocación.....	48
Capítulo 5. Con las Reparadoras.....	54
Capítulo 6. Las primeras Esclavas.....	61
III. EL TIEMPO DE FLORECER	
Capítulo 1. En Andújar.....	71
Capítulo 2. “Dejarse de cosas nuevas”.....	78
Capítulo 3. “Todas demasiado jóvenes”.....	83
Capítulo 4. “El principal objeto de nuestra reunión”.....	88
Capítulo 5. Rafaela fundadora.....	93
Capítulo 6. Maestra de espíritus.....	99
Capítulo 7. Una casa bien asegurada.....	104
IV. EL TIEMPO DE ENTREGARSE	
Capítulo 1. Superiora General.....	113
Capítulo 2. Dos ideales inseparables.....	122
Capítulo 3. Empiezan las dificultades en serio.....	129

Capítulo 4. La cruz por adentro.....	136
Capítulo 5. A Roma.....	140
Capítulo 6. Hacia la renuncia.....	146
V. EL TIEMPO DE SUFRIR	
Capítulo 1. La renuncia.....	160
Capítulo 2. El mal sigue rodando.....	164
Capítulo 3. La Congregación que duele y que crece.....	171
Capítulo 4. Fundadoras - Cimientos.....	176
Capítulo 5. Los años más duros.....	179
Capítulo 6. Las aguas se remansan.....	184
VI. EL TIEMPO DE APACIGUAR	
Capítulo 1. Una santa encantadora.....	187
Capítulo 2. Último gran dolor. Los últimos años.....	190
Capítulo 3. Enfermedad y muerte.....	193
Capítulo 4. Los humildes engrandecidos.....	196
Capítulo 5. Rafaela con nosotras.....	199
Bibliografía.....	205

